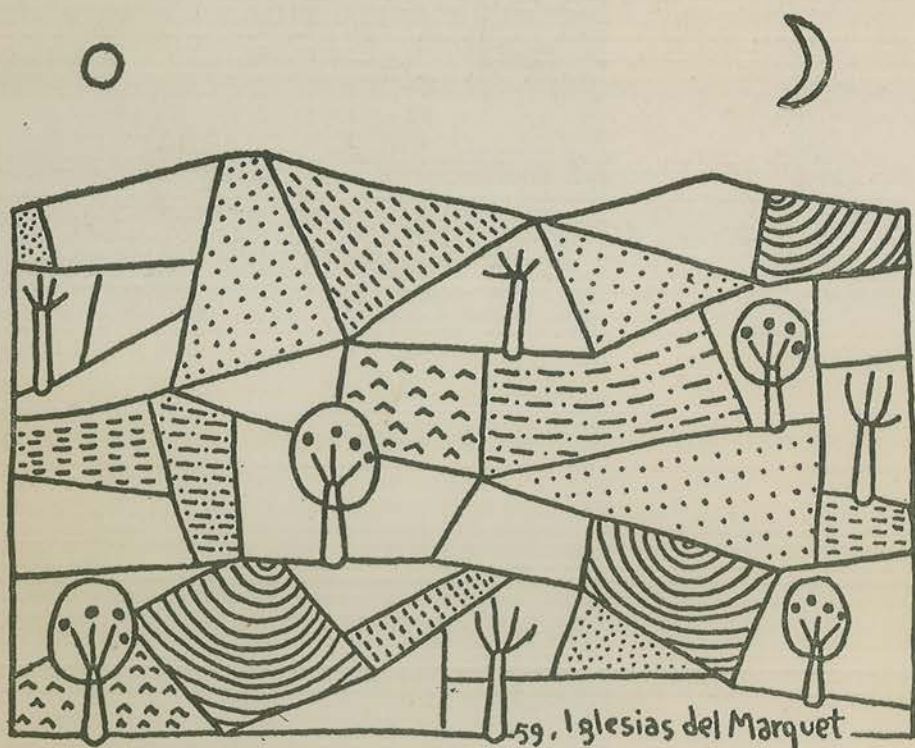


CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID **115**
JULIO, 1959

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS



LA REVISTA

que integra

a l M U N D O

H I S P A N I C O

en la

cultura de

N U E S T R O

T I E M P O

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo. ● Por su atención a las manifestaciones profundas de sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA
LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91 *

Dirección.....	Extensión 250
Secretaría.....	— 249
Administración.	— 221

M A D R I D

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Seis meses	100 pesetas.
Un año	190 —
Dos años	350 —
Cinco años	800 —
Ejemplar suelto	20 —

CONVIVIUM

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Director: JAIME BOFILL BOFILL (Catedrático de Metafísica)
Revista semestral.

SECCIONES

- ① Estudios.
- ② Notas y Discusiones.
- ③ Crítica de Libros.
- ④ Índice de Revistas.

Precio	Un ejemplar	Suscripción
España	60 ptas	100 ptas.
Extranjero	U. S. \$ 2,40	U. S. \$ 4

Dirección postal:

Sr. Secretario de CONVIVIUM. ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
Universidad de Barcelona. BARCELONA (ESPAÑA).

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.
con residencia en
calle de núm.
se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el
tiempo de a partir del número, cuyo
importe de pesetas se compromete
a pagar a la presentación de recibo (1).
contra reembolso

Madrid, de de 195...

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas:

(1) Táchese lo que no convenga.

INDICE CULTURAL ESPAÑOL

PUBLICACION MENSUAL

EDICIÓN ESPAÑOLA, ALEMANA, FRANCESA E INGLESA

DIRECCION GENERAL DE LAS RELACIONES
CULTURALES

Plaza de la Provincia, 1

MADRID

REVISTA DE DERECHO ESPAÑOL Y AMERICANO

Director: DR. FEDERICO PUIG PEÑA.

Estudios jurídicos. -:- Comentarios a los principios generales del Derecho. -:- Derecho jurisprudencial europeo y americano. -:- Publicaciones jurídicas. -:- Ficheros de Jurisprudencia.

Suscripción anual: 150 pesetas. Ejemplar: 30 pesetas.

Dirección y Administración: Covarrubias, 4. Madrid.

A R B O R

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA

Redacción y Administración:

SERRANO, 117 -:- Teléfonos 33 39 00 y 33 68 44 -:- MADRID

Estudios -:- Notas -:- Información cultural del extranjero -:-
Información cultural de España -:- Bibliografía

Suscripción anual, 160 pesetas.

Número suelto, 20 pesetas. -:- Número atrasado, 25 pesetas.

Pídalo a su librería o a la

LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI

MEDINACELI, 4

MADRID

EDICIONES CULTURA HISPANICA

Espíritu y cultura en el lenguaje, por Karl Vossler. Prólogo y traducción del Dr. Aurelio Fuentes Rojo. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Historia y Geografía. Madrid, 1959. 17 × 22,5 cms. 252 págs. 100 pesetas.

Con prólogo del doctor Aurelio Fuentes Rojo, aparece este libro que viene a reforzar la posición del autor como lingüista y humanista de este gran hispanista alemán. Conservando siempre un sugestivo tono de ensayismo trascendental de altura, viene a realizar un gran servicio cultural, recogiendo observaciones psicológicas acerca de la relación total del lenguaje con los escritores nacionales de los pueblos, con el espíritu religioso, etc. Versión muy cuidada y correcta, viene a llenar un vacío en el campo filológico y humanístico.

Itinerario argentino, por Martín del Río. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Hombres e Ideas. Madrid, 1958. 14 × 22 cms. 244 págs. 90 pesetas.

Fruto del creciente interés que despierta hoy en España todo lo argentino, aparece esta obra que sirve para presentar una osamenta de la Argentina como nación y como sociedad. No tan sólo como respaldo inexcusable para la comprensión de los acontecimientos que recubren en la actualidad este soporte, sino para percibir por debajo de ello la estructura auténtica que los produce como causa eficiente de lentísima variación, como producto de elaboración histórica. Libro escrito con amor y conocimiento, con precisión y honestidad intelectual admirables, sirve no sólo a los fines del mundo hispanoamericano que se desprenden de ser escrito por autor español sobre realidades argentinas, sino al puro conocimiento de unos fenómenos singulares en el ámbito universal.

Sobre Quevedo y otros clásicos, por Pedro Lira Urquieta. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Hombres e Ideas. Madrid, 1958. 14,5 × 21,5 cms. 50 pesetas.

Los estudios biográfico-críticos, que constituyen casi la totalidad del presente volumen, están hechos con cuidado y conocimiento de la más reciente bibliografía. Las observaciones críticas son casi generalmente acertadas y justas. El estilo es muy ceñido, con fuerte influencia de los clásicos y libre de americanismos. Desde el punto de vista estético, la expresión está muy conseguida, y poética sin barroquismo alguno. Por todas estas condiciones, por la importancia del autor y por premiar el esfuerzo que significa la creación de este libro sobre temas clásicos españoles, hecho con notables conocimiento, amor y gusto del idioma, se trata de un nuevo libro de indudable éxito.

Los buscadores de diamantes en la Guayana venezolana, por José Canellas Casals. Ediciones Cultura Hispánica. Colección Varios. Madrid, 1958. 14,5 × 19 cms. 608 págs. 125 pesetas.

Bajo un estilo audaz y moderno, el autor, José Canellas Casals, recoge en este libro de memorias viajeras un aspecto francamente sugestivo, que muchos de sus capítulos se convierten en una lectura apasionante. Su autor, magnífico y fuerte observador, que en una prosa llena de nervio, de calor y de vida, nos fascina el oído y los ojos en la plástica narración de la existencia azarosa de los buscadores de diamantes. Busca también algo más que llegar al sentimiento interior del latir que lo meramente narrativo, y así nos habla de la vida patriarcal de las tribus indígenas, las variadas flora y fauna de la Guayana venezolana, el poderoso latido de los ríos gigantes y apenas explorados, la red de peligros que acechan a los hombres civilizados que se adentran en las grandes selvas que marginan al Orinoco, que riega las tierras que son como el moderno Eldorado de todos los europeos ávidos de ir a probar fortuna al otro lado del Océano. Escrito con una fina psicología, se llega con gran minuciosidad al elemento aborigen, convirtiéndolo en un trabajo apasionante para todos aquellos que gustan de libros que describen paisajes, pobladores y medios de vida de excepcional interés, como son los que el autor describe en su obra.

Problemas de la economía Iberoamericana, por Manuel Fuentes Irurozqui. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Hombres e Ideas. Madrid, 1959. 14 × 21 cms. 112 págs. 50 pesetas.

Fruto de la experiencia de una larga vida dedicada a los estudios económicos, no solamente en España, sino también en otros países de Europa y América, publica hoy Manuel Fuentes Irurozqui un nuevo ensayo sobre la economía iberoamericana. En él hace un análisis concreto y preciso para entrar al conocimiento de dicha economía en su momento actual, para pasar inmediatamente después a describir la geografía del continente americano y entrar, por último, con un orden lógico, al examen, investigación y estudio de la agricultura, minería, industria, comercio interior y tendencias del crecimiento económico, todo ello bajo una visión de conjunto y no tratándose cuestiones o problemas concretos.

Obra marcadamente científica y de estudio meditado, es la intención que cualquier curioso de la economía habrá de conocer antes de entrar al examen de los problemas concretos en todos los países del sur de Río Grande.

OBRAS COMPLETAS DE ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA
Dos tomos. Prólogo del I tomo, de Joaquín Ruiz Giménez.
Prólogo del II tomo, de Pedro Laín Entralgo, y el Epílogo,
de José Luis Aranguren. Precio de los dos tomos, 250 pesetas.

Egloga trágica, de Gonzalo Zaldumbide. Prólogo de D. José María Pemán. — Ediciones Cultura Hispánica. Colección Ambos Mundos. Madrid, 1958. 15 × 21 cms. 80 pesetas.

El mejor comentario que se puede hacer de esta obra es la transcripción de las palabras del Excmo. Sr. D. Julio Casares, Secretario perpetuo de la Real Academia Española: "He leído la obra de un tirón; tanta ha sido la atracción que sus primeras páginas han causado en mi ánimo. La emocionada y poética interpretación de la naturaleza, el penetrante análisis psicológico de los personajes, la valentía arriesgada de las imágenes insólitas, todo ello a vueltas de hondas reflexiones filosóficas que invitan a la meditación, y escrito en un estilo personal, recio y viril, sin rebusca verbal ni amaneramiento, hacen de esta novela una magnífica obra de arte, llamada a ocupar un puesto de honor en el vasto panorama de la literatura hispánica."

Filipinas, país hispánico, por Blas Piñar López. Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Varios". Madrid, 1957. 21 × 16 centímetros, 32 páginas.

En este breve pero interesante estudio se comenta la llamada "ley Cuenco", que ha aumentado la enseñanza del español en Filipinas en las diversas Facultades. Dicha ley, votada favorablemente en la Cámara y en el Senado, ha obtenido el refrendo del Presidente de la República, Carlos P. García, pese a la dura campaña que en contra se ha levantado en las islas.

El problema, pues, es ahora el siguiente: sobre el tagalo no hay duda: es el idioma nacional. Pero es necesaria otra lengua, una lengua de entendimiento, de valor internacional. ¿Español o inglés?

Blas Piñar propugna un amplio y ambicioso programa cultural, con la colaboración de Hispanoamérica, para reavivar el idioma castellano en las islas Filipinas.

OBRAS DE PROXIMA APARICION

Bolívar y el pensamiento político de la revolución Hispanoamericana, por Víctor Andrés Belaunde.

La causa indígena americana en las Cortes de Cádiz, por Fray Cesáreo de Armellada.

El espíritu de la Edad Media y América, de Alberto Escalona Ramos.

Indigenismo americano, por Manuel Ballesteros y Julia Ulloa.

Manual de dialectología española, 2.^a edición, por Vicente García de Diego.

Nuevos rumbos de la enseñanza del español en los Estados Unidos, por Manuel Jato Macías.

COLECCION CODIGOS CIVILES DE HISPANOAMERICA, PORTUGAL, BRASIL Y FILIPINAS

El Instituto de Cultura Hispánica está publicando, en uniforme y completa colección, los Códigos civiles de Hispanoamérica, Portugal, Brasil y Filipinas. Aspira con ello no sólo a dotar de útil instrumento de consulta y de trabajo a estudiosos, profesionales y personas interesadas por sus normas, sino además a facilitar las tareas de Derecho comparado, dando así un paso importante en el estudio de la posible unificación civil legislativa de las naciones hispánicas.

Cada tomo de la colección comprenderá el texto, puesto al día, de un Código, precedido de estudio redactado por prestigioso, civilista de la nación correspondiente.

DE INMINENTE APARICIÓN

- II. **Código civil de Bolivia.** Estudio preliminar del Dr. Carlos Terrazas.
- X. **Código civil de España.** Estudio preliminar del Dr. Federico de Castro.
- XXI. **Código civil de El Salvador.** Estudio preliminar del Dr. Mauricio Guzmán.

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria) - Madrid (España)

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M-3.875-1958

FUNDADOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR

LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR

JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO

ENRIQUE RUIZ-FORNELLS

115

DIRECCION, ADMINISTRACIÓN

Y SECRETARÍA

Avda. de los Reyes Católicos.

Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91

M A D R I D

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envíen espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Arazo, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. "Librería La Universitaria". Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—D. Fernando Chignaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Rio de Janeiro*, Grajaú (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.^a, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Calí* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia).—Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora Gral. de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Rep. de Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo* (Rep. Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Bocaya y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576, Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.^a Avd. Sur y 6.^a Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (Rep. El Salvador).—Don Manuel Peláez. P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.^a Avenida, 12. D. *Guatemala* (Rep. Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.^a Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Rep. Guatemala).—Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinas. Casa Cural. Apartado, núm. 2. *San Pedro de Sula* (Honduras).—Librería "La Idea". Apartado Postal, 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México, D. F.* (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua).—Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Pl. de Arango, 3. *Panamá* (Rep. de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú).—Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico).—Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gereonstrasse, 25-29. *Koln* 1, Postfach (Alemania).—Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica).—Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (France).—Librairie Mollat. 15 rue Vital Carles. *Bordeaux* (Francia).—Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal).—Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (STH.). *Dublín* (Irlanda).

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

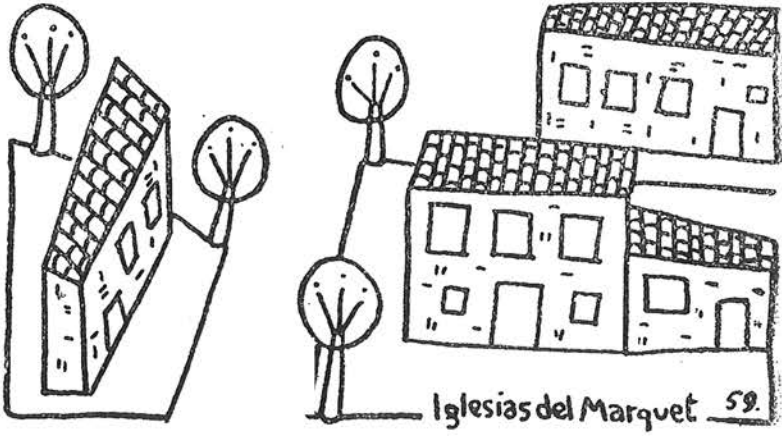
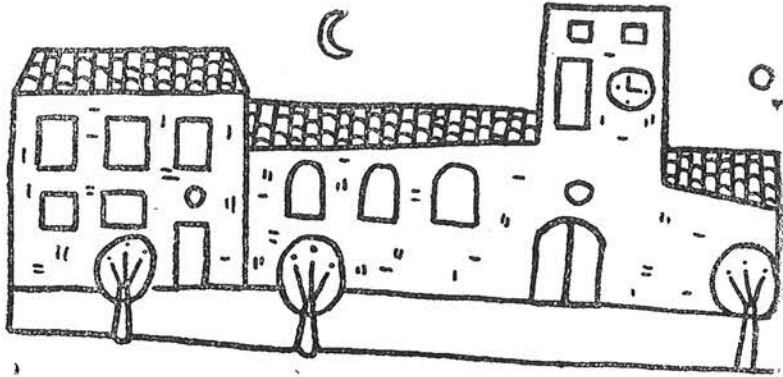
Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 248791

M A D R I D

Precio del ejemplar 20 pesetas.

Suscripción anual... .. 190 pesetas.



ARTE Y PENSAMIENTO

EL EMPERADOR CARLOS V, LA VERDADERA REFORMA DE LA IGLESIA Y EL CONCILIO DE TRENTO

POR

VENANCIO DIEGO CARRO, O. P.

1. La lucha secular entre las verdaderas y falsas reformas de la Iglesia católica. No es algo exclusivo del siglo XVI. Cómo se trueca el sentido de las palabras y cómo se falsifica la historia al exponer las luchas del XVI. Los errores del protestantismo son fruto de una larga gestación y la verdadera Reforma de la Iglesia tiene también larga historia. Aptitud del Emperador Carlos V ante esta lucha. Ambiente político y religioso al empezar su reinado. Cómo Dios preparó a España con los Reyes Católicos para ser el instrumento de la verdadera Reforma, deseada por los mejores de la Europa creyente. Florecimiento de las Universidades españolas y de las órdenes religiosas, tras el triunfo de la Reforma en España desde Isabel la Católica.

2. Cooperación de Carlos V a la verdadera Reforma desde que empieza a reinar en España. Siempre se encontró dispuesto a defender la fe católica, amparando la verdadera Reforma y pidiendo la celebración de un Concilio general, como medio más adecuado, bajo la autoridad del Papa. Los buenos deseos de Carlos V se vieron frustrados muchas veces por la rivalidad del Rey de Francia, siempre dispuesto a aliarse con los protestantes y el turco. La política vacilante, tortuosa y demasiado humana de Clemente VII no favoreció nada la Reforma, ni permitió la convocación del deseado Concilio.

3. La elección de Paulo III y sus relaciones con Carlos V. Preparativos para la celebración del Concilio general y sus aplazamientos. Cómo se logra, por fin, su apertura en Trento el 13 de diciembre de 1545. Sin disminuir en nada la intervención del Papa en este hecho, debemos decir que se debe, en gran parte, a Carlos V y a su Confesor, Pedro de Soto, O. P., que, con su santidad y habilidad, supo armonizar a las dos potestades, triunfando de las dificultades que surgían a diario. Cómo España y su Rey-Emperador, con sus obispos y teólogos, supieron defender las buenas causas. Breves indicaciones sobre las controversias tridentinas.

1. Para ganar tiempo, y en gracia a la brevedad, adelantemos luego que reprobamos y rechazamos como inexactos y poco afortunados muchos juicios y expresiones, que corren como moneda de ley, al tratar

de las materias que vamos a exponer. ¡Pobre historia cuando sus temas cristalizan en una frase sonora y bella, avalada por una firma más o menos solvente y conocida!... El vulgo la repetirá una y mil veces, y lo que pudo ser una expresión sintética, tras un largo razonamiento, más o menos exacto, se trueca en latiguillo de juegos florales, sin contenido, y en frase hecha, que desorienta a muchos lectores. Esto es lo acontecido en España con el Concilio de Trento, al recordarlo, y esto es lo que ha dado origen a ese trastrueque del sentido de las palabras *Reforma* y *Contrarreforma*. Diríase que hay personas y sectores interesados en perpetuar el confucionismo y el despiste histórico. ¿Quién podrá negarnos que hablar de Reforma y Contrarreforma, aplicando estas expresiones a la revuelta luterana y a lo hecho por la Iglesia católica y sus colaboradores, en la época tridentina y después del Concilio, *equivale a una deformación monstruosa del sentido de las palabras y a una falsificación de la historia?*... No creemos sea necesario esforzarse mucho para comprenderlo. Si hay dos cosas en el mundo que se repelan por su naturaleza, las tenemos en la verdadera Reforma y en la degradante revolución luterana. Lutero pudo ser padre del protestantismo, pero no de la Reforma. No tuvo ni las apariencias con que suelen presentarse muchos herejes. Había ciertamente muchos defectos en los ministros de la Iglesia católica, sin excluir a los Papas; pero Lutero y los suyos los agravaron y acrecentaron todos; no fué reformador de nada, fué un gran deformador, si se nos permite la palabra.

Repasando la historia de la Iglesia puede advertirse el afán y el cuidado de los heresiarcas por salvar las apariencias, presentándose como hombres puros y santos, austeros y penitentes, al menos en los comienzos. Lutero no sigue ese camino, ni tuvo necesidad de estos medios. ¡Tan preparado está el terreno y tantas eran las cosas que favorecieron la revuelta luterana!... Por eso repetimos que no puede comprenderse el protestantismo sin volver la vista al pasado, a los siglos precedentes, como tampoco puede comprenderse la verdadera Reforma realizada por la Iglesia católica en el siglo XVI, *antes y después de Trento*, sin remontarse a las Reformas y luchas reformistas de los siglos precedentes. Diremos más: la misma cooperación del Emperador Carlos V a la verdadera Reforma de la Iglesia sería algo incomprensible, cerrando los ojos al pasado (1). Recordemos, pues, brevemente hechos y fechas.

(1) Nuestros estudios nos han llevado siempre a esta conclusión. En otra ocasión escribimos ya "Sería un error, en el que no queremos incurrir, y una falta de perspectiva, el considerar al maestro Fr. Pedro de Soto (confesor de Carlos V) como un teólogo aislado, y el siglo XVI, con todas sus controversias, como un fenómeno sorprendente y esporádico, sin causas profundas y de larga historia". *El maestro Pedro de Soto y las controversias político-teológicas en el siglo XVI*, vol. II, Introd., págs. 1-2.

Circunstancias especiales, harto conocidas, constituyen al Papado en árbitro de contiendas temporales. Otras semejantes le confieren una soberanía civil y eclesiástica sobre ciertos territorios; tenemos el Papa Rey con todas sus consecuencias. Este hecho se repite y trasplanta, de algún modo, a los obispos, y tenemos al obispo señor feudal. Aparecen los obispos que llevan con más gusto y orgullo la espada que el báculo. No se libran del contagio las órdenes religiosas, antiguas y modernas, con sus grandes abadías y monasterios. Lo demás viene por sí solo. Por eso no nos cansaremos de repetir que la miseria puede dificultar nuestros esfuerzos, pero las excesivas riquezas los anula y corrompe.

De todo esto *la Iglesia de Cristo fué la víctima, no la causa*, y poca fe y poco sentido común tiene quien vacile en sus creencias católicas ante estos hechos; para nosotros son una prueba de la divinidad de la religión católica, eterna, pura e invencible, a pesar de todo, por ser de Cristo Jesús, no nuestra. Recordemos estos hechos para decir que la intervención de la Iglesia en los asuntos temporales trajo como contrapartida la intervención del poder civil en los asuntos eclesiásticos. *Tenemos a los reyes, príncipes, duques y señores feudales interviniendo en el nombramiento de los obispos, cardenales y Papas...* El más modesto beneficio eclesiástico no se libraba de esta intromisión. Sus candidatos no eran siempre los mejores en santidad y letras; eran los más amigos, ya fuesen indignos, según la calidad del proponente. Los nobles veían, con frecuencia, en los beneficios eclesiásticos una buena colocación para el hijo segundón. Así se explica aquella floración de eclesiásticos de nombre, sin espíritu religioso, sin conciencia teológica... y no pocas veces casi sin órdenes sagradas. Tenían las precisas para gozar del beneficio temporal... Así aparecen los cardenales, título eclesiástico, que no están ordenados de sacerdotes. Así se explican aquellas luchas por los cardenalatos, puestos a precio, y los conclaves sin fin con medio centenar de votaciones, que daban Papas no siempre dignos. ¡...Las costumbres de un hombre no cambian fácilmente, si no hay vocación y espíritu sobrenatural, por revestirle con el traje clerical, ni al imponerle la mitra o la tiara!... Se comprende ahora el alcance de nuestra afirmación: *La Iglesia católica fue víctima, no causa*; sobrevivió por la asistencia divina. Hablar a muchos de estos eclesiásticos de nombre de resistencia y de otros deberes era perder el tiempo. Por otra parte, las riquezas de la Iglesia, de las iglesias y monasterios, suscitaban apetencias y odios de quienes querían enriquecerse por cualquier medio.

Estos males son antiguos, muy anteriores al siglo XVI; la lucha dentro de la Iglesia católica es también antigua. Si hemos de ser exactos, debemos confesar que casi toda la Edad Media es testigo de esta

lucha, más o menos violenta, y con caracteres diversos, según las circunstancias de lugar y tiempo. ¿No fué Gregorio VII un reformador? ¿No lo fué Inocencio III en su época? ¿Qué representan las predicaciones de un San Bernardo, y su actuación religiosa, sino la lucha por la Reforma? ¿Qué representan las fundaciones de las Ordenes de Santo Domingo de Guzmán y de San Francisco de Asís, a principios del XIII, sino la lucha y la victoria de la verdadera Reforma de la Iglesia católica?... Las mismas sectas heréticas de entonces, albigeneses, cátaros y otros semejantes, se presentan en plan reformador, simulando una pobreza y austeridad notable, aunque luego deformasen los dogmas. No sin causa insistieron tanto los dos fundadores de las Ordenes mendicantes en la pobreza y en la penitencia. Con ellas y con los Agustinos y Carmelitas, reformados, se forjó el siglo XIII, uno de los más gloriosos de la Iglesia. Es el siglo de Santo Tomás de Aquino, de S. Alberto Magno, de S. Raimundo de Peñafort, de S. Buenaventura... Los Papas encontraban en las Ordenes religiosas una buena cantera para los Obispados y demás cargos eclesiásticos.

La lucha se reproducirá, sin embargo, aquí y allá. Parece ser el sino de la Iglesia: luchar, reformarse, purificarse siempre, como es el sino del cristiano. Aparte de esto *no desaparecían las causas últimas del mal*, y así se reproducían los abusos tan pronto encontraban ambiente apropiado. Los Reyes siguen interviniendo, con sus privilegios, en la elección de Obispos y demás beneficios eclesiásticos; lo mismo acontece con la nobleza; los Papas, elegidos muchas veces por razones políticas y de familia, se cuidan menos de ser Vicarios de Cristo que Reyes temporales, atentos a enriquecer a sus familias. La Curia romana se trocaba en un centro de favoritismo. *Por eso mismo no cesó nunca el grito de Reforma lanzado por los buenos*. A pesar de interponerse la llamada cautividad de Babilonia, la época de los Papas en Aviñón y el célebre Cisma, Dios quiso suscitar en todos los tiempos almas grandes y generosas, que atestiguan la perenne vitalidad de la Iglesia de Cristo.

No podemos descender aquí a detalles, pero sí debemos consignar que la tendencia reformadora tomó cuerpo en algunas organizaciones en el mismo siglo XIV, después de repuestos de los efectos de la gran peste, al menos parcialmente, los monasterios y conventos. *Las Ordenes* que habían forjado el glorioso siglo XIII, *se reforman y recobran espíritu y vigor*. Por citar el caso más conocido por nosotros, recordemos el resurgir de los Dominicos, de la Orden fundada por aquel gran español Santo Domingo de Guzmán, que supo ver como nadie el momento, dándonos la Primera Orden Universitaria, Apostólica y Misionera, con un Hugo de S. Caro, S. Alberto Magno, Santo Tomás

de Aquino, S. Raimundo de Peñafort, Pedro de Tarantasia o Inocencio V, Papa, *figuras de la primerísima generación, de los primeros treinta años*. Los Dominicos no cesaron nunca de luchar en todas las Universidades y centros de enseñanza de Europa, ni en los púlpitos de las ciudades y de los campos. Con el beato Raimundo de Capua, general de la Orden y confesor de la incomparable Santa Catalina de Sena, la reformadora y censora de los Papas y cardenales, la Reforma dominicana se abre camino en Italia, para pasar luego a España y a otras naciones. Desde 1380 la historia de la Orden y su Reforma se jalona con nombres como los dos citados de Santa Catalina de Sena y el beato Raimundo de Capua, San Antonino de Florencia, arzobispo de esta ciudad, el cardenal y beato Juan Dominici, S. Vicente Ferrer, el cardenal Juan de Torquemada, el mejor teólogo del siglo xv en frase de Pastor, lumbreira en Basilea y Ferrara-Florencia, el *Defensor Fidei*, al decir del Papa Eugenio IV, con el célebre y calumniado Tomás de Torquemada, consejero de Isabel la Católica; con Diego Deza, protector de Colón, arzobispo de Sevilla, consejero de los Reyes Católicos y con quien se inicia el resurgir tomista en España, desde su cátedra en Salamanca y con sus *Defensiones Div. Thomae*; con Cayetano, general de la Orden, cardenal y el máximo expositor del Angélico, acompañado del célebre Ferrariense, también general de la Orden, sin olvidar a Conrado Köllin, el agudo comentarista alemán de Santo Tomás... y tantos otros, *Todos pertenecen a la corriente reformadora y todos viven y escriben antes de la revuelta luterana...* A Cayetano le tocará todavía, después de publicado su "Comentario a Santo Tomás" y tantas otras obras, luchar con el protestantismo, final de su vida, consagrándole sus obras escriturarias y siendo delegado del Papa en Alemania (2).

La Orden franciscana, y también las otras, tuvieron un proceso semejante, aunque no sea igualmente intenso en todas ellas. Baste reparar en ciertas figuras para comprender que una floración de esa naturaleza no se improvisa, ni nace por generación espontánea. Entre los franciscanos la Reforma trae consigo la división, pero nacen los Observantes y los Capuchinos. En España el gran Cisneros se pondrá con todo su poder a favor de los reformadores. No crea este movimiento, contra lo que algunos han escrito, pero lo ampara y fomenta. La obra de Cisneros se cifra, escribe Bataillon, en "allanar los caminos a un ejército de reformadores que era ya fuerte y po-

(2) Véanse las obras del P. Vicente Beltrán de Heredia, O. P., *Historia de la reforma de la provincia (dominicana) de España (1450-1550)*, Roma, 1939; y *Las corrientes de espiritualidad entre los dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI*. Salamanca, 1941.

pular"... "La Reforma de Cisneros consistió en quitar a los conventuales sus monasterios, unas veces por la fuerza y otras por las buenas, e instalar en ellos a los Observantes" (3). Por los días en que muere Cisneros da su grito de rebelión el heresiarca Lutero.

También en las altas jerarquías de la Iglesia existió siempre el espíritu reformador. Nunca falta el grupito de cardenales dignos, que clamaban por la Reforma *in capite et in membris*, bien acompañado de obispos dignos y de almas santas. ¿Quién puede olvidar las cartas de una Santa Catalina de Sena, que siendo una pobre y joven doncella, sin otro ropaje que el de terciaria dominicana, se atreve dirigirse a los Papas y cardenales diciéndoles las verdades del barquero, y llamándoles a penitencia con un valor sin precedentes?... ¿Quién puede negar que entre los conciliaristas había no pocos de buena fe, y obedecían a ese deseo de Reforma verdadera en la Iglesia?... Al contemplar el espectáculo dado por algunos Papas y por su Curia romana, no creyendo posible la Reforma desde arriba, desde Roma, acudían confiados al Concilio, para que éste hiciera lo que no hacían los Papas. No supieron conservar el equilibrio necesario, ni ver el justo medio de la verdad, al estilo del cardenal Torquemada, con su *Summa de Ecclesia*, y por eso erraron... ¿Quién puede negar que el Cisma surge, en gran parte, por los planes y métodos reformadores de Urbano VI?... Santa Catalina de Sena lamentaba su carácter fuerte, pues así hacía más difícil la Reforma, pero siempre será cierto lo que acabamos de afirmar (4). Al cesar el Cisma, antes de ser elegido Martín V, se vuelve a hablar, con ímpetu y hasta violentamente, de Reforma *in capite et in membris*, ya sea sin efectos prácticos y duraderos (5). El mismo grito se oye en Basilea, luchando siempre con obstáculos semejantes (6). Recordemos también a Pío II (1458), al cardenal Nicolás de Cusa (7). El primero llamará a San An-

(3) MARCEL BATAILLON: *Erasmo y España. Estudio sobre la espiritualidad del siglo XVI*. Méjico, 1950. El mismo autor habla, ya sea brevemente, sobre la Reforma entre Benedictinos y Jerónimos.

(4) PASTOR: *Historia de los Papas*, vol. I, p. 248. "El lamentable estado en que se hallaban entonces las cosas eclesiásticas, en ninguna parte se describen mejor que en las Cartas de Santa Catalina de Sena, y, por desdicha, los proyectos de remedio, que con incomparable libertad de espíritu había propuesto repetidas veces, no se habían puesto en práctica." Al Papa Urbano VI le aconsejaba se moderase, y así le dice: "Haced vuestro negocio con moderación..." "Por amor de Cristo crucificado, moderad un poco esos movimientos repentinos, que brotan de vuestra índole." *Ibid.*, p. 256.

(5) *Ibid.*, p. 334-340.

(6) *Ibid.*, p. 490-4. Recuerda el autor el juicio pesimista de Juan Nider, O. P., y los trabajos del Santo Bernardino de Sena, franciscano. El Papa Eugenio IV sólo entre el clero inferior y en las Ordenes religiosas consiguió algo.

(7) *Ibid.*, vol. III, p. 259-62. A esta época de Constanza y Basilea y Ferrara-Florenca pertenece el célebre cardenal dominico Juan de Torquemada, que con su *Summa de Ecclesia* (h. 1450) hizo triunfar la verdadera doctrina contra el con-

tonio de Florencia, el pequeño, físicamente, pero gran arzobispo de Florencia, para colaborar en la Reforma (8). ¿Cómo olvidar al célebre Jerónimo Savonarola, O. P., con todos sus adeptos?... Aunque no aprobemos todos sus actos, es innegable que su campaña nace del deseo de Reforma, bien necesaria en su tiempo, en aquella Roma renacentista, en aquella Curia de Alejandro VI y de otros semejantes (9). Con el Concilio de Letrán tenemos otro conato de Reforma y se dictan normas para esto. No se implantan porque León X no era el Papa que necesitaba la Iglesia (10). Reformarse a sí mismos siempre es difícil a los hombres.

Por fortuna, el espíritu reformador y *la verdadera Reforma conseguía triunfos por otro lado*, dentro de las Ordenes religiosas, en todas las naciones, y en España de una manera oficial y brillante. *No olvidemos que el Siglo de Oro español comienza con los Reyes Católicos*. Con ellos empieza Salamanca su época de esplendor, superando a París; a fines del siglo xv nace S. Gregorio de Valladolid, centro interprovincial de los Dominicos españoles, que funda el célebre Alonso de Burgos, O. P., consejero de los Reyes y arzobispo; a principios del xvi funda Cisneros la Universidad de Alcalá, y Deza la Universidad de Santo Tomás de Sevilla, y nacen otros centros de enseñanza. Este resurgir y este ambiente en el que nace el siglo xvi *no se improvisa, ni se forja de la noche a la mañana*. La pléyade de teólogos y juristas, filósofos y humanistas que llenan todo el siglo *son hijos de este renacer en tiempos de Isabel la Católica*.

2. De esto se infiere que la *Reforma verdadera es muy anterior al siglo xvi*, es muy anterior a Lutero, y Lutero no tiene nada que ver con ella. La Iglesia no necesitó el excitante de las nuevas herejías para luchar por la Reforma.

Es también evidente que al llegar Carlos V a España encontró el ambiente preparado, y encontró, sobre todo, *el instrumento necesario para cooperar a la Reforma verdadera de la Iglesia*, el que hizo posible el Concilio de Trento y la brillantísima y no superada inter-

iliarismo. *Ibid.*, vol. II, p. 45-6. A su lado debemos recordar al cardenal Calvajal y a Rodrigo Sánchez Arévalo.

(8) *Ibid.*, vol. III, p. 264.

(9) *Ibid.*, vol. V, p. 204 y siguientes; p. 497-544. Véase la obra de Orestes Ferrara, *El Papa Borgia*, Madrid, 1943. Se le defiende en parte.

(10) El Concilio de Letrán fué convocado por Julio II, y se continúa y concluye bajo León X (1512-1513 y 1517). En él levantó la voz un Obispo, el de Pesaro, París de Grassis, para decir: "Yo voto porque la Reforma sea general y que los mismos reformadores sean reformados." PASTOR, *Ob. cit.*, vol. VIII, página 307. El historiador DÖLLINGER, *Beiträge zur Politischen*, etc., III, p. 203, nos da una "Breve Memoria de las cosas que se han de proponer en el Concilio convocado por Julio II en este año de 1512", que prepararon los españoles, y parece escrito para el año de 1545, cuando se abre Trento.

vención de España. Siempre nos han hecho sonreír ciertos escritorillos que al hablar de Trento y de esta época española nos presentan una España nacida por generación espontánea, si es que no la hacen nacer el día que vino al mundo el santo de su devoción. La verdad histórica es muy distinta. Ni los sabios se hacen en un día, ni la prosperidad de una nación, ya sea intelectual o económica, se forja en una semana, ni en un par de años. Se olvida que a Trento, por ejemplo, ya no pudo ir el gran Vitoria, como quiso Carlos V, porque se caía de viejo, y estaba más para emprender el viaje de la eternidad, en frase del mismo Vitoria, que para ir a Trento. Los Domingo de Sotos, Castros, Vegas, Canos... llevaban ya años de enseñanza al llegar a Trento...

¿Qué aptitud tomó el Emperador Carlos V ante la verdadera Reforma de la Iglesia y en la defensa de la fe católica? Con una palabra podíamos contestar: la que correspondía a un Príncipe católico, con fe profunda y consciente de sus deberes como Rey-Emperador y como creyente. Digamos luego que Carlos I de España no supo presentarse en España, ni comprenderla en los comienzos, pero muy luego se compenetra de tal modo con ella que es uno de los Monarcas más españoles, hasta en los defectos, y también uno de los más grandes, si es que alguno le supera. España fué su fortaleza, su brazo y su cabeza, como fue su corazón. A Carlos V no se le puede comprender sin España y sin el Siglo de Oro español, que le legaron sus abuelos.

Para comprender su conducta, sus decisiones y muchos de sus actos, que parecen desconcertar a ciertos escritores, es menester no olvidar los factores y causas que influyen en sus determinaciones, sin perder de vista a sus adversarios y enemigos, siempre vigilantes para quitarle la libertad de movimientos y restarle fuerzas. Es el peligro turco; son los protestantes, con los nobles y señores feudales, que encontraron en la revuelta luterana una magnífica ocasión de enriquecerse a costa de la Iglesia y de las iglesias y monasterios; es el Rey de Francia, que jamás cumplió un tratado, ni dejó de ver rival a pesar de sus derrotas continuas y de su cautividad en Pavía; serán, con harta frecuencia, los mismos Papas, con su política demasiado humana y familiar, olvidando el bien de la Iglesia. Ante tanta intriga, que apenas y aburre, debemos confesar que ni Carlos V, ni España, podían hacer milagros, aunque a veces se los pedían los Papas, y se los siguen pidiendo, al parecer, historiadores poco objetivos (II).

(II) El mismo PASTOR incurre en estos defectos, más de una vez, respecto de Carlos V, y más respecto de España y de otros Reyes españoles que no tenían nada que ver con Alemania. La verdad es que España dió más de lo que debía y estaba obligada.

Con certera visión dijo Vitoria: "Yo por agora no pediría a Dios otra mayor merced, sino que hiciese a los dos Príncipes (Carlos V y Francisco I de Francia) hermanos en voluntad, como lo son en deudos, que si esto hubiese, no habría más herejes en la Iglesia, ni aun más moros de los que ellos quisiesen, y la Iglesia se reformaría, quisiera el Papa o no; y hasta que esto yo vea, ni daré un maravedí por Concilio, ni por todos cuantos remedios, ni ingenios se imaginen" (12).

Nada más exacto. Las palabras de Vitoria tienen valor durante toda la vida de Carlos V, y aún después de muerto. En cierta ocasión me confesaba y decía un amigo francés: "La verdad es que Francia *brilló por su ausencia* en el Concilio de Trento." Podíamos añadir que brilló también por haber hecho todo lo posible para que no se celebrase y para su fracaso. El "cristianísimo" Rey de Francia no reparaba en aliarse con los protestantes y el turco, sin reparar en el interés de la Iglesia, si con esas alianzas podía impedir y retardar los planes de Carlos V, por muy buenos que fuesen. Sobre todas estas causas y motivos, nos apena la política vacilante y tortuosa, cuando no era hostil, de algunos Papas y de sus servidores. Así no era posible el uso de la fuerza para castigar a los herejes, para frenar sus ambiciones y atropellos, para defender a los católicos y a la Iglesia, como no era posible la celebración del Concilio general, implantando a través de él la verdadera Reforma, que Pedían tantos católicos de todas las clases sociales. En la moderna edición del Concilio podemos leer al principio que ningún otro fué tan deseado y esperado y por tantos años como el de Trento (13).

A pesar de todos los pesares, no renunció nunca Carlos V a sus planes conciliares y de reforma, como no cesó, en la medida de sus fuerzas, en la defensa de la fe, en la guerra y en la paz aparente. No vamos a caer en el infantilismo de canonizar todo lo de Carlos V. Sería algo asombroso, en una personalidad tan compleja como la suya, el que acertase siempre. Si como hombre tuvo sus debilidades y defectos, también los tuvo como gobernante. Diremos, sin embargo, que sentimos una gran admiración por Carlos V, después de haberlo estudiado durante muchos años, después de haber leído muchos documentos secretos y cifrados, escritos por él y referentes a sus actuaciones, al preparar y escribir nuestra obra, de dos voluminosos tomos, sobre su confesor (1542-1548) y permanente consejero (1542-1558),

(12) P. LUIS A. GETINO, O. P.: *El maestro Fr. Francisco de Vitoria*, p. III, (1.ª edic.).

(13) *Concil. Trident.* (siempre nos referimos a la edición Goerresiana), volumen IV, cap. I. Empiezan los editores diciendo que ningún Concilio general necesitó tantos años de preparación, *nee diutius expectatum*.

el santo y sabio Pedro de Soto, O. P., a quien tanto respetaba y quería. Su alma y su espíritu se revela, entre otros muchos documentos, en los hermosos y cristianos consejos enviados a su hijo, el futuro Felipe II, antes de emprender la lucha contra los protestantes (14), como se revela en la misma elección de confesores (15).

Uno de los primeros actos político-religiosos de su reinado fue la Dieta de Worms de 1521, en la que compareció Lutero, tan temida por el Papa. Se han discutido y censurado mucho las dietas imperiales. Daremos nuestro parecer. Teóricamente es cierto que las dietas constituían una verdadera intromisión del poder civil en el eclesiástico, pues discutían cuestiones puramente religiosas, incluso doctrinales, en las que el poder civil no es juez. Pero puesta la realidad del siglo XVI y la situación de Alemania, las dietas eran inevitables y lo único posible. Las mutuas intromisiones entre el poder civil y el eclesiástico, tan ordinarias en la Edad Media, acaban por justificarlas. Amén de esto no debe olvidarse que en ellas asistía siempre una representación del Papa, con los obispos y católicos alemanes. Tenían, pues, un carácter mixto. Si alguna vez no asistieron los legados del Papa, como en la de Augsburgo de 1547-8, fue por motivos políticos, como veremos. Carlos V buscaba en ellas, con frecuencia, aparte otros fines, las ayudas que necesitaba (16). En la Dieta de Worms pide la cooperación de 24.000 hombres, y procede con tal lealtad que Roma salta de alegría. "El gozo fué tan grandes, confiesa Pastor, en las personas que rodeaban al Papa, como había sido antes el disgusto por el mal giro que tomaba el negocio. Todavía produjo mayor contento, como fácilmente se puede entender, la declaración rigurosamente católica del Emperador el 19 de abril de 1521. En un consistorio del 10 de mayo se leyó aquella declaración, con las últimas relaciones de los Nuncios de Alemania y España. Tanto el Papa como los cardenales no acababan de alabar bastante al Emperador"... "En el Breve dirigido a Carlos V, y suscrito de propio puño del Papa, lle-

(14) Las citamos en nuestra obra sobre Pedro de Soto, vol. I, p. 108. Era en mayo de 1543, antes de salir de España para la nueva guerra contra el Rey de Francia. "Francisco I, dice el historiador Gachard, era un guardador poco escrupuloso de su palabra, y desde 1541 mismo reanudó sus negociaciones con el turco, trataba con Dinamarca y Suecia, formaba una alianza con el Duque de Cleves", etc., etc. Carlos V dirá a su hijo: dos cosas debes atender ante todo, "la una y principal, tener siempre a Dios delante de vuestros ojos y ofrecerle todos los trabajos"... "sed fervoroso y sustentad la fe"... etc., etc.

(15) Casi siempre tuvo confesores dominicos, y entre ellos García de Loaysa, que había sido General de la Orden y fué luego cardenal, Presidente del Consejo de Indias. Le siguieron el venerable Diego de S. Pedro y los dos célebres teólogos Pedro de Soto y Domingo de Soto. Ninguno de estos últimos quiso aceptar Obispado alguno, ni otros cargos ofrecidos por el Emperador.

(16) En nuestra obra dimos el juicio, *El maestro Pedro de Soto*, etc., I, cap. 12, p. 177 y siguientes.

gaba éste a decir al Emperador que había sobrepujado sus esperanzas y procedido como verdadero Emperador de la Iglesia" (17). No debe olvidarse el apoyo prestado al Papa al publicar sus Bulas condenatorias de los errores de Lutero. Prestando su apoyo, no cesaba de declarar que lo relativo a la fe y al Concilio pertenecía, ante todo, al Papa (18).

Carlos V seguirá siendo fiel a este criterio, apoyado por España, donde no reina el confusionismo teológico, reconociendo, con el cardenal Torquemada y luego con Vitoria, las prerrogativas del Papado, dentro y fuera del Concilio general. No le faltaron algunos apoyos en la misma Italia, ya fuesen súbditos suyos o extraños, y también en los Países Bajos y en Alemania. De entre ellos proponía Carlos V sus candidatos al Episcopado y a otros cargos de responsabilidad, sacando muchos de las Ordenes religiosas. Con ellos era posible la defensa de la Reforma lograda y avanzar en el camino del bien. Por eso debemos advertir que los privilegios de los Reyes de España no retrasaron la verdadera Reforma, aunque algún escritor crea lo contrario (19).

La elección de Adriano VI hizo concebir muchas esperanzas a los buenos, como llenó de terror y espanto a los arribistas de la corte de León X, el Médici renacentista (20). "La confusión, la opresión angustiosa, el espanto y el miedo llenaba a una gran mayoría de los

(17) PASTOR: *Ob. cit.*, vol. VIII, cap. 9, 27-88.

(18) Una de las principales fué la Bula *Exurge Domine*, del 15 de junio de 1520. En las letras del Emperador a los Estados del Imperio, del 15 de julio de 1524, proclama los privilegios del Papado. *Concil. Trid.*, vol. IV, p. XIX.

(19) Al hablar Pastor de los trabajos antiguos de la Reforma y de sus fracasos, se permite escribir: "Aún en España, donde por medio del franciscano cardenal Jiménez de Cisneros, varón severo y de grandes alcances, había obtenido la reformación católica éxitos relativamente más trascendentales, el absolutismo del poder civil, entrometiéndose en el gobierno de la Iglesia, vino a estorbar su obra por modo pernicioso." *Ob. cit.*, vol. X, lib. III, cap. 15, p. 287-8. *Nada más inexacto*. Gracias a esta intervención los obispos de España eran más dignos y pudo imponerse la Reforma, que con cumplir lo legislado estaba hecha, pues si de Roma dependiese todo, y de un modo absoluto, tendríamos muchos cardenalitos y curiales que ostentarían el título de Obispos y de beneficios de España sin pisarla en su vida... Los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, presentaban candidatos más dignos, por lo general, que los presentados en Roma, necesitada de Reforma. La verdad es que en tiempos más modernos hemos visto estas anomalías. Es ciertísimo que por derecho todo debe pertenecer a la Iglesia solita; pero, por desgracia, no siempre sabemos ser dignos ministros de Cristo los que somos eclesiásticos. No es tampoco exacto que la Reforma sea obra de Cisneros; coopera, sí, eficazmente en la reforma franciscana, pero en otras no tuvo intervención especial. Véanse las obras citadas de Bataillon y del P. Vicente Beltrán de Heredia (notas 2 y 3).

(20) Es sabido que Adriano VI fué elegido contra toda esperanza, y sólo porque Dios lo quiso. Al no poder triunfar los otros candidatos, rivales entre sí, el Médici apuntó a él. La intervención del independiente y célebre Cayetano, O. P., influyó mucho en la elección.

habitantes de Roma" (21). En cambio, Carlos V confiesa que no sintió mayor alegría el día que fue elegido Emperador. Tenía ciertamente grandes cualidades Adriano VI, y mucho se podía esperar de él, pues a su virtud y modestia en el vivir, unía la experiencia adquirida en España, donde pudo palpar los buenos efectos de la Reforma católica triunfante. Fue tan breve su pontificado que apenas pudo hacer otra cosa que manifestar sus buenos deseos (22).

El pontificado de Clemente VII (15 de noviembre 1523) es tan triste que casi debíamos pasarlo por alto. Aunque figuraba entre los llamados cardenales imperiales, y aunque coronó a Carlos V como Emperador en Bolonia, no fué leal y constante, ni era el Papa de la Reforma verdadera. Se parecía más a su pariente León X que a su predecesor Adriano VI. De sus veleidades políticas no se cura ni con la victoria de Pavía, ni con el Saco de Roma (1527), en el que no tuvo la menor culpa Carlos V, y menos España, ni con las derrotas de los franceses en Nápoles (23).

(21) PASTOR: *Ob. cit.*, II, cap. I, p. 26.

(22) Adriano VI no ocultó sus planes de Reforma, ni antes de salir de España ni en Roma. Otros, como Carvajal y Cayetano, estaban a su lado. Al tomar posesión Adriano VI, se permitió Bernardo Carvajal indicarle, en su discurso de bienvenida, los puntos más necesitados de Reforma. *Concil. Trid.*, vol. XII, p. 18. Por su parte, Cayetano le decía, en 1522, que para la Reforma de la Iglesia "*unum tantummodo esse necessarium, quod scilicet caput et princeps ipsius Ecclesiae reformaretur*". Ahora, añade, ya tenemos esto, y señala algunos puntos de mayor importancia, y en primer término la residencia de los Obispos, y que no se dé a los cardenales Obispos donde no residen, y que se les provea por otros medios lícitos para sus gastos; segundo, que se elijan buenos maestros para formar los clérigos y que se funden Colegios y Seminarios en las principales ciudades, vigilando la formación intelectual y moral de los sacerdotes; tercero, que los Obispos y cargos semejantes se provean con personas dignas, y que sean elegidas, en votación secreta, por los rectores de las iglesias, profesores, doctores eclesiásticos, etc., y cuarto, que se reformen las Ordenes que no lo estén ya. De las Ordenes *delli religiosi reformate procedeno infiniti beni spirituali in la Chiesa de Dio*, y de los no reformados muchos males. *Concil. Trident.*, vol. XII, páginas 31 y 32-39.

(23) Carlos V estaba en España cuando el Saco de Roma, y se enteró de lo acontecido en la segunda quincena de junio, mes y medio después. El incalificable atropello fué, o comenzó, el 6 de mayo de 1527. Acaso en ninguna parte fué condenado más sinceramente que en España, al llegar la noticia, por lo mismo que era tan católica. Carlos V y la Corte también lo reprobaron. Objetivamente considerado es necesario conceder que fue efecto del sistema existente en la recluta de soldados mercenarios, de muy diversa procedencia, y la soldadesca fue la que se impuso a los jefes por falta de pagas y por los acostumbrados saqueos, terror de los pueblos. Querer hacer responsable a España es una de tantas falsedades como se escriben y uno de tantos absurdos que se propalan. Olvidan que un ejército imperial no era lo mismo que un ejército español; olvidan que el General en jefe era un Borbón, francés, y entre la oficialidad había de varias naciones, incluso italianos. De la soldadesca, los españoles, a los que no disculpamos, no llegaban a una tercera parte, igualándoles los italianos y superándoles con mucho los alemanes, que eran más del doble, unos 20.000, los célebres lansquenetes, en gran parte protestantes para colmo de males. Por desgracia, aquellos actos salvajes se han repetido todavía, superándoles, en la última guerra mundial, y fueron cometidos por varias naciones, no sólo por Rusia. En vencedores y vencidos hubo criminales de guerra.

Notemos solamente que Carlos V, fiel a sí mismo y a la fe católica, impide en 1524, en Espira, la celebración de Concilios nacionales, y propone de nuevo al Papa la celebración de un Concilio general, convocado y presidido por él o por sus legados, como es natural, señalando ya la ciudad de Trento, como lugar adecuado. ¡Concilio, Concilio, clamaban todos los buenos, y Carlos V no cesa de pedirlo!... En el Concilio general cifraban todos los buenos sus esperanzas y deseos de Reforma (24). Tras la Dieta de Augsburgo (1530), ocasión de tantas satisfacciones en Roma por el proceder de Carlos V, de acuerdo con el legado pontificio Campegio, se vuelve a hablar del Concilio, pero también sin éxito. En Roma lo temían por motivos diversos, ni querían la Reforma radical, *in capite et in membris*, ni la intervención en pie de igualdad de los herejes, y en esto tenían sobrada razón. Ni los dogmas podían discutirse de nuevo, ni los herejes y sus Príncipes, metidos a pontífices, podían intervenir en un Concilio general, alternando con los cardenales y obispos. Los teólogos católicos, y no olviden esto ciertos escritorillos, no eran más que consultores, ni intervenían más que en las congregaciones previas, no en las sesiones donde se forjaban y discutían los Decretos conciliares y donde se aprobaban. En éstas sólo tenían voz y voto los obispos, arzobispos y cardenales. Por gracia se concedió también voz y voto y los generales de las Ordenes religiosas. Los seculares, ya fuesen representantes del Emperador o de cualquier Rey, eran espectadores, fuera de alguna ceremonia oficial, aunque solían maniobrar entre bastidores. En 1532 insiste de nuevo Carlos V a favor del Concilio, pero con el mismo resultado negativo. La verdad es que no lo quería Francia; no lo querían los protestantes, si bien decían lo contrario; no lo quería *da vero* el mismo Papa, y mucho menos los cardenales aseglarados y la Curia romana (25); sólo lo querían sinceramente España y Carlos V, con el grupo de cardenales y obispos buenos, que siempre hubo, amén de otras figuras aisladas de Italia, Países Bajos y Alemania, católicos sinceros y amantes de la Iglesia. Serán los que en Trento y fuera de Trento defenderán la buena causa.

3. Con la elección de Paulo III, en octubre de 1534, mejora la

(24) *Concil. Trid.*, vol. IV, p. XXXVII. PASTOR: *Ob. cit.*, lib. III, cap. VIII. página 69.

(25) Describiendo PASTOR esta oposición se ve obligado a escribir: "Cuando oímos que a la sola noticia de la convocatoria del Concilio se produjo una enorme depreciación de los oficios vendibles, podemos calcular la presión que ejercerían los curiales sobre el Papa." *Ob. cit.*, lib. III, cap. XIV, p. 285. Al narrar la muerte de Clemente VII estampa estas graves palabras: "En tales circunstancias ha de considerarse como una felicidad para la Iglesia no haberle concedido más largo tiempo de vida al Papa Médici." Murió, en efecto, bastante joven todavía. *Ibid.*, vol. X, p. 215.

causa del Concilio, que era la causa de la Reforma verdadera. En la primera Congregación de Cardenales, el 17 de octubre, les habló ya Paulo III de la necesidad de convocar el Concilio (26). Lo convoca, en efecto, el 2 de junio de 1536, pero sufre repetidos aplazamientos, impuestos por las circunstancias. Debía celebrarse en Mantua. Nuestro Carlos V se verá acosado de nuevo por todas partes, acrecentándose las dificultades. Sin él y sin España era inútil hablar de Concilio. El turco, los protestantes de Alemania, y sobre todo el Rey de Francia, están siempre al acecho para impedirlo. Es triste y fea la historia de Francisco I, siempre derrotado y siempre infiel a los tratados. Parece complacerse en estorbar el bien. A pesar de todo, el Papa y Carlos V seguirán pensando en el Concilio a fines de 1541. En un informe de esta época se dirá que Carlos V "*siempre tuvo esta opinión, este deseo*" respecto del Concilio (27). Por desgracia, aún había de surgir otra guerra, por la deslealtad de Francisco I de Francia, que perderá de nuevo. Con la paz de Crespy (1544), será posible lo que tanto se deseaba (28).

Entramos ahora en una de las épocas más interesantes en la vida del Emperador Carlos V, pues lograda la paz, se presentan ante él *dos empresas muy queridas*, en las que se pondrá a prueba su espíritu cristiano y católico: *el Concilio de Trento y la guerra contra los protestantes*, que debía cortar abusos y atropellos, proteger a los católicos, renovar el culto católico en muchos lugares y dar eficacia al Concilio de Trento, consiguiendo que fuesen aceptados sus Decretos dogmáticos y reformadores. En las dos cosas estuvo identificado con una gran figura hispánica, con temple de héroe y virtudes de santo. Nos referimos a su confesor, el célebre Pedro de Soto, O. P. Tras los dos volúmenes que le hemos consagrado, no dudamos en afirmar que *sin estos dos hombres ni hay Concilio de Trento*, ni hubiera sido posible la guerra contra los protestantes, aliados el Papa y Carlos V. Parecerá atrevida nuestra afirmación, pero será compartida por quien conozca las dificultades vencidas en las dos cosas y en la conservación de la armonía entre Carlos V y el Papa. El Emperador llamaba a Pedro de Soto *mi profeta*, pues con sus oraciones le concedía Dios sus victorias contra los herejes (29); el nuncio o legado Mignanello dirá a Roma (30-V-1545) que es muy conveniente escriban al confesor

(26) *Concil. Trid.*, vol. IV, p. CXI.

(27) *Ibid.*, vol. IV, p. 206-7. Véanse también en las páginas 1045, 129-131, 188, 200-1, otros documentos de esta misma materia.

(28) En nuestra obra sobre P. de Soto, vol. I, p. 110-114, relatamos la intervención del P. Guzmán, O. P., confesor de la Reina de Francia y de Pedro de Soto, que mereció una carta del Papa, agradeciéndole sus trabajos por la paz de Crespy. El P. Gabriel de Guzmán era español.

(29) *Ibid.*, p. 98. Lo refiere el Beato Juan de Rivera.

Pedro de Soto, “*porque es él un ministro de quien se sirve su Majestad en las cosas grandes, y puede ayudar mucho en los asuntos públicos y privados*” (30).

Unidos y animados por un espíritu muy semejante, se acometen las dos empresas, que vienen a resultar simultáneas. Respecto de la guerra diremos solamente que Carlos V no perdonó medio ni sacrificio para conseguir los fines espirituales y temporales perseguidos. En carta del mes de enero de 1546 dirá a su hijo Felipe: “Ya tenéis entendido lo que ha pasado en lo que toca a la empresa que *el año pasado se pensó hacer* contra los protestantes, para reducirlos a la fe y apartarlos de las ideas que tienen, *visto que no se veía y ni se hallaba otro medio más conveniente, habiendo procurado el remedio por tantas vías, para no venir a tales términos*” (31). Las palabras del Emperador tienen un valor permanente, y reflejan con exactitud el proceso evolutivo en el conflicto con los herejes, perturbadores de la paz y corruptores de la Iglesia.

Para comprender estos hechos, no debe olvidarse que las diferencias religiosas en la Edad Media traían consigo las luchas civiles y políticas. Ni los judíos se limitaban a ser judíos, ni los herejes protestantes, o de cualquier otra secta, se contentaban con renunciar a su fe católica, en el fuero de su conciencia, como no se dan por satisfechos los comunistas de nuestros tiempos con profesar un credo político y religioso materialista y disolvente, dentro de sus casas y dentro de su nación. La verdad es que *en todos los tiempos y climas*, ya se aparente lo contrario y se pregone, las ideas y opiniones diversas se han traducido a la realidad, queriendo modelarla a su imagen y semejanza. Es lo natural; el hombre no sería hombre si sus actos no responden a sus ideas. Por lo demás, las luchas que se llaman de guante blanco no suelen ser las menos sangrientas, aunque se diga lo contrario. Es el caso de las sociedades secretas, como la masonería, que tiene sobre sí los mayores crímenes de la humanidad, como el asesinato de un Calvo Sotelo y tantos otros, con las revueltas consiguientes.

Queremos decir con esto que la lucha sostenida por Carlos V y la Iglesia era, en el fondo, *una guerra defensiva*. El Landgrave de Esses, que se permitía tener dos mujeres oficialmente; el duque de Sajonia y otros señores feudales, no eran sólo apóstatas, eran también salteadores de conventos e iglesias, usurpadores de sus bienes, como eran perseguidores de los católicos. Al clamor de los católicos de Colonia interviene Carlos V, con la aprobación de su confesor Soto, y de

(30) FRIEDENSBURG: *Nuntiaturberichte aus Deutschland*, vol. VIII, p. 183.

(31) MAURENBRECHER: *Carlos V und die deutschen protestanten*, p. 36.

Roma, por tratarse de un arzobispo infiel a sus deberes (32). Aparte de esto, la Iglesia, en buena teología jurídica, como sociedad perfecta y *per se sufficiens*, y en virtud de su soberanía espiritual, tiene pleno derecho a defender por sí y por medio de los Príncipes católicos, la fe cristiana y a todos los creyentes. Son súbditos suyos y el hereje es como un malhechor a quien la potestad civil castiga con la pena debida y encarcela. *La fe no se impone por la fuerza*, ni se bautiza por la fuerza, pues *credere voluntatis est*, según la expresión clásica entre los teólogos-juristas españoles, *pero sí se puede defender la fe y a los católicos por la fuerza* (33).

Por desgracia, los frutos no correspondieron a los sacrificios, y no por culpa de Carlos V. Surgían a cada paso desavenencias y dificultades. Paulo III había prometido 12.000 infantes, 500 caballos y trescientos mil escudos; pero no se da prisa a cumplir lo prometido, ni guarda el secreto pactado sobre el carácter de la guerra, para evitar las alianzas entre los herejes, si se declaraba que era religiosa. La campaña tuvo que aplazarse hasta el año siguiente y aún no bastó. Los triunfos de Carlos V se logran a fines del 1546 y en 1547. Con esto los gastos se acrecentaban, como es natural, al sostener tanto tiempo las tropas, y la victoria era más difícil y podía peligrar, pues el Emperador no podía perder de vista ni las acechanzas de los turcos, ni las deslealtades del Rey de Francia. Si tenemos ahora en cuenta que las cosas no iban en buena armonía en Trento, se comprenderá que ni la santidad y prestigio reconocidos del confesor Pedro de Soto eran suficientes para conservar la armonía entre las dos potestades. "*Tutto il frutto si spetta di V. Paternità*", le decía en 1546 el cardenal Farnesio, nepote del Papa, y a diario lo repiten los nuncios y legados del Papa en sus cartas. No podía hacer milagros, sin embargo, *cuando ellos mismos multiplicaban las dificultades*. A duras penas se logra la prórroga de las tropas del Papa, que hicieron un papel tan desairado que los mismos nuncios se avergüenzan de ello. Carlos V necesitaba dinero; como siempre, España será el principal pagador; con aprobación de Soto se pide al Papa la autorización para gravar los mismos bienes eclesiásticos de España... Pero el Papa da largas al asunto, según el recurso frecuente en Roma; se mezcla lo religioso con lo político y lo familiar... Sobreviene lo de Plasencia, donde fué asesinado el hijo de su juventud no ejemplar; se traslada

(32) En nuestra obra *El maestro Pedro de Soto*, etc., I, p. 117-120.

(33) Los mejores defensores de la libertad de conciencia y de creencias, bien entendida, son los teólogos-juristas españoles del XVI, como hemos tenido ocasión de probar. Nuestra obra, *La Teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*, Madrid, 1951 (2.^a edición). *Derechos y deberes del hombre*, Madrid, 1954.

el Concilio a Bolonia, para colmo de males, el 12 de marzo de 1547. Al terminar triunfante la guerra y prisioneros los jefes, el Concilio no estaba ya en Trento, cuando más falta hacía allí.

Con estos contratiempos se impuso la celebración de la Dieta de Augsburgo, abierta el primero de septiembre de 1547, y de ella sale el célebre y discutido *Interim* de 1548. ¿Qué decir de la conducta de Carlos V en este caso?... ¿Qué juicio debemos dar del censurado *Interim* de Augsburgo de 1548?... Hace ya casi treinta años defendimos a Carlos V y el *Interim* aprobado por él, para imponerlo mientras el Concilio resolvía lo que conviniera. Hoy debemos repetir dicha defensa, afirmando que Carlos V procedió de la única manera que le era posible, salvando todo lo que podía ser salvado. A los censores del *Interim* debemos decirles que si lo leyeron no pueden censurarle por su doctrina, a no estar ayunos en materias teológicas; quien no lo leyó debía callarse. Nuestra sorpresa fue grande al estudiar esto, pues habíamos leído muchas censuras. La misma parte disciplinar es aceptable, pues fuera de unas cuantas dispensas que se remiten al Papa, lo demás no se sale de lo que debía ser reformado. La verdad es que no debe sorprendernos la justeza y exactitud doctrinal del *Interim*, sabiendo que intervinieron hombres como el cardenal Otto de Augsburgo, Pedro de Soto y Domingo de Soto, con Malvenda, gran teólogo español, como los anteriores. El legado pontificio Sfondrato escribirá a Roma que el fin de la Dieta era "*per trattare il modo quale si abbia da servare qua in Germania sino alle definitione del Concilio*" (34). No intervinieron los legados del Papa, como otras veces y como se lo pidieron, porque no quiso enviarlos... La razón es demasiado humana: *se trataba de rescatar a cambio Plasencia*. Por lo demás, ojalá se hubiese cumplido lo determinado en el *Interim*; algo se hizo y no fué poca ventura, pero al desaparecer las tropas de Carlos V surgen las desobediencias.

¿Qué había sucedido en Trento mientras tanto?... Ha visto el lector que hemos aludido repetidamente al Concilio; al ser cosas simultáneas era inevitable. Ya apuntamos las dificultades que venían retrasando la celebración del Concilio. En 1545, el 7 de junio, escribía a Roma el legado del Papa para decirle que tanto Carlos V como el Rey de Romanos querían el Concilio general "*ma che sia da vero et con frutto*" (35). La frasecita es histórica. Se repetía con sobrada frecuencia que el Papa y otros muchos allegados a él no querían el Concilio *da vero*, por temor a la reforma *in capite et in membris*. Con

(34) FRIEDENSBURG: *Ob. cit.*, vol. X, p. 163. Muy por extenso estudiamos todo lo de la guerra y analizamos el *Interim* en el vol. I, de la obra sobre Soto, cap. IX al XII.

(35) *Ibid.*, vol. VIII, p. 189.

ella corría también de boca en boca otra similar: "*Concilium Tridentinum abhorret ius divinum*", tan querido a los españoles, por ser el medio más seguro para implantar la Reforma arriba, en el mismo Papa, en su Curia, en los Cardenales, harto necesitados de ella. Al sabio y santo Bartolomé de los Mártires, O. P., arzobispo de Braga, se le atribuye esta frase: "*Los Eminentísimos Cardenales necesitan una eminentísima Reforma*" (36). No bastaron, sin embargo, tales temores para impedir ahora el Concilio y se abre el 13 de diciembre de 1545. Desde el primer día, y aun antes de abrirlo, *se alimentó el deseo de trasladarlo* a una ciudad del Papa, tan pronto se presentase ocasión. En las discusiones y en los Decretos se adopta el acuerdo de tratar simultáneamente del dogma y de la Reforma; así se daba gusto a todos. Puede advertirse en cualquier Decreto del Concilio que tras las definiciones dogmáticas hay una parte *De Reformatione*.

Las diferentes tendencias se perfilan desde el principio. Los españoles suelen actuar con bastante disciplina. Los Embajadores de Carlos V están *atentos a todos los detalles*; a través de unos y otros tenemos el pensamiento y los deseos de Carlos V. Afortunadamente podemos decir, sin temor a que nadie nos desmienta, que Carlos V y los españoles fueron siempre los más aguerridos defensores de las buenas causas, aunque no siempre les comprendiesen, no sé si por exceso de malicia o por falta de ciencia teológica, como aconteció con el *iure divino* en la controversia sobre el Episcopado y sobre la residencia. Sin mengua de las legítimas prerrogativas del Papa, bien podían definirse las dos cosas. Con los españoles solían coincidir los italianos más independientes, religiosos unas veces y súbditos del Rey de España otras. España, Italia y Portugal son las naciones que dan un contingente más numeroso de obispos y teólogos; entre las Ordenes religiosas sobresalen, como es natural, las antiguas, que recogen ya los frutos de la Reforma, triunfante en España desde los Reyes Católicos. Dominicos y Franciscanos dan más de un centenar, entre obispos y teólogos; tras ellos van los Agustinos, con un buen número, capitaneados por su general Seripando, y los Carmelitas. Los Jesuítas, que acababan de nacer, sólo tuvieron cinco, en las tres épocas del Concilio (1545-1563), sobresaliendo los españoles (37). Deseosos todos

(36) No hemos encontrado esta frase literalmente en las Actas del Concilio, ni en otro documento de la época, pero bien puede ser cierta y rigurosamente histórica, ya que más de una vez defendió *lo contenido* en ella. En nuestro trabajo *Los dominicos y el Concilio de Trento*, p. 63-8, trazamos una síntesis de su vida. En el Concilio dijo: *Ecclesia deformata valde est, quae rigurosa et dolosa reformatione indiget*, que para el caso es la misma, diferenciándose en que una se refiere a los cardenales solos, y la otra a toda la Iglesia.

(37) *Ibid.* Damos una lista de más de 130 dominicos. Las dos ramas de franciscanos tuvieron muchos cada una de ellas. No los hemos contado.

de rodear al Concilio de plena autoridad, aprobaban la expresión "*Ecclesiam universalem repraesentans*", pero sin ribetes conciliaristas. El conciliarismo es fruto francés. La frase es exacta, bien entendida (38).

La cuestión que más separa a los españoles y afines del numeroso grupo que estaba atento a las órdenes de Roma, es la relativa al *iure divino* en la residencia, y también en la constitución y carácter del Episcopado. Fué el caballo de batalla. Se comprende, por su trascendencia práctica en la obra reformadora. Ya el maestro Vitoria, O. P., en sus *Relecciones de potestate Papae et Concilii* reprueba clara y durísimamente las diarias y amplias dispensas concedidas por la Curia romana, lo que condena como pecado grave. Vitoria, que es un gran defensor de los verdaderos derechos del Papado, no vacila en atar moralmente las manos del Papa en la concesión de tantas dispensas. El *non licet*, aunque pueda hacerlo, lo repite más de una vez, para decir que pecaría gravemente. Sus discípulos, que tanto brillaron en Trento, donde le citan (39), siguen el mismo camino. Anotemos algunos detalles del Concilio.

No más allá del 10 de mayo de 1546 pidieron varios obispos que se trate luego de la residencia, como base de la Reforma. Pacheco, el célebre obispo de Jaén, luego cardenal, y lumbrera del Concilio en la primera época, no duda en decir que la considera como algo fundamental. Los españoles todos, *uno ore*, en frase de Severoli en su *Diario*, claman por la definición del deber de residir, *iure divino*. Los obispos, los sacerdotes con cura de alma y párrocos, amén de los que tengan beneficios que por su naturaleza exijan residencia, quedan incluídos en este deber sagrado, que no puede ser objeto de dispensa. *¿Cómo pueden apacentar sus ovejas si no residen?* (40). Nos agrada ver a no pocos italianos con los españoles y portugueses. Hay entre los obispos italianos no pocos religiosos. La Orden Dominicana contó con un grupo muy numeroso, en las tres convocatorias, de arzobispos y obispos, predominando los italianos por el número, y a fe que eran también buenos teólogos. No se define, a pesar de esto. En el Decreto del 13 de enero de 1547, donde se nos da el *De Iustificacione*, tan fundamental, tenemos también una parte *De Reformatione*. Se recuerda *el deber de residir*, y se señalan *penas* contra los que no residan,

(38) *Concil. Trid.*, vol. I, p. 14. *Diario* de Severoli.

(39) VITORIA: *Relec. de potestate Papae et Concilii*, p. 238 y siguientes (edición P. Getino). Véase cómo condena los abusos en la p. 256. En la p. 259 nos dirá: "*Damihí Clementes, Linos, Silvestres, et omnia permittam arbitrio eorum, sed, ut nihil gravius dicatur in recentiores Pontifices, certo multis partibus sunt priscis illis inferiores.*"

(40) *Concil. Trid.*, vol. V, p. 210-212, y vol. I, p. 56-60, 70-5, *Diario* de Severoli.

pero no se dice que ese deber esté impuesto *iure divino*. El sardo Baltasar de Heredia, O. P., obispo en Cerdeña, dirá el mismo 13 de enero que el Decreto no le agrada del todo, pues en lo "*de residentia videtur nimis diminutum, immo nullius momenti*" (41).

Con el *Decreto de Sacramentis*, del 3 de marzo de 1547, se nos da otro *De Reformatione*, en el que se ponen algunos remedios a los abusos en la acumulación de beneficios en una misma persona, y fué todo lo conseguido. El Concilio se traslada a Bolonia, según dijimos, y los españoles e imperiales no van en su mayoría. El pretexto fue la peste, no sé si peligrosa, como se fingía. Carlos V acabará por protestar oficialmente. Ante la esterilidad, se disuelve. A pesar de todas estas contrariedades *no renuncia el Emperador y España a la continuación del Concilio* y a los esfuerzos *en pro de la verdadera Reforma*. Bajo Julio III se abre de nuevo en Trento, en 1551. El 2 de diciembre de este año se presentan a los teólogos seis artículos, en los que se tocan estas cuestiones, como se tocan en el cap. 3 del Decreto presentado a los Padres (42). Todo quedará igual. Por eso la batalla se reanuda, con más fuerza y vigor, *en la última época del Concilio, muerto ya Carlos V*. El pensamiento *no varía*. Es la época del célebre Guerrero, a quien cuadraba muy bien el nombre, arzobispo de Granada y jefe de los españoles; es la época del V. Bartolomé de los Mártires, O. P., arzobispo de Braga; del palentino Vosmediano, obispo de Guadix, valiente y sereno en medio de la tempestad levantada por ciertos fariseos necesitados de reforma; del citado Pedro de Soto, que fué como teólogo del Papa. El Emperador Carlos V había muerto en Yuste en 1558, *pero para los españoles tridentinos nada había cambiado*. La verdad es que para recordar a Carlos V bastaba la presencia de Pedro de Soto, su antiguo confesor, que parece acaparó el título, pues siguen llamándole así mientras vive... El mismo no quiso otro, pues renuncia a todos los Obispados y Cardenalatos que tanto Roma como Carlos V le ofrecieron. No renunció, sin embargo, a su santa libertad, y durante el Concilio y en el mismo momento de la muerte en Trento defenderá, *en su célebre carta al Papa*, la necesidad de definir que la residencia es un deber que se impone *iure divino*, pues sin eso *no habría verdadera Reforma*. Con valentía sin igual em-

(41) *Concil. Trid.*, vol. V, p. 807. Pacheco, Fonseca, Salazar, Francisco de Navarra, Pedro Agustín, Bartano, O. P., con otros varios obispos piensan lo mismo.

(42) LE PLAT: *Monum. ad Hist. Concil. Trid. Collectio*, vol. IV, p. 335-6; 397-405.

plaza al Papa ante el juicio de Dios y le advierte de su responsabilidad si no se define como piden los buenos (43).

El acto de Pedro de Soto, confesor del Emperador Carlos V, es como el sello que rubrica y confirma la campaña constante a favor de la verdadera Reforma, sostenida por su egregio penitente y por todos los buenos católicos, dentro y fuera del Concilio.

(43) Le dice Soto al Papa: si no se define lo relativo al *iure divino* "non dubito, multum Sedem Apostolicam amissuram et Sanctitatem vestram ultimam damnationem in iudicio Dei incursum". La publicamos íntegra en los *Apéndices* del tomo I, de la obra sobre Soto, p. 376-7; en el tomo II, p. 833-848, puede verse el detalle de esta controversia en Trento.

Venancio Diego Carro, O. P.
General Oraa, 14.
MADRID

LO NUESTRO

POR

JAIME DELGADO

A mis amigos José María Lacalle y Manolo Balcells

I

*Esta es la habitación de la bebida,
la casa donde viven nuestra sangre
y alegría prestadas, la moneda
de pequeña verdad y algo de sueño
que va cayendo dentro de nosotros.
Aquí se enciende el aire cuando miran,
secos aún, los ojos y atraviesan
el flotante espesor de voces y humo
en busca de otros ojos que los miren.
Y nace la palabra como un eco
de cosas repetidas muchas veces
dentro del corazón y que la urgencia
de ganarnos la muerte enmudeciera.
Sobre nuestras cabezas, suspendido,
deja su ser el tiempo: permanece.
Somos los inquilinos de un espacio
donde toda esperanza está cumplida.
Igualitariamente compartimos
el asiento y el pan, el breve engaño
de un gozo duradero, que se agota
en la curva final de nuestro paso.
Mas no duele vivir; si acaso, duelen
las horas ciegamente transcurridas,
sin rescate posible del olvido;
que ir creando recuerdo es nuestra vida,
y luego, reunido, amarlo todo
y llegar a morir como quien abre
al alba su balcón escucha el día
como un inmenso canto que se espera.*

*Y vivimos de noche, en el misterio
de ese nocturno herido que es el hombre,
y nos contamos todos los recuerdos
que no lo habían sido y ahora brotan
como el campo del humo de la noche.
Aquí está el mundo quieto; aquí varados
las esferas, los ídolos, los dioses
de las pequeñas cosas cotidianas,
mortaleciendo casi de vividas.
Más de pronto un latido, un pulso enorme
de corazón inmenso nos descubre
en la azul y lechosa lejanía
los ojos que buscábamos. La tierra
vacila a nuestros pies. Ha comenzado
la ronda del amor en nuestra sangre.*

II

*Si pasas por mi lado y yo te sueño
como ahora estás vestida y te desnudan
las manos de mis ojos tiernamente,
y el ángel que alimenta tu sonrisa
enciende tu mirada, emprende el vuelo
mojándose los labios y conmueve
tu pecho como el agua de un estanque
es apenas rizado por el céfiro,
verás cómo mi sangre se detiene,
acude luego toda a mis pupilas,
llena mi voz de césped y tomillo,
de más húmeda tierra, por que pises
enteras mis palabras y comprendas
cuánta vid de verdad guarda el silencio
de quien sólo descansa en tus umbrales
por si enteabres la puerta y en la casa
hay algo más que ahora, aceite y besos.*

III

A distinguir me paro las voces de los ecos
(ANTONIO MACHADO.)

*Te he visto muchas veces tras la barra
del mostrador del bar y no comprendo
qué esperabas allí. Te dije un día
"amor" y me entendiste, tan abiertos
tus ojos, tan oscuros y tan grandes
como de noche el mar y como el sueño
que a ti te inmoviliza y enaltece.
Y otra vez dije "amor" en el silencio
con lluvia sonreída de tus labios,
como un niño nos llueve y está abriendo
las manos y sonríe las palabras
que no sabe decir. Así salieron
las tuyas a la puerta de tus párpados,
por donde entrar al fondo de tu pecho.
Muchas voces te suenan, mucho vino
bebido por tu nombre va encendiendo
la tierra de tus pasos. Mas tú sabes
pararte a distinguir entre los ecos
la voz del corazón, que un día canta
como ofreces el pan, pero por dentro.*

IV

*Como ofreces el pan, pero por dentro,
te sueña mi memoria día a día.
El corazón, en soledad sombría,
ha elegido su amor; tú eres su centro.*

*He venido a buscarlo, mas no encuentro
la parte que me falta de alegría.
Lejana tú, no tengo ya otra vía
que ofrecerte mi pan, pero por dentro.*

*Y hacia adentro buscar el tiempo herido
por tu rostro cercano y escondido.
Cabeza y corazón, al fin de acuerdo,*

*quieren vivir de nuevo la pérdida
juventud. Mas tan sólo tienen vida
para apoyar su muerte en tu recuerdo.*

V

A Loli Bado

*Llevar una bandeja es un milagro
que florece en las yemas de tus dedos.
Empieza en tu pisada, cuando el aire,
creado y detenido en tu cintura,
se libera en tu pie, sube, se mece
curvando de dulzura tu cadera,
y tú misma te elevas, te haces ángel
sobre invisibles alas sostenido.*

*De pronto, tu sonrisa, no se sabe
desde qué manantiales de pureza,
nace, nos ilumina, llena todo
de novicia jugando, pasa un niño
por tu boca entreabierta y amanece.
Lo demás es lo otro, amarillea,
se pierde en el cristal, vino caído
y unos pequeños trozos de madera.
¡Oh, qué hervores de gracia tu cabello,
tu mano, tu mirada sosteniendo
el mundo, la esperanza, mi existencia!
¡Milagro! Sola tú, milagro erguido,
floreciendo en tus dedos la bandeja.*

VI

*Está muy cerca el valle de tu infancia,
el humillo del heno, la semilla
del maíz familiar, la deseada
cumbre de tu niñez, el rudo canto
del pastor de tu dulce adolescencia.
Es todo tu recuerdo lo que ahora
contempla tu mirada, y se detiene.
Y como quien privado del oído
mira para escuchar y va leyendo
las letras de la voz, estás mirando
el son del caramillo, las palabras
que sólo a ti decía, el golpe seco
de su andar sobre el viento del camino
y que ese mismo viento te traía.
Tu mirada te acerca de vacío,*

*lo que queda de voz en la memoria
después que en el silencio se establece.
¡Oh, recobrada infancia, tiempo en vilo
en los ojos y luz de su destello
como la brasa alumbra la ceniza!
¡Oh, ceniza del tiempo que nos duele!...
Pero vuelve a tu edad. Llama esperanza
a la copa que llevas en la mano,
a la sed de los ojos que consumen
el vino embotellado en tu vestido,
al humo de inocencia que desprenden
tu rostro, el delantal y la sonrisa,
donde nace el candor hacia tu nombre.
Porque tu oficio es éste: que el sediento
trascienda su pasión, detenga el vaso
a la nublada altura de sus ojos,
eleve hasta los tuyos su mirada
y sienta el corazón, la lengua, el labio
humedecido todo por un agua
que nunca antes mojara su tristeza
de vino consumido inútilmente
y le empapase ahora hasta los huesos
de dulce claridad. Y has de cumplirlo,
has de cumplir tu oficio de esperanza
con la larga costumbre de silencio
y llovida ternura, con que mira
llenar el bebedor la copa nueva.*

VII

*Así yo te miraba, así servías
la desteñida sangre de las uvas,
chorro de libertad en mi conciencia.
Pero no la bebía. Contemplaba
la vena manantial de tu cintura,
proseguía su curso aguas arriba,
promontorios cruzando de la nieve
más caliente y maciza que he tocado;
y hacia abajo también, linfa purísima
suspendida, compacta, milagrosa-
mente fría del sol, iluminada
por el aire del trigo que se siega,*

*hasta alcanzar los bosques, los umbrales
donde todos los ríos se originan.
Y tú enfrente de mí, con la palabra
por decir en los labios, con los ojos
destilando dulzura al detenerse
en los míos, la vez que los bajaste
para ver qué pasaba por la tierra.
Y sucedía esto: pan y vino,
un poco de miseria y otro poco
de alegría, la miel de los pesares,
gritos como cristal que se rompiera,
codazos por tener primera fila
y llegar con la punta de los dedos
a rozar fugazmente tu vestido.
Y tú, que lo mirabas, sonreíste
acariciando el aire con la mano
como al tocar el musgo se acaricia
la cabeza de un niño, y regresaste
al Tiempo, donde tienes tu morada.
Mas el vaso, en el aire todavía,
pendiente de tu voz, aún esperaba
palabras de cemento y azucena,
con que seguir viviendo más en vilo,
más lejos de mi sed, al epicentro
de la luz, tu sonrisa, más anclado.
Y siguió suspendido entre mi boca
y tu sitio de siempre, suplicándote
un poco de tu vino, del que fluye
de lo interior de ti y sólo moja
mi corazón por dentro y tu medalla.*

VIII

*Y como tu medalla, mi recuerdo
pende de lo que fue, dora su pecho
de tiempo transitado para siempre
y ahora tercamente recorrido
sobre el planeta inmenso de tus ojos.
No hay nada que esperar. Mi vida junta
está bajo tus pies y la has pisado
tan amorosamente como el día
pisa cada mañana el horizonte*

*para que siga el vino sucediendo
y alumbre los instantes desvalidos
en que la eternidad es más difícil.
Ahora no hay atrás, porque está todo
permaneciendo en ti, resumen vivo
de cuanto soy de herido testimonio,
de olivo añosamente, de madera
quejándose de puro enamorada,
que se sabe crujir bajo tu paso
en vida sin edad, país ni muerte.
Mientras, los otros viven en el día
que dice el calendario. No lo incendian
de luz crepuscular con el recuerdo
ni adivinan, por tanto, que mirarte
es aprender de pronto que hoy es siempre
y hay un lago escondido, donde el viento
detiene su impureza y es posible
contemplarse sin verse sucesivo,
como sentado al borde de los tiempos
con las manos repletas de hermosura,
batiente el corazón, pero tranquilo.
Aquí todas las cosas de la vida
están siendo a la vez y son amadas.
Soy el niño que fui mas ya no tengo
y tengo la vejez que todavía
no atrae mi corazón hacia la tierra.
Nostalgia y esperanza han enlazado
la sombra con el sueño. Soy un río
que mana del amor y al amor vierte.*

Jaime Delgado.
Universidad de Barcelona.
BARCELONA

EL ABURRIMIENTO

POR

MARIANO TUDELA

A Feliciano *el Mañoso* le crece la barba. La ve crecer, la siente crecer; la nota floreciendo, aupándose a pulsos de segundo.

El monte, ya se sabe, es como un cementerio sin cruces en el invierno. En el monte, para Feliciano *el Mañoso* están enterrados, como topos en madriguera, los mejores recuerdos. Y los peores. Y también los proyectos, y los sueños que la cochina vida se encargó de truncar. En fin...

A Feliciano *el Mañoso*, le escarabajea el bandujo mismo como si le subieran *bichiños* por el estómago. A Feliciano *el Mañoso*, para su desgracia, le nacen hambres de siglos a cada dos por tres.

(Es sabido, la holganza continuada engendra la gazuza, mala consejera cuando la despensa está al aire libre, cuando las esperanzas son pocas, cuando el invierno se encarga de pintar de blanco la cresta difícil del Manzano.)

A Feliciano *el Mañoso*, pobre salteador de monte, pintoresco bandolero de suerte encontrada, irremediable *culo de mal asiento*, como un día le dijera don Pástor, el párroco de su aldea, asistía al desmoché de su suerte, en cuya cabeza, un día llena de brilladoras esperanzas, se cebaba la mala sombra de su destino.

Pero Feliciano, sobre todo, por encima de todo, se aburría.

Ya era, la verdad, mucho monte del demonio, mucho Manzano del sabe Dios qué. Y encima el invierno: la mancha plomiza del cielo, el blanco cegador de la nieve, las sombras acoquinantes de la noche... ¡Dios, sí, ya era bastante!

A Feliciano *el Mañoso*, andarín de malos pasos, cabeza a gaviotas revoloteantes y trajineras, la camisa no le llegaba al cuerpo. La Asunción, la mujer poco hembra y algo macho, la mujer de facciones huesudas y como de sombra de barba en el rostro, la mujer decidida y valiente como un hombre de agallas, ya no aparecía por allí a darle un rato de palique. Ni ese consuelo. Ni esos momentos que esperar.

Además, su siniestro oficio de bandolero de monte no le daba ni para morir. Tres escopetas. Un pañuelo para echarse a la cara. Una cueva. Otrora agallas, ímpetus, entusiasmos... Y ni un mal caminante que le saltase a la vista. ¡Ese era el resultado!

—¡Valiente oficio! ¡Y la Guardia Civil empeñada en hacerme la santísima! ¡Más me valiera cerrar por derribo!

Por las noches, únicamente por las noches, en la fría y húmeda soledad de su cueva, Feliciano *el Mañoso* dejaba de atender al crecimiento de su barba, a ese crecimiento gradual y ya obsesionante en el que paraba mientes durante el resto del día. Era entonces cuando Feliciano, el pobre bandolero en paro forzoso, se acordaba de sus días de la aldea, allá cuando tallaba en madera y a punta de navaja, *a cuatro chiquitos lo que saliese*, allá cuando oía, como si lloviese en el prado o como si pasara un carro, las recriminaciones del cura, aquel don Pástor de cara roja y cejas revueltas, o cuando, sin un cuarto en el bolsillo, pensaba en América como remedio a todos sus males, en la América aquella de donde tantos regresaran podridos de dinero.

—¡Ay, si volviesen tales días! ¡Comida caliente de cuando en cuando y un pajar para dormir...!

Los sueños de Feliciano, en la oscura y tétrica hora del invierno sobre el Manzano, eran rojos, verdes, negros. Se despertaba con el alba, ahito de frío, y volvía al aburrimiento, paseando sus manos encallecidas sobre la barba crecida de bandolero.

* * *

Cruzaba enero su intervalo de heladas. A veces se nublaba. A veces salía el sol, un sol triste que no calentaba. A veces, bastantes veces, llovía a todo llover, como si la lluvia, sobre el Manzano, cayese con más obstinación que sobre la aldea.

Fue por los finales del mes, cuando ya se rondaba la Candelaria, fecha en que, en ocasiones, y según el decir de la aldea, la mitad del invierno va fuera.

Feliciano *el Mañoso* bajaba hacia la cueva desde los mismos picachos del monte. La media tarde se desgranaba en reflejos grises, diluídos, extraños y difuminados, deshílachados y turbios. A Feliciano *el Mañoso*, en aquel momento todo le hubiese dado lo mismo. El frío o el calor. El dolor o el placer. La risa o la congoja. Todo menos oír los trancos decididos de un ser humano que se tragaba el monte a golpe de andadura.

Truc... truc... truc...

Era un pisar decidido y retumbante. Dos botas poderosas encerraban unos pies hechos al camino.

Truc... truc... truc...

A Feliciano se le fueron los menguados colores y le saltó el corazón. ¡Hacía tanto tiempo que no oía otras pisadas que las suyas!

Truc... truc... truc...

Se agazapó tras las matas conteniendo su retozón respirar. Los pasos, cada vez, se hacían más fuertes. Estaba agachado, lamiendo casi la humedad de la tierra, oliendo el inconcreto aroma de la escarcha de la amanecida.

Truc... truc... truc...

Se le alegró el ojo cuando divisó, a la vuelta de un senderillo, la facha, entre sandunguera y confiada, de un cincuentón grueso, bajo y resoplante, que andaba un poco de través y respiraba hondo. El hombre, primero, se paró, miró a un lado y a otro, como intentando orientarse, y luego tornó al camino frotándose unas manos gordezuelas y mínimas, enrojecidas por el frío.

Truc... truc... truc...

¡Presal canto! Ya estaba cerca. Pasaba por su lado. ¡Menos mal que tenía la precaución —primer capítulo en el prontuario de todo bandolero consciente— de no deshacerse nunca de su escopeta más a punto!

—¡Ey! ¡Alto ahí, o te cuezo a perdigonadas!

Feliciano saltó con una velocidad que ya casi tenía olvidada. El pañuelo, a la boca; la escopeta, a la cara; el mirar, avieso.

—¿Eh?

El cincuentón regordo, despistado en el camino, paró en seco. Pero a Feliciano le sobresaltó el gesto, entre estupefacto y resignado, jamás de terror, del andarín perdido.

—Si intentas algo, te machaco. Andate con ojo.

El otro ni se inmutó.

—¿Qué desea usted de mí?

Tenía una voz aflautada y no parecía asustado. Su acento era del país, pero de más abajo. Seguramente de la Galicia del Sur.

—¡Que no te muevas, contra!

—No, usted perdone; no me moví.

A Feliciano *el Mañoso*, tanta pachorra le enfurecía. Aquél tipejo parecía no tener sangre en las venas.

—¿Sabes quién soy yo?

El regordete se encogió de hombros.

—Pues no, no lo sé.

Feliciano *el Mañoso* escogió la mejor de sus voces, una que traía acentos de ultratumba, fuerte y cavernosa como un rayo.

—Yo soy *el Mañoso*, ¡recontra! ¿Es que nunca oíste hablar del terror del Manzano? Ahí abajo me conocen bien. ¡Atajo de cabritos! Mucho que el Feliciano no servía para nada. Mucho darme de lado y reírse de mí. ¡Pero ahora...! ¿Es que nunca oíste hablar de lo que hice

con un feriante de Bergantiños que quiso dármele con queso? ¡Pues pregúntalo ahí en la aldea, ya verás...!

Se esforzó en el vozarrón. El otro seguía como si nada, como si todo aquello fuese lo más natural del mundo. Tenía la cara blanda, sonrosada y casi limpia de barba. Feliciano *el Mañoso*, ante aquel semblante, se desarmó de improviso. Tuvo una reacción extraña. Bajó la escopeta y se quitó el pañuelo, restregándose con él, de paso, el sudor que se había ocasionado con su mal ejercitada verborrea. Terminó sentándose sobre la inútil yerba de los altos del Manzano.

—Bueno, ¿tienes tabaco?

El otro sacó un paquete de picadura. De uno de los bolsillos del pantalón extrajo unos arrugados papeles de fumar.

—Sírvese...

Feliciano *el Mañoso*, antes de ponerse a liar el pitillo se colocó mejor la boina.

—Gracias. Siéntate y echa un pitillo conmigo.

Obedeció el barbilampiño.

—Sírvese, sírvase más. Yo fumo poco.

Feliciano descargó en su mano fría y acartonada un buen montón de tabaco. Tuvo que cerrar el puño porque la brisa fuerte le arramblaba con las briznas.

—Bueno, se agradece.

—El otro lió una pajita con mucha dificultad, sacando un poco la lengua y ladeando la cabeza. Feliciano rascó su chisquero de pedernal y encendió el voluminoso pitillo. La primera chupada, honda y ansiosa, le inundó de placer; sumiéndole todavía más en aquel extraño estado a que le había conducido la pasmosa imperturbabilidad del regordete despistado del camino.

—¡Pues eso...! Malo es el invierno por estos demonios de andurriales...

Volvió a chupetear en el cigarro. El otro, con la misma cara que tenía cuando Feliciano le vió desde su escondrijo de entre las matas, asintió a sus palabras. Fumaba lentamente la pajueta. Casi la dejaba apagar.

—¡Esto ni es vida ni es nada! Bien que me engañé. Antes, todavía... La gente cruzaba el Manzano con las faltriqueras repletas. Ya sabes, las ferias de Borrazás... Pero en cuanto supieron que yo andaba por aquí, se liaron a dar rodeos. ¡Eso que presumen en la aldea de que salen a darme la cara, y dicen que yo me rajo!

Aquél hombre era como un pedazo de carne sin alma. A Feliciano *el Mañoso* —¡Dios sabrá por qué!— la sangre helada del tiparraco perdido le infundía un remoto ramalazo sentimental.

—Ya ves... Hablan... Yo nunca hice mal y así, como si nada, me perdieron. Bien mirado, yo sólo me eché al monte para procurarme unos duros. Quería irme a América. En la aldea nunca los hubiera podido conseguir...

La voz de Feliciano era ahora meliflua y acariciante, como la de una rapaza en mimo. El otro seguía con su cara de palo.

Declinaba la tarde. Empezaban a cernirse las sombras sobre el Manzano. Otro día más. La penumbra. La noche.

—Al principio me temieron, después se burlaron de mí. Empezaron a decir pavadas de que si había pactado con las meigas... Terminaron llamándome *el hombre de las tres escopetas*... Que si era un desgraciado; que si iba a terminar de mala manera...

Los acentos de Feliciano eran cada vez más lastimeros. La tarde se difuminaba. El otro, como si nada ocurriese. Acaso en otro día hubiese terminado con la paciencia del salteador del Manzano. Hoy, no. Le infundía nostalgias, remordimientos, como si en la fofa humanidad del caminante despistado residiese su propia conciencia.

Feliciano *el Mañoso* sentía sed de confianzas, de voces que le hablasen hasta el aturdimiento.

—¿Y tú, como te llamas?

—Sixto. Sixto Fernández Engracia.

La voz de Sixto Fernández Engracia, el caminante perdido, seguía siendo aflautada, sin matices, un sí es no es antipática.

—¿De dónde eres?

—De La Guardia. Ando por aquí en cuestiones del interés.

—¡Ah!

A Feliciano *el Mañoso*, sin explicarse bien el porqué, se le agofaron las lágrimas en los ojos. Pensaba vagamente en lo que el andarín regordete le acababa de decir. Sixto Fernández Engracia, natural de La Guardia, metido en el cuidado de sus intereses, era libre como un pájaro, acaso feliz y dichoso como uno de aquellos pájaros que sonorizaban el monte con sus trinos en las añoradas mañanas de la primavera...

—¡Libre!

Sixto Fernández Engracia, por primera vez, ensayó un gesto ambiguo.

—¿Decía usted?

A Feliciano *el Mañoso* se le escapó un escondido mal humor.

—¡No decía nada, recontra!

—Perdone. Me pareció oírle...

—¡Basta!

—Basta; sí, señor.

Pero las lágrimas de Feliciano, abriéndose paso por entre los escondidos malos humores, seguían pugnando por rodar las secas mejillas. La noche caía ventosa. Feliciano *el Mañoso* se levantó, giró, dió la espalda a Sixto Fernández Engracia. La voz le salió temblona. De repente, y sin darse cuenta, lo trató de usted.

—¡Váyase!

Los segundos, en el monte, eran como eternos. Volvió a repetir:

—¡Váyase!

—Hágame el favor. Yo tendría mucho gusto...

Sixto Fernández Engracia anduvo unos pasos y le tendió la mano. De sus dedos pequeños y magros como sonrosadas salchichas, pendía un billete de diez duros.

—Hágame el favor. Yo tendría mucho gusto...

Feliciano *el Mañoso* atrapó el billete y cerró el puño con rabia. A la boca le llegó el amargor de una lágrima. Su voz era quejumbrosa, casi suplicante.

—¡Váyase! ¡Váyase y diga en la aldea que *el Mañoso* es un pobre desgraciado!

Sixto Fernández Engracia, regordo, voz aflautada y andar como de través, descendía por la ladera del Manzano. Feliciano *el Mañoso*, en aquel mismo momento, se derrumbaba sobre el frío suelo de su cueva. El desconsuelo, allá en el Manzano, era mortificante y cruel.

Mariano Tudela.
Paseo de las Delicias, 94.
MADRID

LOS SOLLOZOS

POR

CARLOS RODRIGUEZ SPITERI

LA VERDAD

Huele a lluvia y se habla en voz alta,
para contar de frente todas las cuitas.
En voz alta, limpia, focal, sin ceguera
para encontrar una voz, muestra brava
que soporta un hombre en el desmoronamiento,
cuando llega al final del corazón que sabe

dentro de un nuevo cielo, redimir el espejismo
cedazo que hace eliminar la espuma
al encarnarse con escaramuzas, con la verdad
deformada como una trompeta que jadea.
Aguja inclinada para conocer las fuentes,
y la caricia para las condiciones del alma.

UN HOMBRE

Un hombre, como pájaro perdido en el cielo
con la calma que cubren las cenizas,
al meter la noche dentro de los ojos,
y su cuerpo entregado a la corriente,
sale al encuentro de las plagas.

No se siente el amparo, como siempre
están las espaldas cargadas de lúpulo,
para saborear el agua en un palomar,
y los pies sujetos a las piedras calientes,
con la inmovilidad del escorpión en la roca.

El hombre, tan íntimo, tan solo, sin techo
cómo cayada hundida en la tierra
perdido por el vedado. Goteando su sangre
entre el lodo, como madeja de barro
se vuelve silencioso al cobijo de los paredones.

A cielo abierto, en su aparición primaveral
al medir el rendimiento de los hombres.
Para ver las dimensiones del corazón
y perderse en el agua, comprobando durezas
entre postes de trabajo gastados por el uso.

Sin estar al alcance del beso,
con los ojos que lloran por el humo.
Arrumbado entre lo que desentierra la piqueta,
con los dedos que arañan la pared, queda fuera
de los sortilegios y fiestas de columpios.

Con pena, con una rosa en el candil
va por la corriente arriba del río.
Embarrado, palpando la presión de la ceniza
sin moverse de los sitios encharcados,
esperando que siempre sea un año más tarde.

Un hombre llora entre la gente
con el bálsamo que levanta los corazones.
Al tener que arrastrar carretas de arena,
contemplando al engarzar su alma,
una plaga de lagartas que desaparece en la lejanía.

LOS REMEDIOS

El tiempo que se tarda en reunirse,
con un gemido sobre las conchas.

Boca pálida con secreto en las comisuras,
desprendiéndose de un peso,
al quitar las cenizas con el talón.

El pie en los umbrales, en suelo desigual
para mantenerse bien sobre la tierra.

Un cáliz en el paisaje,
desagüe en sábana, un gancho
espuma de aire para el pulmón inmóvil,
gota de agua goteando por el vaso.

Desasirse, para que no germinen
espinos, gérmenes, virus. Sonda de medida
en la pleura escindida a cuchillo.

Impulso de la sustancia fundida en la imagen,
que ahoga las fuerzas al encubrir las plantas.
Con dos ojos entre tinieblas y oxígeno,
al traer de nuevo el corazón a su sitio.

(4 marzo 1956)

CON UNA SOGA

Como una piedra, aguanta el peso
de otra piedra.

Hay que taparse los oídos,
y volver la cara hacia el suelo.
Esperando el azadón que libera,
los montones de tierra.

Me están dando golpes, desde todas partes
y siento que se desploma la alegría.

Con una ciruela en los dedos,
sin los labios con los labios.
Sin tener los ingredientes de la esperanza,
para poder reposar con los ojos cerrados.

Mientras se va perdiendo la confianza
con una sogá en la garganta.

Papel quemado para la memoria,
al pasar por debajo de los párpados,
los colgantes de arañas,
entre el remojo de las lágrimas.

LOS PIES EN EL BARRO

Cuando sale del agua del mar,
que se queda inmóvil en los puertos.
Separarse, y no acercarse
al hombre que mete sus pies en el barro.

Cambia la voz,
al descubrir un rostro y quitar un velo.

Torrente corto que rompe la paz
y el contrapeso, buscando la suavidad
que proporciona la unión en la tierra seca.
Testimonio del áspero suelo,
membranas gemelas,
que deja pasar el cuerpo entre los brazos,
para dar salida al aire hacia otra luz.

Y espera que llegue la noche,
para pasarla en claro,
detrás de las puertas que mueve el viento.

Buscando un cuerpo detrás de las encinas,
al guiar las manos,
para ir esculpiendo lo que se tiene delante.

Confundido, protegido por los troncos
detrás de los setos y enebros,
al rodear matorrales de jara,
pegado a la tapia de zarzas,
para llegar entre cepos a la huerta y pinos,
con la oreja y la espalda en el suelo,
para caer sobre la tierra constantemente ahuecada.

Se juntan las manos, en el cuerpo arrastrado
sometido a la transformación,
que se reconcentra en la limpieza de sangre,
al cortar el rastro en lengua extraña.

Rotura y resonancia del suspiro
que se escapa del cuello, hacia la lejanía.

SI LLAMAN

Si llaman, no volver.
Desdichas que se alejan,
y miradas que reclaman testigos.

Ojo quieto, que no ve
las aplicaciones del cuchillo,
y la aguja torcida por una nube.

Poco a poco,
una uña puede ser peligrosa,
cuando se tiene la piedra colocada en la mano.

Tiempo en contra, sones y ruidos
voces que se tuercen y no están en su lugar,
al saborear el linaje que se quiebra.

Acaparando sin desgarrones la mordaza,
apropiándose sin asfixia de los momentos,
en que unos pasos dependen de otros.

EMPIEZA EL DESHIELO

Empieza el deshielo, y es triste
ver a los hombres que vuelven la cara.

Vivían sus horas repetidas,
hasta que fueron sacados del relleno.

Entonces su sangre se convirtió en pompas,
creían que la sabiduría había llegado a sus ojos,
y se ocultaban para esperar y zaherir.

Tenían miedo y olvidaban,
creían en el oportunismo.
En la mesa puesta para siempre,
con la mujer ensalzando por fuera sus horas de trabajo.

Se sentían importantes, pasados por la gloria
hinchados como urogallos,
y tenían prisa en apartar,
la voz que sacó su rostro de los rincones.

Formar parte de la ingratitud del suelo,
conciencia de un cuadro sombrío,
confundidos en zonas de pulpas escasas.

Para después convertirse, en huecos
de galerías y muros tapizados.

Sin pensar que las horas cuentan,
para caer en la trampa.

Y que al final se han quedado,
como arroyo seco que fue cascada.

CON EL PIE INMÓVIL

Desde un rincón, contemplo
las sospechas que salen verdaderas.

Todas las ambiciones petrificadas,
como una mano pintada sobre el cuello.
Los instantes para fijar a las personas,
a las que rompen los patrones del comportamiento.

Humo que sale a la vista,
con todos dentro de una jaula de pitos.

Imposibilidad de volver atrás,
al tropezar con pequeños tapones de polvo,
para untarse con otro unguento,
continuando el trabajo de lijado y temple corredizo.

Como un cortejo que observa en silencio,
el movimiento de los hombres.

Al contemplar años más tarde,
el deterioro que se produce en la personalidad.
Cuando solo entre la multitud, surge
la voz segura, la compañía de un reino de amistad.

LIGADURA

Así sucedió
al tocar a arrebato para llamar a los demás.

Con pupila y músculo liso,
esperando estar en las cimas.
Difícil de enganchar en el anzuelo,
con la fuerza de la costumbre,
sin contradecir las reglas que rigen el destino,
buscando los fundamentos de las misivas.

Armando un lazo, hablando de turbulencia
con la cabeza dentro de un saco

Tratando de quedarse solo,
con temperatura de recipiente esterilizable.
Cuando todo es presente,
y el pasado son temblores que persisten.
Esponja vegetal para lo que hay dentro de los hechos,
y poder esquivar las prevenciones.

Desaparecen, poco a poco, los vestigios
queriendo saber quién ha podido calar más.

LOS SOLLOZOS

y se le escapaba un sollozo (PROUST)

Los sollozos en la tierra,
los orígenes del llanto que se apaga,
con la última ola que llega a la playa.

Sólo el consuelo de algunas palabras,
en vísperas de pisar el umbral.

Cuando la llama es relámpago que abrasa,
la hierba espesa y las flores abiertas,
como águilas dormidas en el aire.

Los sollozos. El monótono sollozo
del hombre vinculado a su esqueleto,
como vive el crustáceo dentro del caparazón.

Carlos Rodríguez Spiteri.
Paseo de la Castellana, 28.
MADRID

VALOR RELIGIOSO EN LA OBRA DE LEOPOLDO PANERO

POR

CARLOS GARCIA HIRSCHFELD, S. I.

Al pretender buscar a la obra de Leopoldo Panero su lugar adecuado, su línea propia en la historia de la poesía, podemos trazar una línea semejante a la de la poesía de Antonio Machado.

Antonio Machado, entre el modernismo de Rubén y su hermano Manuel, imbuído considerablemente en el intelectualismo del 98, crea una poesía altamente diferenciada de la primera tendencia —no creía Antonio Machado en el halago formal poético—, representa una línea pura a la que no nos atrevemos a calificar ni de intelectualista a secas, ni “clásica ni romántica”, ni mucho menos modernista, y que, sin embargo, tiene de todas estas tendencias. Antonio Machado se esfuerza, y lo consigue, en dar a la palabra su valor; instauro un lenguaje directo, profundamente comunicativo, y sueña en la generación que ha de venir, la que se parecerá más a él. Proféticamente, en 1919, había escrito: “... Amo mucho más la edad que se avecina y los poetas que han de surgir cuando una tarea común apasione las almas..., sólo lo eterno, lo que nunca deja de ser, será otra vez revelado” (CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, pág. 405, número dedicado a Antonio Machado).

Esto era en 1919; hoy podemos asegurar que esto que soñaba Antonio Machado lo tenemos entre las manos.

Leopoldo Panero también ha trazado su línea a través de tendencias, de “ismos” que luchan en sus extertores. Nos ha hablado un lenguaje directo que no pretende halagar ni la vista ni el oído, sino que va de alma a alma.

I

SOLEDAD, ESPERANZA, DOLOR

A ti, Juan Panero, mi hermano (39).

El 7 de agosto de 1937 moría Juan Panero. En esta fecha Leopoldo tenía escasamente veintiocho años. Interesaría conocer las fechas de sus producciones poéticas, pero a buen seguro que desde la muerte de su hermano su obra se enriqueció preciosamente, dolorosamente.

N. B.—Cito según las páginas del libro *Escrito a cada...*

He leído y releído a Leopoldo Panero, he intentado penetrar avaramente en su alma y se me ha aparecido nítida, cada vez más nítida, la idea cumbre, tónica, si no se tratase de un gran poeta, de la soledad.

Habiendo vivido algo de los días de Castilla es fácil imaginarse la soledad de un campo otoñal y nublado que deja su presión sobre los oídos y sobre el alma. Esta es la soledad que, partiendo de fuera, puede alcanzar, o de hecho alcanza, el alma de cualquier mortal. Pero hay además una soledad —la *desolación*— que parte de dentro. Es una fuerza que se opone dolorosamente a nuestra tendencia al bien. Espiritualmente concebida, la desolación producirá una esperanza de adquirir el bien pretendido, o una desesperanza del mismo.

Esta soledad, la mayoría de las veces, es indefinible. Al parecer incausada. Así la entiende Panero:

*No sé de dónde brota la tristeza que tengo.
Mi dolor se arrodilla, como el tronco de un sauce
sobre el agua del tiempo, por donde voy y vengo,
casi fuera de madre, derramado en el cauce (35).*

¡No sé de dónde brota! Pero esta incertidumbre de la desolación jamás dejará en Panero un sentimiento desesperado. Al contrario: aun sin conocer la causa de su tristeza se abraza a ella y la regenera:

*Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú sabes
cómo soy. Tú levantas esta carne que es mía...
... Tú esta noble tristeza que llaman alegría.*

“Tú sabes cómo soy”. Levemente se insinúa al autor de todo. Y de este modo, viniendo de Dios, la soledad, la tristeza que de él brote no puede ser sino alegría:

Esta noble tristeza que llaman alegría (35).

La soledad así sobrenaturalizada es confesión de impotencia. Se mide en ella la distancia entre lo infinito y lo finito, entre Dios y la materia. Esta medida está tan fuera de lo vulgar que al que la intenta lo hace o pecador o santo.

*... Tú hiciste
de la nada el silencio y el camino del beso,
y la espuma en el agua para la tierra triste... (36).*

Esta soledad, incomunicada e incomunicable —la soledad hecha carne—, se hace *melancolía*. Antonio Machado tiene para esta palabra, todos los calificativos capaces de adjetivar una vida: la *melancolía* es agria, es negra, se corporiza y anda, se hace historia y cuenta; el menor de los Alvargonzález tendrá sus ojos “lentos de melancolía”. Leo-

poldo Panero nos va haciendo un recorrido semejante: es "el duende de nuestras pobres almas" (27); también la corporiza, pero levemente: "un ángel, casi un ángel" que nos tiende su mano; se introduce esta melancolía en lo más íntimo del hombre y se hace alma; reza, mira y toca con nosotros; se hace ambiente.

*es el son de los bosques donde el alma se extiende
hablándonos lo mismo que Dios nos hablaría.*

A esta melancolía la podíamos llamar nostalgia y se haría aún más machadiana. Pero basta. Con esto entendemos el poder de sugestión de un gran poeta. Tenemos entre las manos los vocablos de soledad, tristeza, melancolía y nostalgia, y, sin embargo, qué lejos estamos de un sentimentalismo romántico-huero, que se hubiera quedado indudablemente fuera de nosotros. La poesía así entendida, al modo de Panero, no necesita paisaje (¡creo que ninguna lo necesita!), ni anécdota, ni forma. El verso, cuando es lo que es en Panero, una traducción de las esencias de la vida, necesariamente se hace poema.

Hemos hablado de lo que podíamos llamar el repliegue de la soledad que será tristeza, melancolía, nostalgia. Pero no se nos escapa que en ese repliegue, como en todos, hay algo de egoísmo: volvemos sobre lo nuestro o por ignorancia o por vicio, rara vez por virtud. La virtud tiene otra dirección bastante más ortodoxa.

En los versos de Panero ya citados hemos encontrado una cierta elevación de la criatura a Dios. Sin embargo, a pesar de esta elevación, seguíamos muy pegados al yo. Pero hay un modo de superarse; este modo, tan antiguo como el mundo y que se acabará con el juicio de cada uno, es la *esperanza*. La esperanza, entendida como tendencia al hallazgo, perpetuamente nos eleva. Entre una fe ciega y lenta y una caridad ardorosa nos ha colocado Dios la esperanza como virtud exclusiva del hombre en cuanto mortal. Por ella nos deshacemos del dolor y nos hacemos de Dios.

Leopoldo Panero hace girar en su Cántico (50) toda la verdad en derredor de Dios. Para los hombres de buena voluntad este solo hecho haría a Dios deseable. Y así lo entiende Leopoldo, pues señala como producto y fin de nuestra vida, como nuestra única verdad, la esperanza de Dios. Se torna sentencioso, y consciente de su dogma declara que

la esperanza es la sola verdad que el alma inventa.

En estos instantes se acusan las principales diferencias entre Panero y Machado. Machado tiende a la liberación y lanza su flecha, pero

al parecer con billete de vuelta: su esperanza se hace en su obra las más de las veces desesperanza.

*Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.*

Antonio, por educación, por ambiente, tenía que hacer algo más que abrir sus ojos para creer. Le faltaba la fe y le faltaba la esperanza. Leopoldo, en ambiente diverso, supera sus amagos de desconfianza con las virtudes cristianas. Con lucha se libra de la tentación.

*... me tenderé hacia Tus manos, Padre mío,
me tenderé temblando...
... palpitando entre la esperanza y el recuerdo
y miro a mi alrededor para cerciorarme de que vivo,
para olvidarme de que vivo,
desprendido del todo entre Tus brazos (65).*

La lucha de Antonio, en cambio, es tener que vivir siempre con esa

*amargura de querer y no poder
creer, creer y creer.*

Puesto que hemos pasado revista a estas manifestaciones de la soledad, nos vamos a remontar a la causa de ella. Tenemos motivos suficientísimos para señalar la muerte del ser querido como principio y causa de ese dolor y soledad.

Dicen que cada muerto tiene su titio en el corazón que llora. Cuando son muchos, el corazón, totalmente taladrado, no puede llorar, se seca, se duele, se cierra casi a todo lo exterior por un automatismo inevitable. Dios así lo ha querido. Así nos ha hecho.

Tanto en Panero como en Antonio Machado, la muerte se entronizó violentamente.

Antonio Machado sólo tenía a Leonor. Después que ella murió, hasta su mismo aspecto físico mudó: tomó esa expresión del hombre que calla y que lo sabe todo porque ha sufrido mucho. El dolor de Antonio debió de ser inconsolable. Tiene sólo cuatro versos que hablen directamente de Leonor. Pero la densidad de ese epitafio raramente se verá igualada. En ese momento su fe en Dios es vigorosa y enfrentada.

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

¿Manifestación de dolor..., oración..., desesperación...? Pero no. No caigamos en la tentación de interpretar racionalmente un grito. Es lo de siempre: el dolor y la vida de un hombre que se verá solo, irremediablemente solo, porque Leonor, en aquellos dos años de matrimonio, había llenado todos los cauces de la profunda vida de Antonio. Verdaderamente somos crueles al examinar detenidamente el dolor de un hombre y más crueles al señalar que ese dolor no sea cristiano. Porque en estos momentos trágicos lo único que se busca es el consuelo. Y si no se mira a Dios, como se debe mirar, es porque no se le conoce.

Y vamos a pasar al dolor fuerte de Leopoldo Panero: la muerte de su hermano Juan. Qué fuera un hermano para otro nos lo dirá el mismo Leopoldo:

*A ti, Juan Panero, mi hermano,
mi corazón y mucho más.*

La hora de la muerte es la hora de las alabanzas, es verdad. Pero si a estas alabanzas se une la evocación honda de los sentires —pasados y presentes— más nuestros, creo que podemos decir que nos hallamos bastante alejados del tópico.

En “Adolescente en sombra” (39) los cuartetos, exactamente rítmicos, atesoran todo el dolor sincero de un hermano

*A ti, Juan Panero, mi hermano...
mi compañero y mucho más;
a ti, tan dulce y tan cercano;
a ti para siempre jamás...
... A ti, nacido en la costumbre
de ser bueno como la encina,
de ser como el agua en la cumbre
que alegra el cauce y lo ilumina.*

Por estos versos comenzamos a saber del paisaje en Leopoldo Panero. Paisaje de infancia: el roble, la encina, el río —algún hijo del Duero—. Pero no hay nada de recreación en el paisaje. Es un viaje a ciegas, en donde sólo percibimos las cosas por las ondas que emiten.

*A ti, nacido en la costumbre
de ser bueno como la encina.*

No se le podrá dar más vida a una encina. El verde-pardo de sus hojas recias y pequeñas se hace en Leopoldo Panero alma. Antes ya Antonio Machado había levantado la noble encina castellana y había pregonado su humildad y fortaleza.

Para Leopoldo es Juan el “que llena de abundancia la *memoria del corazón*”. El dolor, psicológica y fisiológicamente, es movimiento;

los nervios o se atensan o se aflojan extremadamente. Rara vez, nunca, diría, es imperturbable y quieto. Si no hay fe el dolor avanza y blasfema. Cuando hay fe se hace *recuerdo* y llora. El recuerdo se hace hogar, familia, juego de niños, caminos, también de niños, hasta la escuela.

*A tí ceniza de mi infancia
en las llanuras de León;
desamparada y dura hombría
donde era dulce descansar,
como la tarde en la bahía,
desde el colegio junto al mar.*

He observado en muchos poetas el recuerdo de la ciudad de la infancia, y en todos he encontrado las mismas notas. (Véase Juan Ramón, Vic. Aleixandre, el mismo A. Machado.) Se recuerda la ciudad, y en ella al padre, a la madre, al ambiente. Hay imprecisión, es cierto. Pero es pretendida, porque esa imprecisión es suficiente para evocar en todos los mejores días.

Al fin de su libro pone Leopoldo otras dos composiciones, también a sus hermanos. "Con mi hermana Rosario", una; "con mi hermano Juan", la última. El recuerdo, como más lejano, es más leve, está "disuelto".

*... disuelto está tu paso.
Disuelta en todo estás y en nada existes;
sólo mi corazón te nutre ahora.
¡Tu fresca voz, la hiel de tu mirada,
las olas de tu risa! ¿En qué consistes
si no es en mi dolor mientras te llora...? (165).*

Pero este ser "disuelto" cuando se refiere a Juan, es un "disuelto en mi alma", "igual que el viento", dice Panero, "igual que el aroma", que no se ve, pero se siente. Hay un *mínimum* de objetividad, pero el suficiente para que aún pese en el corazón

*disuelto y suelto al fin, pero en mi mano,
pero en mi corazón raíz te siento (166).*

Y ésta ha sido la muerte de los seres queridos. Habíamos dicho que cuando hay fe el dolor se hace recuerdo y llora. Panero en "Adolescente en sombra" dice más: cuando hay fe

casi sin voz el labio reza (41).

Este es un modo bello de sentir la muerte. La soledad así irá revisitiéndose de todos los caracteres que hemos señalado antes. A lo más llegará a hacerse "melancolía la esperanza", pero no más. Necesariamente faltará el grito.

II

TIEMPO. UNA INTERPRETACIÓN SENSATA DE LAS COSAS

Lo que Dios ha mirado sólo existe (131).

La contemplación de las cosas en cuanto durables ha dividido siempre al mundo en dos sectores, que ampliamente podíamos definir como el mundo de los insensatos y el mundo de los sensatos. Pues los primeros, en una postura epicúrea o renacentista —*carpe diem!*— “reciben”, “detienen” al tiempo que por naturaleza es algo que fluye. En ellos la virtud, valga la palabra, sólo puede ser la esperanza. Mas no se espera lo inmutable, sino más y más lo mutable: el placer en sus mil manifestaciones: *comamos y bebamos...*

El sensato acelera al tiempo en sus sustancias. Lo acomete, se adelanta a él. Vive sobre sus días: se nutre de esperanza. En el orden de lo mejor esta esperanza unida a la caridad insaciable y al ejercicio de otras virtudes hará al santo.

Y he comenzado dividiendo, no para asignar ingenuamente a Panero el reino de la sensatez, sino para desligarnos desde el comienzo de un campo de interpretación menos del caso. En ambos sectores se dará poesía, pero en uno de ellos, a mi ver, las cosas y, pues éstas también los intelectos, no perciben a Dios como medidor de ese tiempo. Las medidas las harán sus cabezas que como clepsidras estarán dispuestas a la inversión tras cada suceso. Y Panero, y al decir en Panero no excluyo a otros, no ocurre esto. Hay una relación constante a Dios.

En su “Canción entre marzo y abril” (93), un poema hogareño tierno, el recuerdo de la mujer y el hijo están sobre los versos:

*Te siento andar, lo mismo
que en la nieve los pájaros,
mientras duermes al niño,
que va sobre la nieve
del sueño...*

El paisaje aquí, aun en su detenimiento, es impreciso. La “cosa”, lo exterior es mucho más puro y más del poeta que unos “árboles después de la lluvia”, todo lo “nítido y exacto” que queramos. Es el corazón del poeta el que se toma en peso en alguna noche vivida entre marzo y abril:

*mujer de manos blancas
y ojos azules, hijo
como un espejo puro
que empaña cuanto miro.*

Esta vida de hogar es

*plenitud de un instante...
... con cielo sobre el alma.*

Ya vamos sintiendo a Dios sobre los instantes del alma,

*... con eco fugitivo
de pasos que se llevan
la vida que vivimos...*

Y acaba Panero atrayendo, digamos así, la mano de Dios:

*La vida rueda lejos,
Señor, de mi recinto.
Cuando a mi puerta llames,
Señor, iré contigo.
Y en el hogar del viento...
... se quedará dormido
mi corazón alegre
con todo lo que es mío.*

“Con todo lo que es mío”: Sí, pues es justo premio, ya que hemos dado cima a esa esperanza que ha querido vivir sobre el momento.

En el poema “El peso del mundo” (72), de un cierto aire machadiano, podrá parecer a muchos que dicta Panero un *modus vivendi* burgués y quizá en disonancia con la interpretación que más arriba hemos dejado asentada. Y creo que no se debe pensar así. Es natural que el paisaje, su paisaje de niño y de siempre, se le antoje como el soporte para el descanso del mundo. Y es que a este mundo, visto desde donde siempre lo vemos, forzosamente le podemos, le debemos achacar “pesadumbre de encinar”. Y no es burgués y apoltronamiento el ver en la vida popular y sencilla lo de hoy igual a lo de mañana, y creo que en esto está Panero cuando dice:

*Hoy y mañana, el sonido
continuo, puro, mortal,
teje la santa armonía
del tiempo, en la eternidad
íntimamente aldeana
del rincón que Dios nos da.*

Y en esta eternidad íntimamente aldeana

*vivir, vivir como siempre.
Vivir en siempre y amar,
traspasado por el tiempo,
las cosas en su verdad.*

Estos dos últimos versos ya nos aclaran más la interpretación dinámica y exacta de lo que tiene que ser el tiempo. Porque el *amor*, si no es el de los bienaventurados, siempre requiere una acción podadora en un principio y seguidora y caminante después.

Tras esto, cabe pensar en las conversaciones de Antonio Machado en la rebotica de algún pueblo de Andalucía. Creo que en los versos que acabamos de citar (72) la filiación machadiana es clara, y no suponen, como hemos dicho, un *modus vivendi* de vegetariano convaliente, sino simplemente un modo muy humano de sentir.

Y ahora fijemos la atención en la adjetivación de Panero.

Porque el adjetivo abunda en el mercado de la literatura y porque, a pesar de la abundancia, su empleo técnicamente es difícil. Dámaso Alonso, en su estudio sobre San Juan de la Cruz, dedica un párrafo a la función estética del adjetivo. Dice Dámaso: si escasea el adjetivo "se aumenta la velocidad, la cohesión y la concentración de todo el período; resulta resaltada la función del nombre. Resaltada en dos sentidos: porque los sustantivos se adensan..., y aún más importante porque el nombre aislado, desnudo, tiene que multiplicar sus valencias afectivas. (Véase Dámaso Alonso: *Poesía Española*. Ensayo de métodos..., pág. 312.)

Con esto no se excluye el uso del adjetivo, sino que se predica la dificultad de su uso. Y no voy ahora a hacer un recorrido por el adjetivo de Panero, ni a enumerarlos siquiera, aunque adelanto ya que no es pródigo en su uso, sino a valorizar los que emplea. Porque en estos aspectos más formales de la poesía es en donde veo más la influencia de A. Machado. Aun para el que no vaya dispuesto a encontrar semejanzas, sonarán familiarmente el ritmo y la cadencia de la concienzuda adjetivación de L. Panero.

Hay adjetivos idénticos en Machado y Panero, pero esto dice poco; más dice el advertir que tanto en uno como en otro poeta el adjetivo se sustantiva, pesa en el verso, es una cesura impuesta por el poeta en el alma del que lee; este adjetivo, aun en su función adverbial, deja la carga afectiva más profunda:

*Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio (A. M., IV).*

*el día
profundamente rural (73).*

*... nuestra sombra juega
trágicamente a la gallina ciega (79).*

Ya advertimos las semejanzas de la melancolía. Ahora, indistintamente, podíamos hablar del "Guadarrama" sombrío y frío, gris y blanco, durmiente y triste, alto, de peñascales desnudos, desiertos; podíamos palpar el olor fuerte de los *agrios* campos, o definir la encina castellana tan de Antonio como de Panero.

Antonio Machado nos ha dicho que "nuestra vida es tiempo". Pero es que si nuestra vida es tiempo, es perfectamene mensurable. Su co-

mienzo, como su fin, son perfectamente abarcables por cualquier conciencia, y no es menester para esto nuestra experiencia, basta un elementalísimo ejercicio de inducción.

Antonio Machado, en el tiempo, juega con la esperanza y la desesperanza: virtud y vicio exclusivamente temporales

*Ya nuestra vida es tiempo y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... (XXXV).*

Nuestra ocupación es “desesperar aguardando”, es decir, esperando. Y, para librarnos de esta contradicción, recurre a excluir todo lo que fue. Con esto, la desesperanza —lo desesperado— ontológicamente está abolida, queda tan sólo la virtud. Tiene variadísimas maneras de expresar esto:

*Hoy dista mucho de ayer.
Ayer es nunca jamás.*

Y vemos que en L. Panero se dan también estos instantes indiferenciados, que no sabemos si son del ayer o del mañana,

Es que ya somos / el ayer del mañana (159).

Hasta aquí Panero sigue el sistema de Machado. Pero llega como siempre el cruce en donde se separa, llega como siempre la separación. Y la separación en la interpretación del tiempo en estos poetas la encontramos en dos canciones. “Canción crédula de los ojos” (135) llama Panero a la suya. Las de Machado se encuentran bajo el epígrafe de “Cantares” (CXXXVI). Porque el canto ha sido siempre un modo sano de ayudar a vivir.

Si pretendemos medir la duración de las cosas hemos de contar con un principio y con un fin. Por nuestro Credo sabemos que el Principio es Creador e increado y que el fin se confunde con el Principio, pues es el mismo en su esencia. Son únicamente dos géneros de causalidades.

Pero Machado se cierra a creer, a investigar al menos:

*saber, nada sabemos;
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos.
... la luz nada ilumina y el sabio nada enseña (XV).*

Hay predisposición inicialmente perjudicial. En otra canción o cantar A. Machado no ve camino para andar, nada hay hecho, todo lo hemos de ir haciendo:

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino;
se hace camino al andar... (XXIX).*

Esto en muchos órdenes es así. En el orden de la causalidad primera, de ningún modo. No atribuimos a Antonio esta intención; quizá no pensaba en la interpretación que hoy le estamos dando, pero quizá sí..., y, sobre todo, su modo de ver, y es de lo que se trata, aparece muy desigual al de Panero.

La canción de Panero, aun en su título, es "crédula" En ella hay camino:

*Hoy te miro lentamente
como un camino al andar.*

Pero, sobre todo, es portentosa la medición que hace de las cosas

*que no se acaban jamás
porque Dios las ha mirado.*

En otra ocasión había dicho

lo que Dios ha mirado sólo existe,

y en la misma "canción crédula":

*... somos fruto en semilla,
que se desprende al azar
de la mano que hace el siempre
y el mañana y el quizá.*

Así se concibe el Principio de las cosas como una simple mirada de Dios. Aquéllas existen porque existe un Intelecto que las concibe. ¿Y el fin? El fin todos lo conocemos:

*Una noche cerraremos
nuestros ojos...
... Pero el amor vivirá.*

Está perfectamente logrado el círculo de nuestra peregrinación con el amor, la caridad eterna, como símbolo de nuestro supremo fin.

III

EL DIOS QUE NUNCA ENCONTRAREMOS DE MACHADO Y EL DIOS DE CADA INSTANTE DE L. PANERO

*Y mi corazón se ha dormido.
Y todo Te lo entrego viviente (133)*

Y vamos a remontar en esta última parte de nuestro trabajo el sentido humano, todo lo plenamente humano que queramos, de las cosas y vamos a hacer algo en el orden espiritual más elevado.

Y para traducir la vida vulgar en verdadera vida nos vamos a valer del *sueño*. La vida, se dice, es sueño. En Panero el sueño y lo soñado es vida:

Todo es verdad porque alguien lo ha soñado (163).

A muchos parecerá esto un poco fuerte. En otro lugar dice

*... ¿Estás callado
para mejor soñar lo que has vivido? (114).*

Esto ya es más exacto, mejor dicho, más claro. Necesitamos el silencio para recoger en nuestro sueño lo que hemos vivido. Ya dijimos que cuando el dolor se hace recuerdo necesariamente el hombre se hace solitario. Tiene que ser así. Pero esta soledad, este sueño, son por su origen tristes. Sin embargo, tenemos en nosotros un germen de felicidad. La podemos llevar siempre en la mano. "El peso de lo alegre" (163) llama a esta mina Leopoldo Panero. Aquí no recogemos el dolor sino el amor: las cosas que hemos amado alguna vez, las que estamos amando y amaremos. Y nos ayudamos en estas operaciones nuestras del sueño. Y con él, en parte, *creamos, hacemos* algo: hacemos verdades. Y, naturalmente, así

*Todo es verdad porque alguien lo ha soñado.
Y es el alegre peso sin presencia
de una verdad soñada y no vivida
hasta que quiere Dios... (163).*

La dedicatoria que hace de estos versos a su mujer confirman la explicación que venimos dando: si *soñamos* un amor verdadero y auténtico, este amor, este amado vendrá a hacerse una realidad en nosotros. Es decir, estamos haciendo verdades, estamos creando algo. Una vez en posesión de lo amado, aún podemos seguir soñando, haciendo: el fruto que brote del amor será algo soñado y amado, capaz, a su vez, de hacer algo en la vida, y éste

*es el peso alegre
de una verdad soñada y no vivida
hasta que quiere Dios.*

Y

*Porque Dios lo ha querido vamos juntos
y cuanto hemos soñado nos espera.*

En Machado hay una técnica igual o parecida, pero, desgraciadamente, tiene un anverso doloroso. Como en Panero, el sueño aporta bondades y dicha:

*Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón...
Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón (LIX).*

Años después dirá:

*Todo hombre tiene dos
batallas que pelear:
en sueños lucha con Dios;
y despierto, con el mar.*

Dios se le muestra, pero para A. Machado se le hace una lucha; parece que no comprende a Dios sino como vengador o exigiendo cuentas. Y esto no es así. Si tenemos en nuestra carne nulidad e incentivo de pecado, Dios no nos va a pedir cuenta de ello; Dios contempla con más agrado, permítasenos hablar humanamente, nuestra ignorancia y nuestra nulidad si sabemos cubrirlas con lágrimas. Y su acción no es de lucha, sino de abrazo; lo que pasa es que de lejos la lucha y el abrazo se asemejan bastante...

Por eso, porque cristianamente reconocemos a Dios tal cual es, es oportuna y digna cualquier ofrenda:

*Y mi corazón se ha dormido.
Y todo Te lo entrego viviente (133).*

Habíamos hablado de la soledad como un producto de la muerte o como desolación. Esta soledad es impuesta en cierto modo. Hay otra soledad que se crea el hombre y en la que el hombre se mide y se supera. Es en la noche, en el examen del día, cuando todos nos superamos. De noche, a la luz del fracaso de un día, a la luz de la esperanza de algo por hacer mañana, la fe se robustece y somos lo suficientemente hombres para indagar y rebuscar en nuestra miseria. Y es santo el arrepentimiento, sí. Pero es mejor el propósito porque en él hay más caridad.

*Ahora, Señor, que mi pureza tengo
como un hijo dormido entre los brazos,
quiero entero olvidar mi ser sensible (28).*

Levemente nos hacemos ingrátidos y subimos a Dios:

Ahora que estoy tan cerca... (29).

¿tan cerca de qué? Ahora sí, que estoy tan cerca..., no podemos, no alcanzamos a comprender quiénes somos si no es uniéndonos

a la nostalgia de ser hombres.

Por eso, para procurar del todo la ascensión: el propósito: quiero olvidar mi vanidad

mi nombre iluso (29).

Y es entonces, en la noche, una vez purificada el alma —siempre ha sido la noche el símbolo de la purificación—, cuando podemos en-

trar íntimamente en trato con Dios. Ya no estorban ni las creaturas de fuera ni las de dentro.

En este sector poético de L. Panero es en donde su obra se puede aquilatar más verídicamente. Ese *mínimum* de "cosa" que requiere el poeta para cruzarlo con su alma y hacer verso, en Leopoldo es su potente vida interior. De aquí el alto valor que su poesía toma. Porque en estos momentos, quizá sin pretenderlo, está logrando el coeficiente más alto para obtener una poesía pura. Ciertamente falta mucho para entrar en San Juan de la Cruz, ¡éste era un santo!, pero lo considero muy superior, enormemente superior, a Juan Ramón.

*Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú,
dime quién eres.*

Es el alma preguntando por nuestra única suprema realidad. Siguen los versos escapándose como salmos, contestándose unos a otros: ...dime quién eres, ...dime quién soy.

Dime quién eres y qué agua tan limpia tiembla en toda mi alma.

Con Dios no luchamos, no podemos luchar, sería una necesidad. A Dios sí podemos preguntar humildemente todos los misterios incomprensibles:

*Dime quién eres y por qué me visitas...
... Y por qué Te separas sin decirme Tu nombre,
ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú.*

Los párrafos sucesivos todos se justifican con el "ahora" pedigüeño. Pero en todos ellos, repetidamente, hay un sentimiento doloroso, el más doloroso una vez que hemos entendido algo de la dulzura de Dios

Y por qué la tristeza de ser hombre (46-48).

En "Cántico" (50), de lo más logrado del libro, se ama el reflejo de Dios en las criaturas:

*Es verdad tu hermosura. Es verdad.
Tus ojos tienen toda la dulzura que existe.
Como un ave remota sobre el mar tu alma vuela.
Es más verdad desde que tú naciste.
Es verdad. Tu pie tiene costumbre de gacela.*

"Tu pie tiene costumbre de gacela". Panero, a medida que se hace sublime, juega con la frase de un modo maravilloso, y va logrando en todo el libro una sucesión de metáforas de un valor enteramente inédito.

*Tu sonrisa —dice en otro sitio (83)—
se va durmiendo mientras Dios la mece.*

Y en otro lugar (151) recuerda a la vieja

*cuando estaba desprendiéndose ya de su ternura
igual que el musgo de la piedra húmeda.*

A Dios lo podemos retener por la oración: la oración en su esencia es un diálogo, y el diálogo, en cuanto tal, es o solución a una necesidad o consuelo ante un revés. De aquí el tener que concebir la oración como necesidad y como consuelo. Como necesidad subjetiva, porque el hombre está hecho para estar pendiente y *necesita* un soporte. Como consuelo, porque alcanzar ese sustento a nuestra necesidad cuesta, y ante él se cruzan muchas pasiones, y es necesario, digámoslo, un consuelo de arriba.

Panero habla a Dios sinceramente, cree que le alcanza con sus versos. Su oración es como la hiedra.

*Porque es como la hiedra, déjame que Te abrace,
primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,
y que mi vieja sombra se derrame a Tus pies
¡porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves! (60).*

Esta es la oración en su visión dentro-fuera, alma-Dios; en su visión inversa Dios-alma somos incapaces de medir las gracias; sólo advertimos momentáneamente que las cosas se han ido, y

el latido de Dios que queda dentro (49).

Y vamos a acabar. Pero antes vamos a detenernos en el poema "Escrito a cada instante" (32), que le ha dado título a todo el libro. Lo he dejado para el final porque así podremos, por última vez, traer unos versos de Antonio Machado que nos recuerdan a Panero. Es el modo de encontrar a Dios por la introversión. Machado dice:

Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste,

y más adelante,

*el Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.*

Este es limpiamente Antonio Machado, nuestro genial Antonio Machado: un buen hombre, un hombre buenísimo, un hombre de buena voluntad, que intenta hacer a Dios dentro de sí, y falla. A Dios lo podemos lograr, sí, por la introversión, pero siempre se nos mostrará indecisamente. Es algo demasiado grande para que el hombre a su merced lo cree, valga la palabra.

Panero ha aprendido el método y le ha dado su valor. Porque “a cada instante” ha ido reflexionando en sí y encontrando en su vida la semejanza del creador :

*Y Su nombre sin letras,
escrito a cada instante por la espuma,
se borra a cada instante
mecido por la música del agua;
y un eco queda sólo en las orillas.*

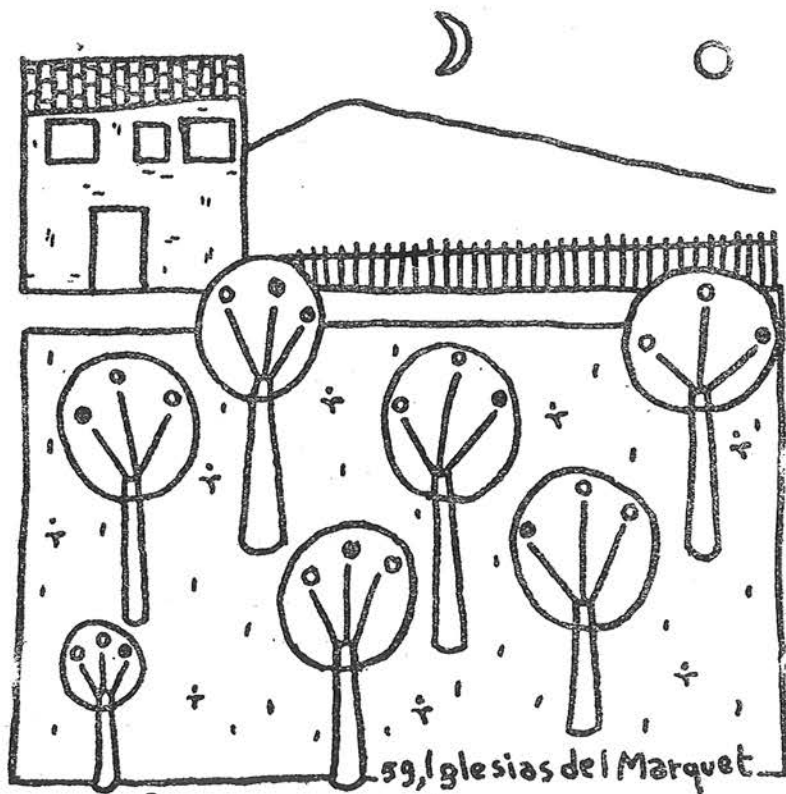
Y esto es lo que logramos : un eco de Dios tan sólo.

*Cada latido
otra vez es más dulce, y otra y otra...
Dentro del pecho está.
Tus hijos somos,
aunque jamás sepamos
decirte la palabra exacta y Tuya,
que repite en el alma el dulce y fijo
girar de las estrellas.*

Dejemos esto así. Con ello tal vez comprendamos mejor por qué Leopoldo Panero, con su alma grande de poeta, escribió

piadosamente, las estrellas miro (152)

Carlos García Hirschfeld, S. I.
Colegio del Inmaculado C. de María.
Avenida de Eduardo Dato, 18.
SEVILLA



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

NOTAS DE LECTOR

El escritor chileno González Vera —uno de los más agudos y ágiles críticos de su país, a la vez que un extraordinario novelista— acaba de publicar una serie de retratos literarios con el título de “Algunos” (1). Presenta una docena de figuras ilustres de la literatura moderna de Chile: Alone, Augusto d’Halmar, Enrique Espinoza, Federico Gana, Jorge González Bastías, Armanda Labarca, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Gabriela Mistral, Ernesto Montenegro, Manuel Rojas y Vicente Pérez Rosales. Retratos hechos con rasgos precisos, entreverados de ironía, aunque siempre respetuosos y cálidos de comunicación humana, que se interrumpen, a ratos, con breves ensayos de amena crítica acerca de la obra de esos personajes.

González Vera usa de sus favorables dotes de narrador (demostradas en “Vidas mínimas” y “Alhué”, dos preciosos conjuntos de relatos) para dar una vida, a la vez exacta y pintoresca, a los escritores citados. La obra viene a constituir una pequeña historia selecta de las letras chilenas más recientes, hecha con esa sabiduría sintética que caracteriza a los que, poseyendo cualidades excepcionales para la literatura de “creación”, se dedican circunstancialmente a la crítica, de un modo eficaz y oportuno.

* * *

Del poeta sevillano Rafael Laffón ha sido publicada una antología poética (2), que reúne lo más definitivo y granado de su obra lírica de treinta años de vida y labor. Antología “a mitad de camino”, seleccionada y prologada por Francisco López Estrada, catedrático de la Universidad de Sevilla.

Rafael Laffón nació con el siglo; desde su adolescencia mostró una decidida vocación literaria y, particularmente, poética. Formó en el grupo de los poetas de *Mediodía*, revista que representó a la inteligencia hispalense en aquellos años de 1925 a 1928, cuando florecieron otras publicaciones semejantes y de equivalente importancia, en

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile.

(2) *La rana ingrata*. Ediciones Agora. Madrid.

diversas provincias españolas. Con él integraban el grupo los poetas Alejandro Collantes de Terán, Joaquín Romero Murube, Rafael Porlán y Merlo, Juan Sierra, Manuel Halcón, Antonio Núñez Herrera y algún otro, capitaneados por Eduardo Lloset y Marañón. Por aquellas fechas publicó Laffón su primer obra de importancia, titulada "Signo Más".

La presente antología recoge poemas de los ocho libros líricos de Laffón, cuya serie se cierra por el momento con "Coda", aparecido en 1955. Una obra maciza, trabajada, dura, y al mismo tiempo impregnada de ternura, cuajada en un notable señorío verbal, es lo que luce este libro en el que predomina la voluntad del poeta de llegar "al fondo remoto, casi divino, de la frase impura por el camino mágico del modernismo, de que tan rico es el habla andaluza".

* * *

Un interesante libro sobre Santa Teresa de Lisieux acaba de aparecer en lengua inglesa (3). Su autora es Ida Friederike Görres, que lo escribió originalmente en su nativa lengua alemana, después de acreditar su competencia en los estudios hagiográficos y religiosos con varias publicaciones importantes. En este volumen aparece la *petite soeur Thérèse* bajo una nueva luz que elimina muchas falsas imágenes e innumerables leyendas sentimentales producidas en torno de la admirable monja Carmelita, declarada por Pío X como "la santa más importante de los tiempos modernos". Abunda el libro en citas y comentarios de la reciente y definitiva publicación del texto *restaurado* de la autobiografía de Teresa. Sin que ello añada ninguna contribución significativa a lo que ya era conocido sobre la santidad de la religiosa de Lisieux, presenta, no obstante, algunos aspectos importantes y definitivos que apartan esos matices de artificial blandura que a veces han rodeado a la santa, a causa de un mal interpretado sentido de la bondad.

Uno de los temas tratados con mayor originalidad y decisión es el que se refiere a la obra poética de Teresa de Lisieux. Ante los ingenuos poemas que escribió, se suscita repetidamente un problema de índole literaria. ¿Son estos versos verdaderamente "considerables" en su aspecto puramente poético? Sin duda que no pueden ser comparados a los de otros poetas religiosos contemporáneos, ni tampoco a los de dos excelsos hermanos españoles de la Orden Carmelitana: su homónima Teresa de Avila y el incomparable Juan de la Cruz. Pero no es necesario establecer estos parangones para encontrar que, dentro

(3) *The Hidden Face*.—Burns and Oates. Londres.

de la ingenuidad de la monja de Lisieux, hay belleza elemental, primaria, impregnada de esa "inocencia creadora" que tanto está faltando en nuestros tiempos a la poesía.

* * *

La lectura del libro sobre Teresa de Lisieux coincide con la llegada a nuestras manos de unos poemas escritos por una religiosa española, Mercedaria misionera de Berriz, que murió santamente hace pocos años: la Madre María Fernanda Esteban Infantes. En estos versos encontramos la misma pureza ingenua e inmediata, la misma comunicabilidad asequible y hermosa que en los poemas de Santa Teresita. Ante ellos vuelve a surgir en el lector el problema de la belleza poética frente al de una pobreza —voluntaria quizá— en la que la expresión directa encierra un verdadero tesoro de gracia:

*Te comprendo, Señor, que tengas sed.
Si tu cuerpo en tensión de calentura
lo grita. Tú no gritas.
Tú no puedes gritar. No hay hermosura
en tu voz apagada, ni aun figura
de viviente, en tus labios de dolor.
Tienes que tener sed,
una sed infinita, mi Señor.
Lo proclama tu lengua ya reseca
y el alzar de tu pecho jadeante.
Señor, agonizante
de sed. ¿Por qué? ¿Por qué tiene esa hondura
tu sed de Redentor?
Otra vez al mirar las comisuras
borradas de tus labios,
mi afirmación, Señor, no te hace agravios:
tienes sed. ¡Y qué sed!*

En estos versos la altura del pensamiento parece a primera vista limitada por la simplicidad, pero si ahondamos un poco en su lectura encontramos una raíz honda de verdadera poesía. Los poemas de María Fernanda Esteban Infantes responden a una voluntad de diálogo con lo divino, en la que cualquier añadidura retórica disminuiría la fuerza enternecida de una entrega a Dios.

* * *

El escritor español José Bergamín —de nuevo en España para nuestra alegría— acaba de publicar un importante libro titulado "Fronteras infernales de la poesía" (4). Libro denso y fuerte, en el que aparecen, una vez más, las cualidades de profundidad y agilidad que han caracterizado a la obra de Bergamín.

(4) Taurus Ediciones. Madrid.

En un próximo número de la Revista dedicaremos un comentario más detenido a este libro.

* * *

“Taurus Ediciones” ha publicado recientemente una colección de libros de bolsillo con la común denominación de “Ser y Tiempo”, y entre los títulos de la primera hornada merece especial atención el de Georges Bataille, “La literatura y el mal”; estudios sobre Emily Brontë, Proust, Sade, Kafka, Baudelaire y William Blake, llevados a cabo con un esfuerzo de *desprender* el sentido de la literatura. El autor dice en su prólogo: “El mal —una forma aguda del mal— que la literatura expresa, tiene para nosotros, al menos así lo creo, un valor soberano.” Para Bataille la literatura no es inocente, y, siendo culpable, tenía que acabar por confesarlo. Esta serie de ensayos termina con uno dedicado a Jean Genet, el novelista moderno que quizá halla llegado más lejos en la exposición de la sordidez del mal y en la transgresión ilimitada.

Genet alcanza en su obra un punto en el cual exige una negación generalizada de las prohibiciones, para llegar al rebajamiento absoluto, faltándole con ello todo motivo para actuar. Con este escritor, el tema del mal, como centro y raíz de la actuación humana, adquiere tonos de aparente inverosimilitud. Genet quiere la abyección, aunque sólo traiga consigo el sufrimiento; la quiere por sí misma, más allá del agrado que en la abyección encuentra. La quiere por propensión vertiginosa a lo abyecto, en lo que se anonada de manera inversa, como el místico se anonada en lo sagrado. Libro de una tremenda actualidad en el que se analiza un aspecto más del tema que viene preocupando desde hace años a muchos intérpretes de la literatura contemporánea.—XYZ.

NOTICIA SOBRE LA COLECCION “LEOPOLDO ALAS”

I

LAURO OLMO, FERRER VIDAL Y RAMÓN NIETO.

La creación del premio “Leopoldo Alas” a libros de cuentos y, por añadidura, de la colección a la que Editorial Roca presta sus insustituibles elementos, se debe —nos informa Enrique Badosa en su acertado prólogo inaugural— a los esfuerzos comunes de cuatro bar-

celoneses “que piensan que el cuento es uno de los géneros literarios más importantes, así como uno de los más olvidados”; también se pretende salvar del olvido la memoria del autor de “La Regenta”, “uno de los pocos grandes novelistas que en España ha habido después de Cervantes”. Estos cuatro barceloneses, en buena hora amigos de *Clarín* y del cuento, son los doctores Martín Garriga y Manuel Carreras y los escritores Padrós de Palacios y el ya mencionado autor del prólogo comentado, quien a continuación se extiende en algunas consideraciones alusivas al verdadero espíritu de la crítica literaria —capacidad de adaptación a la obra original, mejor ajena—, determina en lo posible la valoración a buscar en el cuento y concluye introduciéndonos, apasionadamente, en el particular mundo de Lauro Olmo, primer premio “Leopoldo Alas” por su libro *12 cuentos y uno más*, que comienza con esta aclaradora dedicatoria: “A mis hermanos, golfos de bien”.

Leyendo a Lauro Olmo salta a primera vista un movimiento de sorpresa e interés motivadas, sin duda, más por el planteamiento, los giros dialectales y la técnica narrativa que por el meollo o la esencia última de sus personajes y ambientes, a no ser, y esto parece muy verosímil, que ambos conceptos y sus resultados caminen tan estrechamente ligados, opere uno tan en función del otro, que no podamos al final discriminarlos. De todas formas —y teniendo en cuenta la obligatoriedad en que nos hallamos de hacer generalizaciones y crear paralelismos no de probada eficacia, visto lo complejo de reseñar treinta y seis cuentos de autores distintos—, ese movimiento inicial, sorpresivo, de rareza pronto asimilada y de consciente y moderada originalidad, perdura favorablemente en el lector, perdura el tiempo necesario, conduciéndolo, bien por vía ingenua o vigorosa, o bien por vía humorística e intrascendente, a penetrar en un mundo infantil, callejeante y aventurero, transpirador de emociones puras y que se deslizan a lo largo de sus páginas con igual ternura y limpieza que brotan las flores solitarias entre cascotes y terrenos baldíos, ya que la infancia de estos niños —de Enzo, Tinajilla, Sabañón, etc.— transcurre briosamente sumida en andrajos, topes tranviarios, colillas, pequeños hurtos y “virtuosismos al orinar” y hondas y serias caladas esporádicas, donde de pronto se observan oscuras zonas psicológicas desveladas mediante una juguetona y fibrosa palabrería, vehículo ideal para situaciones de fino humor, como ocurre con la deliciosa anécdota que refleja las desventuras de Tinajilla, a quien su madre dejaba recluido en una tinaja cuando salía de compras. Resumiendo, y no sin antes proclamar la gran excelencia de cuentos como *Sabañón*, *Chanín*, *El invierno*, etc., puede considerarse a Lauro Olmo, a su libro *12 cuentos y uno más*, dotado de

un inconfundible aire ingenuo, despreocupado y vitalista, manera de hacer que viene a manifestarse cuando se han superado otros factores vivenciales de signo más denso y complicado.

El segundo premio "Leopoldo Alas" distingue a Jorge Ferrer Vidal Turull por su libro *Sobre la piel del mundo*, editado con prólogo de Esteban Padrós de Palacios, el cual declara acertadamente que la emoción de los cuentos de Ferrer Vidal no depende de la anécdota, sino de la proporción que existe entre lenguaje y propósito y que sobre sus personajes pesa una naturaleza de carácter cósmico, aunque éstos se desenvuelvan en ambiente costumbrista, si bien de fondo angustiado. Hace también referencia el prologuista a la fórmula narrativa hombre-paisaje de Ferrer Vidal. En efecto, dichos elementos a veces obtienen unos resultados impresionantes, sin que ello sea perjuicio para que también se devengue cierta monotonía en la aplicación reiterada, por ejemplo, del calor o la atardecida. Obreros, maleantes, prostitutas, vagos, el sol, la lluvia y la tarde —que adquieren estos últimos tres fenómenos una importancia decisiva, que son los protagonistas reales de cualquier narración— y, sobre todo, una profunda corriente de frustración y angustia, constituyen las pautas más definitorias para un rápido acercamiento a esta obra de Ferrer Vidal que, en lo referente a modismos dialogales, sigue una tendencia parecida a la de Lauro Olmo (recurrirnos a la comparación para fijar y unificar de algún modo tales conceptos), es decir, que ambos gustan de poner en boca de sus personajes expresiones populares, barriobajeras, libertarias y magnetofónicas, lo que se ha venido en denominar realismo objetivo o cinematográfico, y que son, desde luego, acusadoras de un estadio social vigente. Cuando Ferrer Vidal lleva a cabo alguna norma abstracta, se produce en el acto ese su ya carácter cósmico y terrible, en que vemos a las pobres gentes, a sus pobres gentes, rodar desesperadamente cansadas por encima del planeta, y tristes, debatiéndose entre ansias indefinidas y vagabundas, robos, prostituciones, debatiéndose por un feo panorama verosímil, pero en el que también surgen notables destellos tiernos, contemplativos y elementalísimos. En el orden de las narraciones notables pueden citarse, especialmente, las tituladas *Sobre la piel del mundo*, densa, vertida de conceptos, misterio y tristeza; *Los vagabundos*, donde se completa el ciclo humano de la pena y la esperanza; *El valle*, un loco asesino, humanizado hasta inaudito grado, también con la muerte en el alma, pide a su compinche que le dé con una piedra en la cabeza cuando le sobrevenga el ataque mental, mientras el campo huele bien y vuelan los pájaros y se ve el pueblo "retozón como un potrillo al sol"; *El hijo*, una muchacha que va a tener un crío conversa con otra mujer vieja y sin ilusión. Tiene este cuento mucha vitalidad y ternura, con-

cretándose la paz, el amor y cosas dignas por venir en el matrimonio joven y humilde.

Ramón Nieto gana el tercer "Leopoldo Alas" y penúltimo concedido. Publíquese *Los desterrados*, con introducción de Juan Planas Cerdá, quien nos habla de una literatura joven y vigorosa instaurada por Ramón Nieto y apoyada en la cultura, la responsabilidad y la vocación. De este autor ya nos ocupamos en un número anterior, con motivo de la publicación de su primer libro de cuentos, *La tierra*, haciéndose ahora realidad la prematura madurez que evidenciaba. Ramón Nieto es moderado, melancólico y profundo. Utiliza los elementos narrativos de que dispone con absoluto rigor y seriedad, sin complacencias ni extremismos y sin llevar el experimento realista descarnadamente lejos, aunque preocupándose de problemas, si bien atávicos y elementales como los de Ferrer Vidal, asimismo de otra sutil e indescifrable contextura, por lo que sus narraciones producen impactos menos rotundos y avenidos por caminos más ignorados. Ambos operan con iguales dosis de pesimismo y ambos no conciben grandes esperanzas por el mundo, la felicidad o el entendimiento humanos. En *La decisión* plantea Nieto el dilema terrible de una madre que ha de decidir a cuál de sus dos hijos deben fusilar ciertas fuerzas de represalias dominadoras del pueblo. Narración extremadamente difícil por la exposición, el desarrollo sucinto y las reacciones finales, cargadas de oculto sentido. En *El padre* es precisa la muerte de éste para que el hijo, ausente en la ciudad, comprenda dolorosamente que nunca se estableció entre ellos una verdadera identidad, que vivieron como desconocidos, entre extraños pudores filiales, aportando la muerte ese hondo sentido de incomunicación y amor postrero, inútil ya. *Napia Blanca* es otro ejemplo de penetración al demostrarse o insinuarse que si Napia Blanca, hijo de un matrimonio encarcelado, no se adapta a la sociedad y ha de seguir el desdichado camino de sus progenitores, no es sólo por causas hereditarias y subjetivas, sino también por imposición de la sociedad y presiones externas independientes de la tara transmitida. El libro de Ramón Nieto termina con el largo cuento del que toma título. *Los desterrados* son gitanos, feriantes, fracasados, con el estigma del eterno ambular por los caminos, engañándose, padeciendo y manejando unos a todas luces inoperantes medios de vida a los que biológicamente no pueden renunciar y que constituyen asimismo su más antigua tragedia.

El último premio "Leopoldo Alas", concedido recientemente al libro *Los jefes*, de Mariano Vargas, aún no ha visto la luz pública.

La información completa sobre esta colección, que tanto y tan bien está haciendo en favor del cuento literario y que acoge a otros diver-

sos e interesantes cultivadores del género —entre los que se cuentan San Martín, Daniel Sueiro, Padrós de Palacios, el propio Lauro Olmo, etcétera— la daremos en una segunda nota.—EDUARDO TIJERAS.

ORTEGA Y GASSET (1).

Las obras de Ortega y Gasset se compran más que se leen y se leen más que se entienden. Leer no es juntar letras u oír palabras, sino valorar realidades debajo de la expresión literaria, encontrar significación y sentido a las cosas. Si no, se puede llegar a ese lenguaje puramente sensorial —sedante o exaltador—, un tanto sonambúlico, de la música, que descarga el sentimiento sin solucionar los problemas del hombre. Mientras la palabra, en agudísima expresión heideggeriana, es la casa del ser —no el ser—, el puro sonido no tiene una significación racional para entendernos (quizá de su elementalidad nazca su indiferenciación y universalidad). La música conmueve o serena, mas no resuelve. Su visceralidad tal vez explique que muchos crueles hayan sido grandes melófilos. Lo que no quiere decir que la música lleve a la crueldad. Pero hay una sensibilidad estética que no siempre está equilibrada por la sensibilidad moral. Y el esteta sin razón moral suele ser cruelísimo. Han existido sensibilísimos intérpretes de Chopin, que luego de saborearle al piano han ido a cazar —sí, a cazar— niños judíos al *ghetto* de Varsovia. ¡Gran tema éste de sensibilidad y moral o inteligencia y moral!

Ortega deslumbra a las mentes débiles, malhumora a los dogmáticos, sacude a unos, revuelve a otros, aclara a algunos. “La claridad es la cortesía del filósofo”, ha dicho el maestro, y a través del cristal limpísimo de una de las mejores prosas españolas de siempre, hay quienes olvidan la materia pensante, mientras los obcecados ven lo que llevan dentro: ni miran ni piensan, porque no atienden. Estos últimos —los que achacan a Ortega sus antojos— no tienen el valor del intelectual, su dignidad y su peligro: querer entender y proclamar su entendimiento. Afirman o niegan —no piensan ni se encuentran con la verdad o con el error—, siempre en función de prejuicios. Más unos u otros —todos—, con irritación, beatería o serenidad reconocen implícitamente la gigantesca figura del pensador que ha ahorrado las mentes españolas. A lo temperamental ha opuesto Ortega la voluntad de sosiego y entendimiento: de orden. Pero de un orden que no es el imperio de los fantasmas, sino el de la realidad de la na-

(1) José Ferrater Mora: *Ortega y Gasset*. Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1958.

turalidad humana y del mundo. Para conocer esa realidad es preciso trabajar humildemente y con asiduidad. A Ortega, si no hubiese hecho más —creo que el sistema filosófico del meditador de El Escorial está desperdigado en toda su obra: Ortega tiene contestación a las grandes interrogantes del hombre—, habría que agradecerle el haber proporcionado a los hispanos problemática, método y terminología para pensar. A mí Ortega me sirve para vivir, me resuelve cuestiones.

En el fondo, la irritación contra Ortega nace de que los españoles propendemos a que todo lo arregle la fe en algo, la lotería, la vagancia y el azar. ¡Todo menos trabajar diaria y sencillamente! El español iluso se llama a engaño cuando la realidad se comporta con arreglo a sus leyes infrangibles más que de acuerdo con los caprichos del vago, del que quiere hacerlo todo de una vez y para siempre. No nos engañemos en nombre de cosas inconfesables: mientras no estemos en claro, en tanto no tomemos conciencia y responsabilidad de nosotros y de nuestras posibilidades, podremos propalar frases sin hacer más clara y vividera la realidad y la convivencia.

Ortega ha tenido el atrevimiento de invitarnos a trabajar, a aparearnos de la nube de la pasión cegadora, del empujón taurino, a andar entre las cosas, con su perfil hiriente a veces. Y eso ha emberrenchido a quienes lo tienen todo ya resuelto. Mas eso es fe, no filosofía, que es problemática. La vida —la de cada uno— es responsabilidad intransferible, lo que cada cual tiene que hacer y hacerse con él y entre las cosas, en el mundo, conviviendo con las gentes, sin sustituir la realidad con ideas, y menos aún con los degradadores prejuicios. Pensar es exponerse a cambiar. Pero vivir es cambiar orgánicamente: crecer y cumplirse.

El propio Ortega, en un momento de recapitulación de sus hallazgos atribuidos a otros —por ser extranjeros y gozar de ese crédito pueril que el español da a cuanto viene de fuera, cuando no se embotija—, ha escrito, no sin amargura: “Distraídos por mis imágenes, han resbalado sobre mis pensamientos.”

José Ferrater Mora —es lástima que no conociese, a la hora de escribir su ensayo, el gran libro de Ortega *La idea de principio en Leibniz...*, paradigma de rigor y prosecución de una meditación rigurosa, de método pensante—, una de las cabezas españolas de mayor rigor y acuidad, ha hecho un gran servicio a la cultura con su trabajo *Ortega y Gasset*, donde ordena el pensamiento orteguiano y manifiesta las líneas maestras de la obra del español mejor dotado para la filosofía de Vives acá.

El estudio de Ferrater, en principio, estaba dedicado a exponer a los extranjeros menos familiarizados con el español la filosofía de

Ortega. Por eso se publicó originalmente en inglés. Ahora, al verterle al castellano su propio autor, ha introducido aclaraciones y revisiones. Incluso ha añadido una nueva sección, "La idea del ser", por lo que el ensayo resulta más amplio en nuestra lengua.

El primer asombro ante la obra de Ortega, pasado el deslumbramiento de su prosa, es constatar su insaciable atención, dirigida a todos los puntos cardinales del pensamiento. Es raro el tema o problema de nuestro tiempo no tocado en la obra de Ortega, no en función de mero escritor, sino de pensador. "Cuanto mayor atención prestamos a los hilos de que está hecho el tapiz orteguiano, tanto más fácil resulta advertir la armonía del cuadro en él dibujado." El estudio de Ferrater Mora se dedica "a trazar algunos de los rasgos prominentes del *sistema* abierto orteguiano". En Ortega, ver el núcleo central de que brota su pensamiento, dándole coherencia y unidad, puede achicar la impresionante variedad de sus "alusiones y elisiones", de su interés por los problemas del pensamiento. Por el contrario, la variedad mareante, para quien no tenga el hilo conductor, puede llevar a creer que Ortega es una dispersión, un mariposeo sobre el patético florecer de las ideas.

Ferrater Mora emplea en su estudio un método biográfico, de crecimiento orgánico —en cuanto a aparición de los descubrimientos fundamentales de Ortega—, único capaz de conducir sin mareo en la multiplicidad de incitaciones que pululan en un pensamiento tan vario y tan vivo. Los estadios del desenvolvimiento orteguiano los expone así el autor: "El primero abarca de 1902 a 1914; el segundo, de 1914 a 1923; el tercero, de 1924 hasta el año de la muerte del filósofo en 1955." Estas etapas orgánicas tienen nombre: *objetivismo*, *perspectivismo*, "ingrediente esencial del tercer estadio", y *raciovitalismo*, "una especie de abreviatura usada por el propio Ortega como designación de su sistema filosófico". Desde esta última cumbre, o en función de este pensamiento raciovitalista hay que considerar la total obra orteguiana. Y dentro de las tres etapas, destacan, para Ferrater —insistamos en que el conocimiento y estudio a fondo del último libro de Ortega arrojará mucha luz y orden sobre su pensamiento—; los siguientes temas: "a) El concepto de razón vital; b) La doctrina del hombre; c) La doctrina de la sociedad; d) La idea de la filosofía, y e) La idea del ser." Estos son los puntos fundamentales. Pero como todo esquema, petrifica, mineraliza, hace perder la gracia, la pasión, el matiz, el nombre en que se vitaliza el pensamiento, el prodigio del verbo, la frase que se abre luminosa y liberadora en el rincón de la oscuridad y del temor. Porque entender es alcanzar seguridad en el orden de la verdad y de la convivencia: ser feliz, a pesar del límite

y del sentimiento trágico de la vida, en lo que Ortega, menos agónico, coincide con Unamuno, si bien éste haya acuñado la expresión. (Algún día habrá que estudiar las coincidencias, en cuanto a posibilidades españolas, de los dos geniales hombres, si anverso y reverso de la moneda hispana, manifestaciones sin escisión posible de la superior unidad.)

El honestísimo estudio de Ferrater Mora, que no queremos sintetizar —síntesis de síntesis, confusión—, equidista de quienes niegan o desorbitan a Ortega. Así, puede decir: “No me interesa destacar los errores de escasa monta para comprender los temas centrales; por lo demás, es muy posible —y frecuente— que una filosofía interesante y, en general, justa, aloje hechos desenfocados o razonamientos dudosos. No me interesa aquí ni el silbido ni el aplauso. Me interesa seguir siendo fiel al espíritu de un apotegma famoso: No lamentarse ni alborozarse, no llorar ni reír, sino comprender.”—RAMÓN DE GARCÍASOL.

INDICE DE EXPOSICIONES

EL TRIUNFO DE TAPIES EN PITTSBURG.—No es necesario subrayar la importancia internacional de este certamen y el eco de sus premios. Este año el primer premio de Pintura (3.000 dólares) ha recaído en el artista español Tapiés, por su lienzo abstracto titulado “Pintura”. El segundo premio ha sido concedido a Afro, el gran artista italiano, cuyo nombre es bien notorio en la pintura internacional, y que ahora certifica, mejor, el gran triunfo de este Tapiés que se incorpora a la lista grande de la pintura española y universal. En estas columnas nos alegramos muy de veras de este éxito tan significativo y que tanto ha de animar a las nuevas generaciones, que obligadas a la busca de mercados saben que los tienen asegurados, pues nuestra pintura es la más hermosa exportación que podamos hacer. Insistamos en que todos los triunfos internacionales de España en los últimos años se deben a jóvenes artistas abstractos, desde Tapiés a Oteyza, en São Paulo. Esto sólo quiere decir que el afán de entender y comprender no una estética, sino una manera de estar de la pintura en la actualidad, ha quedado bien patente para que la comprensión y el respeto se impongan, y si es posible la ayuda y el estímulo para que no se dé una vez más el caso de que los triunfadores en el extranjero no tengan el reconocimiento en su patria. Y este viejo y nefasto cuento tiene que acabar.

LUCIO.—Hace años, no muchos, un día nuestros pasos críticos se encaminaron al parque del Retiro. Allí se anunciaba una exposición al aire libre hecha por artistas que no encontraban otro lugar mejor para la exhibición de sus obras. Sobre carcomidas maderas estaban colgados varios lienzos. Unos llamaron nuestra atención. Los firmaba Lucio Muñoz. Eran lienzos figurativos, en los cuales se adivinaba el deseo del artista por buscar a la pintura el entresijo; había ya en ellos un deseo de pureza, de dejar la materia, y su intención, en el sentido más amplio, más claro y más preciso, sin que la anécdota inmediata desvirtuase ese afán de colocarse Lucio Muñoz y la pintura frente a frente, en íntimo diálogo, sin entrometimientos. Apuntamos y elogiamos entonces la obra de Lucio Muñoz. Luego, en la última Nacional de Bellas Artes, dos cuadros de este artista, ya en plena línea abstracta, merecieron nuestro voto, que quedó casi aislado, y ahora, en el Ateneo, volvemos a ver a Lucio Muñoz, ya hecho y derecho, en cada cuadro, y con esa característica que define el peso y medida, a la española, de un artista: con su tragedia a cuestas. Tragedia que ha sido riente en Rueda; preocupada en Manrique, y soledosa y honda en este Lucio Muñoz, tan ambicioso y tan severo consigo mismo.

Los cuadros de Lucio Muñoz son para ser mirados con largo detenimiento, con preocupada medida, con recuerdo, y en ese recuerdo no falta el de las pinturas últimas de Goya. Es en Lucio Muñoz en donde vemos mejor el antecedente español; de una manera de entender la pintura que no encontramos en cualquier seudoimpresionista o impresionista retrasado, o formulista al uso y abuso; es aquí en esta pintura seca, urdida con espesa materia, trabajada con ahinco, tocada con propósito de llegar a un fin ascético, en donde las características españolas se aprecian más y mejor. Siempre hemos creído que los poetas "nuevos" ligan más con el Arcipreste y Garcilaso que Núñez de Arce o Campoamor, que no ligaban nada. Son más tradicionales, en el gran sentido de la palabra, Alexandre, Guillén, Hernández, Panero y Rosales, que los vates de fuegos florales o los descendientes de Espronceda. A igual sucede con la pintura. Podemos entender mejor al Greco, Ribera o Velázquez junto a estos lienzos que delante de otros que nada tienen que ver con ellos: aunque algunos, tozudamente, lo pretendan. Es preciso que las cosas no se perturben y se haga apología del taller español de manera contraria a lo que era de verdad el taller español y se confunda a Zurbarán con Mengs.

Pero, en fin, esto, con buena mirada, con largo pensamiento y con posición que debe adoptar quien se crea espectador consciente, se puede apreciar ante esta pintura escueta, profunda, llena de resonancias ancestrales, que ofrece Lucio Muñoz, tan dotado en su día para ha-



Cerámica de Junquera

Fotografía CAMÍN



Cerámica de Junquera

cer pintura "bonita" y tan fiel a sí mismo, a ese buen credo de ser serio con aquello que es razón de existencia o no es nada.

Esta exposición de Lucio Muñoz es la llegada a puerto feliz de un hombre que nació, irremediamente, pintor, y que por eso brinda a los que quieran y puedan ver una lección de honradez y con ella un mundo para soñar y pensar, y una obra que ya está destinada a permanecer sin que los ojos se cansen del ejercicio.

FERNANDO LAPUENTE.—Con esta exposición se ha inaugurado una nueva sala: Nebli, de excelentes proporciones, acaso con demasiada luz, o mal repartida, ya que algunos cuadros quedan "heridos" por el exceso. Lapuente es un pintor falsamente ingenuista, muy influenciado por modos muy usuales en París desde Dufy hasta hoy, y cuyo mayor defecto es el de utilizar una pincelada puesta sin amor sobre la tela, con un desgarramiento que revela la aplicación de una fórmula que no tiene fin, pero sin que cada cuadro recoja el latido y la preocupación del artista ante un determinado problema plástico. Algunas telas están alabeadas acaso por el calor, y eso perjudica en muchos casos a la visión y a la posterior contemplación.

MAGAZ.—En la Sala Seral expone Magaz una colección de dibujos. La exposición traduce diversos pensamientos pictóricos y distintos conceptos. En todos ellos Magaz hace gala de una sensibilidad y de un conocimiento que conforme pasan los años, va adquiriendo características mejores. Hoy podemos decir, muy subrayado, lo que hace años dijimos de este artista: "Viendo los dibujos de Magaz, se conforma el espíritu". Y esa penetración en el ánimo, ese difícil saber llegar al punto define a través de su diversa obra el buen quehacer de Magaz, que ha hecho reválida de su profesión.

JUNQUERA.—Un ceramista ha expuesto en la Sala Abril. Es su primera exposición y en ella se muestra un aspecto feliz del artista cuando éste tiene raíz cierta en su origen y es la ingenuidad. Junquera se apoya en el recuerdo de las vidrieras góticas y de los capiteles románicos, y su obra, cocida con sana inocencia y tratada con limpia imaginación, tiene el atractivo de las cosas salidas "de pronto" y de verdad, con lo cual justifica su exposición tan gratamente decorativa, lo que no constituye ningún defecto, siendo la cerámica el género.

HOMENAJE A MIRÓ, TAPIES, CHILLIDA, OTEYZA.—En la Sala Darrow se ha inaugurado una exposición-homenaje a los artistas españoles triunfadores en el extranjero últimamente, y entre los cuales se

encuentran Miró, decorador del palacio de la U. N. E. S. C. O., en París, con los célebres paneles “El Sol” y “La Luna”, realizados por Artigas; Tapies, triunfador de Pittsburgo; Chillida, ganador en la Bienal de Venecia; Oteyza, gran premio de Escultura en São Paulo, Palazuelo, etc.

El acuerdo del homenaje, por lo que tiene de buen recuerdo, sólo elogios merece. Este consiste en la exhibición de varias obras de nuestros artistas jóvenes, y entre los cuales destacan las de Viola, Rueda, Rivera, Labra, Feito, Canogar y otros artistas afiliados en el abstrac-tismo y en la línea de triunfos en la que ya se hallan los homenajeados. Como la exposición tiene tan buen síntoma, tan grata recordación para quienes han llevado el nombre de España al extranjero, nos abstene-mos de hacer otras consideraciones, ya iniciadas, sobre la oportuni-dad de hacer que las obras tengan una visión más “pura”, porque entre el *maremagnum* de muebles, de objetos y otros elementos el cuadro queda perdido en la confusión y adscrito a un servicio meramente de-corativo.

MARTÍN ARTAJO.—En la Sala Abril ha expuesto su obra un jo-ven artista: Alberto Martín Artajo. Este joven pintor pertenece a esa generación de artistas que procede de la Escuela de Arquitectura, como Higuera, como Montalvo, como Vaquero..., como tantos otros. La perspectiva es guión principalísimo, amoldada a efectos plásticos de paisaje, entre los cuales destacan los dedicados a los tejados y “le-jañas” de signo castellano. En Alberto Martín Artajo se aprecia una buena predisposición, una sensibilidad muy ligada a una etapa poética con claro marchamo. Estos pintores, tan unidos a la arquitectura, tie-nen un evidente peligro, en este caso bien anunciado, pero es pronto para decidir cuál será el adjetivo de Alberto Martín Artajo, si el de aficionado, o el de pintor, o el de simple arquitecto. El sólo tiene la palabra. Puede elegir.—M. SÁNCHEZ CAMARGO.

Sección Bibliográfica

JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Teoría del saber histórico*. Revista de Occidente. Madrid, 1958.

Estamos ante un libro serio y profundo, pero, sobre todo, oportuno. La publicación de esta obra es —para España— una novedad. Y por tratarse de un tema todavía poco explorado, su elaboración ha supuesto, en el autor, una gran aventura intelectual.

En España ha sido Maravall quien ha intuído —como nadie— la urgente necesidad de constituir como ciencia “estricta” la historia que —hasta ahora— era algo así como la “cenicienta” de las ciencias, si es que era ciencia y no simple “curiosidad” intelectual por el pasado.

Y ha advertido que a la Historia le espera un porvenir “incitante”, casi de “presidencia mental” —que diría Comte—. “Ello exige que la historia reflexione sobre sí misma y que, al adquirir conciencia de sus posibilidades, someta a revisión sus objetivos y sus métodos, para estar a la altura de su misión” (pág. 15).

Una revolución superior a la copernicana destronó para siempre los esquemas lógicos de la física clásica. Algo parecido ocurre con la Historia. El autor se apoya en este paralelismo a lo largo de casi toda la obra. “Nada más ejemplar que la actitud de los científicos en llevar a cabo la crítica de los esquemas lógicos en los que se encuadraba su saber de la Naturaleza. De ellos mismos, llega hoy al historiador la incitación a realizar una tarea paralela en su campo de investigación. Y si ellos nos ofrecen, como luego veremos, la renuncia al monopolio de lo que pueda ser considerado como saber científico, habrá que preguntarse, con vistas a que un día ocupe el saber de la historia, con apretado rigor, el puesto hacia el que marcha, qué sea la historia como ciencia y cuál sea el papel que corresponde a esa ciencia de la historia en la existencia del hombre y de la sociedad” (págs. 15-16).

¿Qué es la historia? Esta palabra está cargada de tres sentidos o significados. Pueden entenderse por historia los “hechos ocurridos”. Historia significa también la “noticia de los acontecimientos”. Y, finalmente, historia puede ser la “ciencia de lo acontecido”. En la Física ocurre lo mismo. Física significa no sólo la “realidad física” y la “percepción de esa realidad”, sino también la “ciencia de las realidades físicas”.

Antes de continuar queremos preguntar: ¿Constituyen verdadera

historia los libros históricos del Antiguo Testamento? No es un problema de poca importancia. Según los tres sentidos, antes aludidos, de la palabra historia, los libros históricos del Viejo Testamento no serían —así nos parece— historia en sentido estricto, sino sólo noticia “inspirada” de ciertos hechos relacionados con el origen del mundo y con la salvación del hombre.

Otros exigirán para tales libros el título de verdadera historia. Es el problema que plantea Huizinga ante la pretensión de otros de querer convertir a la historia en ciencia “estricta”.

Un concepto adecuado de historia debe ser capaz de incluir en sí toda labor historiográfica realizada en el pasado: la de Herodoto, por ejemplo. De la posición de Huizinga se deduce que la historia no podría estructurarse como ciencia rigurosa, sino simplemente como un “fenómeno cultural”. La situación del autor es ésta —según creo—: lo sentimos mucho, pero —hoy— dada la revolución acaecida en lo físico y en lo histórico, es imposible contentarse con un concepto de la historia como mera y “pura técnica de documentación del pasado”. “Lo que no cabe es, en tanto que empeñados en una labor científica, mantenerse en ese nivel y no esforzarse por alcanzar la mayor claridad y rigor posibles acerca de la validez y eficacia de los métodos, tratando de reducir el margen de la inspiración azarosa, aun sabiendo que ésta no podrá eliminarse nunca...” (pág. 22). Para todo científico, y mucho más para el historiador, atender al estado actual de un problema es una inexcusable exigencia de autenticidad (págs. 22-23).

Este acometimiento del problema lleva consigo un doble efecto, apartarnos de dos extremos igualmente peligrosos: del agnosticismo, por una parte, y, por otra, del cientificismo absoluto, el cual se da cuando los métodos de conocimiento de una ciencia, desbordando su área específica, intentan invadir el campo de las otras.

La situación actual ha hecho posible una potenciación de la capacidad de conocer. Este hecho impone a la ciencia dos imperativos ineludibles: una revisión de la teoría del pensar en general y la aplicación de sus resultados a cada ciencia en particular.

Concretando, la revisión teórica del concepto de historia urge por tres razones: 1) De un entendimiento falso de la historia surgen consecuencias funestas para la sociedad y para el conocimiento del hombre. El método naturalista es inadecuado para abordar los problemas humanos; pero, hasta la fecha, se ha hecho así precisamente por falta de una revisión crítica. 2) La esperanza —que nos asiste— de organizar como ciencia a la historia es cuestión de vida o muerte. 3) El método histórico ha sido siempre confrontado —para su elaboración— con el

“físico-natural” clásico. Al cambiar éste se nos impone la necesidad de revisar aquél.

El autor pone, al final de la Introducción, unas palabras llenas de sensatez y equilibrio. Después de insistir tanto en favor de la renovación científica, en favor de su extraordinaria importancia, después de otear los grandes horizontes que se presentan ante ella como ejercicio de su actividad, resulta admirable este reconocimiento de límites: “Y al ensanchar de ese modo su área de conocimiento ha venido a comprender que quedan aún campos libres para otras formas de saber. No trata hoy la ciencia de darnos por sí misma, explotando su prestigio intelectual, un saber del hombre, sino abrir ante nosotros una profunda perspectiva por donde avance un específico conocimiento de las cosas humanas” (pág. 34).

En el primer capítulo de la parte primera, Maravall estudia las relaciones entre ciencia e historia. El saber científico, al rebasar los esquemas clásicos, queda muy próximo al conocimiento histórico. A ello ha contribuido el “fenómeno de historificación del mundo natural”. Los mismos fenómenos físicos “suceden” en tal fecha y quedan siempre marcados por el salto histórico. Es muy significativo que algunos manuales de Ciencias Naturales se llamen “Historia natural”. “Hoy, en general, se estima que el tiempo no pasa, contra lo que afirma la frase newtoniana, sin ninguna relación con los objetos externos, sino que transcurre por dentro de ellos, haciéndoles sufrir transformaciones esenciales. Por eso hoy en el mundo físico es reconocido un papel decisivo a la noción de herencia. Y en las construcciones teóricas más arriesgadas el principio de irreversibilidad aparece como principio fundamental en la concepción del Universo, de modo que éste no se muestra ya como una máquina en el sentido clásico, sino como una máquina que, guardando el recuerdo de su acción, es capaz de corregirse a sí misma y trazar su futuro” (pág. 41).

Existe otra historificación que nos atañe más aún: la historificación de la ciencia misma. Esta depende siempre de la situación determinada en que se mueve el observador. La ciencia, si no es “esencialmente” histórica, por lo menos depende de la historia.

Se da una conexión y dependencia mutua entre el conocimiento natural y el histórico. No obstante, son dos planos irreductibles. “Ciertamente, la aplicación de métodos matemáticos a nuevos campos del acontecer humano está dando resultados excelentes, y la entrada en una nueva rama de la matemática que se ha dado en llamar “teoría de los juegos de estrategia” de nuevos aspectos de la conducta humana, desde la política hasta los juegos de naipes, hacen sospechar que ese proceso de reducción a medida de zonas de la realidad que se tenían

por refractarias a ella no ha terminado; pero hay que esperar que siempre quede una última zona inalcanzable, dramática y movediza; ese es el mundo imborrable de la historia" (pág. 48).

El principio capital de la física clásica era "objetividad — legalidad — determinismo". Sólo es real lo que puede ser medido y determinado de antemano. Ese principio ha sido invalidado definitivamente en su pretensión. Hay realidades que no pueden ser medidas ni caer dentro del ámbito determinista. Pero eso no quiere decir que no puedan ser conocidas. La gran equivocación de los físicos clásicos consistió en creer que sólo era conocible lo medible y determinable.

El reconocimiento de esa falsedad encierra —como consecuencia— tres puntos:

1) El conocimiento científico "natural" queda reducido a un número y clase determinados de hechos.

2) Una ampliación —por tanto— del ámbito del concepto de ciencia que sea capaz de englobar en sí esquemas lógicos que den razón de realidades no-naturales, no-medibles.

3) A distintos tipos de realidad y de experiencia corresponden diferentes sistemas de principios de conocimiento.

A la historia le corresponden sus principios propios, como a cualquier otra ciencia, por corresponderle un tipo determinado de realidades.

El autor se detiene a estudiar —a lo largo de varias páginas— lo que podría llamarse "principio de complementariedad". Es un hallazgo que merece la pena desentrañar y exponer.

El principio de "no-contradicción" —que ha presidido siempre la lógica— es valedero sólo para las ciencias de lo inmutable y permanente. Para las ciencias del cambiante no sirve.

A esto contestaría el P. Ramírez —según deduzco de una de sus obras (1)—, diciendo con extraordinaria agudeza que el principio de no-contradicción preside todo conocimiento precisamente porque rige, de antemano, lo real. Pero éste es el problema: ¿rige dicho principio "todo" lo real?

La más reciente y auténtica experiencia científica dice que "no". "Los componentes últimos de la materia —afirma Schrödinger— carecen por completo de identidad." Esta es la gran revolución científica —y filosófica, incluso— que ha desencadenado la ciencia física. Maravall transcribe unas líneas de Julio Palacios que definen claramente el estado de la cuestión: "En física hay que admitir que las cosas son a la vez lo que revelan cuantos experimentos hagamos sucesivamente

(1) *La filosofía de Ortega y Gasset*. Herder. Barcelona.

con ellas, de donde se infiere que los corpúsculos son ondas y son cuerpos, y no de modo alternativo, unas veces ondas y otras cuerpos, sino “complementario” (pág. 56).

Se impone una revisión de la lógica clásica que Ortega abordó ya en el *Tema de nuestro tiempo*.

Pero con esta afirmación de la ciencia moderna el problema no desaparece. Se complica más. La negación del principio de “no-contradicción” resulta más problemática que su afirmación. Sin dicho principio nos es imposible —según creemos— afirmar o negar algo, vivir, hacer ciencia, etc.

¿En qué consiste el principio de *complementariedad*, la gran invención racional de nuestro tiempo? “Podemos formularlo como aquel principio en virtud del cual la realidad no es una cosa que en algunos casos se comportara como si fuera otra, o una tercera que toma uno u otro aspecto, sino que se nos muestra siempre en función de un sistema o conjunto; el electrón es partícula al atravesar el espacio y onda al atravesar la materia” (pág. 58).

La aplicación de este principio al conocimiento histórico resulta ineludible. Se comprueba fácilmente con un ejemplo, que nos propone el autor. Nos referimos al fenómeno del feudalismo, incapaz de ser aprehendido debidamente por el principio de no contradicción. Si lo captamos con el de *complementariedad*, entonces nos explicamos que fuera, al mismo tiempo, fermento de unidad y descomposición.

¿Se puede aplicar también este principio al campo filosófico? He aquí una buena interrogación, cuya contestación sería definitiva para las disciplinas filosóficas.

En el capítulo siguiente nos da el autor la noción de “Hecho históricos”. ¿Cuándo un hecho deja de ser natural y se convierte en histórico?

El objeto de la Historia no son los hechos individuales, sino su “trabazón objetiva” —que dice Maravall—. Toda ciencia procede por abstracción. Esta se da también en la Historia. El criterio de esa abstracción es la estructura, conexión y trabazón objetivas que unos hechos guardan con otros. Los hechos que no entran en esa estructura —que es como el *a priori* del historiador— no son históricos.

Sin ese *a priori* del observador no se da propiamente la realidad histórica como objeto de la ciencia llamada Historia. Para que la realidad histórica pueda ser objeto de conocimiento hay antes que configurarla. “El análisis epistemológico nos permite asegurar que el saber es respuesta a una pregunta que formulamos dirigida a un objeto observado y al que preparamos de antemano para que nos pueda responder... Es más. Sin teoría no hay propiamente hechos. Sin una

teoría previa que los recoja y los encaje en un conjunto interpretativo, aquéllos pasan inadvertidos y, todavía más, son hasta negados, aunque tengan una presencia sensible" (págs. 106 y 108).

Nos preguntamos: ¿por qué no se elaboran, partiendo de estos principios, los libros de Historia? En último extremo, ¿por qué no se explica la asignatura de Historia partiendo de la *estructura* que condiciona la historicidad de los hechos? Es posible que se deba a que todo esto suena todavía en España como nuevo. Esperamos que el libro de Maravall abra camino en esta empresa de hacer asequible al estudioso español la ciencia histórica tal como se la entiende aquí y que despierte en los estudiantes la vocación por esta disciplina —hasta hoy tan árida y aséptica—, siendo una de las más humanas por su objeto y por sus resultados.

El autor hace, a continuación, otro reconocimiento de límites. Esta vez se refiere al SER como ámbito inaccesible al conocimiento histórico. Sólo a la Metafísica corresponde investigar el SER de todas las realidades abordadas por las demás ciencias. Cada ciencia estudia una porción de la realidad. Pero la Metafísica se ocupa de "toda" realidad y "en cuanto realidad", en cuanto ES.

En el capítulo siguiente se esclarecen los conceptos de Ley, Causa y Estructura. El autor afirma que se dan leyes "en" la Historia, pero no leyes "de" la Historia. Pero esto no quiere decir que reine el azar y la arbitrariedad en la Historia: no lo permite la "estructura" histórica que pertenece a los hechos en cuanto articulados por el observador.

En el capítulo "La Historia en sus relaciones con el presente" examina la influencia del conocimiento histórico en la llamada "experiencia de la vida". Aquí surge otro *límite* de lo histórico, por el cual la Historia se abre en la Ética.

Sigue la "Teoría del crecimiento histórico". El pasado histórico potencializa e incrementa la capacidad del hombre para responder a los estímulos de la circunstancia, y su misma capacidad de libertad. Para explicar esto, Maravall echa mano del concepto de "ser" de Ortega, que —según creo— necesita una urgente revisión.

El ser del hombre es el término de un proyecto y un qué-hacer. El hombre es en tanto "existe", porque es historia y tiempo, se transforma y cambia continuamente gracias a la libertad... Pero la libertad no es arbitrariedad, sino que se ejercita dentro de una fidelidad a lo constitutivo del ser del hombre. El horizonte y derrotero de la libertad —del proyecto, por tanto— vienen marcados por una constitución de nuestro ser que nos es donada de antemano, sin intervención nuestra.

A otros ha ocurrido algo parecido con el concepto de "persona". Se la entiende como término de una operación existencial. Pero Zubiri (2) ha distinguido entre "personidad" —elemento constitutivo de la persona— y "personalidad" —su elemento operativo, adquirido a lo largo del tiempo—. Esperamos que el filósofo español —la publicación de cuyas obras es inminente— estudie el concepto de "ser" con el rigor que tanto echamos de menos en Ortega y en los existencialistas.

Somos el pasado. En cada presente "somos más" (Ortega) que antes. "Con la técnica y la Historia el hombre se libera del pasado natural y del pasado humano y, al colocarse por encima de ellos, al hacer subir de esa manera el nivel de su existencia histórica, hace crecer su vida y la Historia en que ella se le da. Con la Historia el pasado deja de ser contorno opresor de cuanto le ha acontecido al hombre, para ofrecérsele como horizonte de libertad sobre el que asciende y desde el que marcha, convirtiendo cuanto ha recibido de atrás en posibilidades hacia el mañana" (pág. 232).

En este sentido, la Historia es liberación en cuanto nos evita la presión del contorno circunstancial, ofreciéndonos posibilidades para responderle "libremente" y en cuanto deja a nuestra disposición el pasado en forma de posibilidad, en forma de libertad.

Hemos notado en el libro la ausencia de toda referencia al Cristianismo en sus relaciones con lo histórico. Se sabe de sobra que la Historia y la técnica —y la liberación que ambas nos aportan— han sido posibles gracias a Israel y al Cristianismo. Claro que el autor no trataba de construir una "ontología de la existencia histórica", sino simplemente una historiografía, el concepto "científico" de Historia.

Es posible que para algunos este libro tenga un tono "libresco" plagado de citas. No obstante —y además de estar bien seleccionadas y traídas—, muchas veces reelaborar un pensamiento, ordenarlo, estructurarlo, resulta un trabajo más profundo y meritorio que exponer una ideología totalmente original, pero aséptica e inoportuna.

El pensamiento español necesitaba y sigue necesitando libros como éste. Serios y además didácticos, escritos con rigor, gracias a los cuales los jóvenes podamos ascender a la claridad en los problemas del pensamiento.—ROMANO GARCÍA.

(2) "El problema del hombre". *Índice*, núm. 120, diciembre 1958. ginas 59-70).

JOHN REWALD: *Degas. Esculturas*. Ediciones Harry N. Abram Sing. New York.

Hoy vamos a dedicar nuestra atención a un interesante estudio de crítica de arte, sobre una de las facetas menos conocidas en la labor del gran pintor Degas. En las Historias del Arte, en ensayos de crítica, artículos y catálogos, como asimismo en libros sobre la escultura francesa, rara vez falta la figura de Degas como escultor; mas no como estudio detenido y a fondo de la copiosa labor de escultura de este gran maestro de la pintura, del grabado, del pastel y de una categoría eminente como dibujante. Su fama como pintor, en general, distrajo a la crítica hasta el punto de olvidar el valor de las pequeñas figuritas en barro o en bronce que Degas iba ejecutando como un placer íntimo y estético, y, al *parecer*, sin darle importancia. Caso muy semejante al de otro gran pintor: Augusto Renoir, que también dejó a la posteridad una serie de esculturas muy excelentes como personalidad y sentimiento plástico. Hacía falta un libro, todo él dedicado a las esculturas de M. Degas, en el que se pudieran conocer y contemplar todas las esculturas del gran pintor. Compañero de Manet en la batalla contra el arte académico y oficial, cuando Manet comienza con el hispanismo, amando a Velázquez y a Goya, Degas mantiene su religión por D. Ingres, modernizando su pintura y haciéndola muy sólida y encontrando su estilo "muy antiguo y muy moderno". Para los que hemos conocido en París la serie de esculturas de M. Degas, nos congratula poder apreciar en sus diferentes épocas las características de técnica y de sentimiento en un considerable número de esculturas que se reproducen en el citado libro. A gran tamaño, como ahora se editan estos libros de arte, el dedicado a M. Degas se presenta encartonado y en tela de un tono gris plata, cuya cubierta se adorna con la reproducción de una figura desnuda, una de las bellas bailarinas, de las muchas que hiciera Degas como escultor y como dibujante incomparable. Impreso con todo esmero, y en un papel satinado de rica pasta, John Rewald presenta el texto con una bien documentada crítica y un detenido catálogo de las obras y propiedades que actualmente las poseen. A manera de un cuadro sinóptico, John Rewald traza en la trayectoria de M. Degas el proceso de su carrera artística como autor de las preciosas figuras modeladas en barro y fundidas en bronce. El texto se divide en ocho partes, lo que hace fácil y amena la lectura y la comprensión de la estética escultórica en el autor. Primeramente, hace la presentación de "M. Degas, Artista", el hombre, todo conciencia, ejemplo y lección profesional; riguroso en sus juicios críticos para con los compañeros y para sí mismo; volun-

tarioso en su diaria y tenaz labor; siempre insatisfecho, buscando el dominar la plenitud de una forma que ha encontrado su estilo. Al comenzar de esta forma, M. Rewald ha hecho muy bien en preparar al lector a una justa comprensión de lo que significa *el estilo*, como concepto que M. Degas acepta voluntariamente y con amor en el clasicismo del maestro D. Ingres, pues de esta forma el lector queda prevenido contra el error que algunos críticos han cometido censurando en Degas su complacencia por la deformación y lo feo en la figura humana. Los aludidos críticos, defensores de un seudoclasicismo y de una "escultura oficial", no vieron que en esas "deformaciones y actitudes feas", existe la observación de una inteligencia, la más altiva del arte moderno, alimentada en la tradición clásica, lo que no es difícil observar y comprobar, viendo las esculturas que se reproducen en el libro que ahora comentamos. Hace años se expusieron en París varias "bailarinas" en bronce, originales de M. Degas; en el libro, motivo de estas notas, figuran con los números 57 y 58, cuyas obras fueron juzgadas por la crítica seudoclásica de "movimiento violento, de un naturalismo a lo Zola". Observando la página 57 y la 58, no es difícil apreciar que la fuerza expresiva no llega ni a Zola ni al naturalismo psicológico de Flaubert. La técnica y el concepto de M. Degas es de otro orden; pues así como Renoir en sus esculturas, todo participa de una especie de alegría pánica y ritmada, y en sus figuras, las bañistas, son unas "transmutaciones" de la "paysanne bretonne ou provençale", cuyo arte es en Renoir de un "buen sentido optimista", que es muy francés, en Degas es la penetrante observación de tipos populares en la clase obrera o en artistas de teatros muy parisienses, en donde la vida ha ofrecido a Degas actitudes inéditas de una expresión verídica y sin literatura: una reacción nacional en la escultura, que lleva un placer crítico, acaso un poco amargo y sarcástico, "descubriendo el punto flaco, la ruptura, el falso pliegue de la belleza, en los objetos como en los rostros, y que, sin proponérselo, él restaura el "culto sistemático de lo feo", buscando la "deformación" y la "desgracia en los movimientos". Mas al observar sus bailarinas (núm. 57 y la 58), vemos, con placer estético, que ellas poseen no sólo belleza física, sino también la belleza humana con el estremecimiento de la patética latina. A este propósito me decía mi admirado amigo el gran crítico de arte M. Charles Kunstler: "Nadie como él trata la superficie a la manera de un organismo viviente y dotado de movimiento. Iguala a los japoneses por el sentido y el ritmo del arabesco. La simplificación prodigiosa de su dibujo fija las más conmovedoras impresiones de la vida." Hechas estas consideraciones —que interpretan la exposición crítica acerca de "Degas, Artista"— por John

Rewald, este documentado biógrafo pasa a contarnos los "Estudios y aprendizaje con Bartolomé", maestro que también lo fue del escultor español Miguel Blay. En la tercera parte vienen las pequeñas bailarinas de catorce años de edad; obras de 1880 al 81. Después presenta "Los bustos" y un capítulo a "El movimiento", cuyas admirables láminas reproducen distintas poses, plenas de gracia ingenua, con un modelado que acaricia la forma, con inteligencia sensible, y situando los planos y el perfil de los volúmenes en la luz, con jerarquía de escultor que goza al contemplar la vida en movimiento: su verdad óptica es la de un maestro de Occidente, superando en intensidad el ritmo del arabesco en un Outamaro, por ejemplo.

Sigue el libro con un capítulo dedicado a "Degas en la ciudad", muy interesante como documentación para los que no conocen la vida íntima con las costumbres y amistades del maestro. Este capítulo nos informa con nuevos datos de la época y del pintor preocupado por la escultura. Mas a este propósito pudiéramos evocar rasgos y anécdotas muy interesantes, que conocemos por el libro admirable de un gran pintor y crítico de Arte, M. Jacques-Emile Blanche, que fue discípulo y amigo de M. Degas, en cuyo libro *De David a Degas*, M. Blanche nos cuenta la manera de trabajar en la pintura, en la escultura y en el dibujo. En cuanto a la personalidad como hombre y como artista, las observaciones de carácter técnico y las de psicología en M. Degas nadie las ha captado con tanto acierto como Jacques-Emile Blanche.

Termina el interesante libro de John Rewald con unos juicios críticos de acertada visión plástica en lo que se refiere al modelado como ejecución de escultor que domina el oficio con más brío de dibujante que de escultor "modelador"; y en este aspecto recuerda lo que bien pudiéramos llamar el parentesco espiritual con el modelado del gran Renoir; muy distintos, aunque en ellos existen semejanzas en el *esprit* francés y contemporáneo.

Entre la copiosa serie de láminas, particularmente hay seis que reproducen unas bailarinas españolas en distintas actitudes coreográficas, en cuyas obras el autor ha *encontrado* no sólo la plenitud de un oficio que *se hace arte*, sino también la esencia del espíritu, de la forma en la violencia del movimiento y en la expresión moral de los modelos. Las reproducciones de estas bailarinas españolas son tan justas de valores en el claroscuro y en el modelado de los volúmenes que en ellas podemos apreciar la manera de convertir el oficio en arte; ejecutadas en pastelina, en barro o en cera, en ellas están fijadas "las más conmovedoras impresiones de la vida". Las fotografías fueron realizadas con tanta limpieza y con tanto verismo fotográfico que en

ellas podemos seguir el estremecimiento nervioso de la mano, creando el modelado con un realismo amplio y *autobiográfico* en cuanto al espíritu crítico, agudo y penetrante de M. Degas. Otra de las observaciones que podemos hacer en el libro de M. John Rewald, es la de apreciar las semejanzas de orden técnico, de espíritu de la época y de coincidencia antiacadémica entre Degas y Renoir, pues siendo distintos, los dos poseen un parentesco espiritual de raza y de tradición: dos líneas paralelas que no se unen si no es en el infinito y en la infinita inquietud por mantener una personalidad propia y viril; ellos justifican con su arte "muy antiguo y muy moderno" el pensamiento de otro francés ilustre, M. Viollet-le-Duc: "Todo estilo buscado se llama *manera*. La manera envejece; el estilo, jamás."

También se reproducen admirablemente en el libro varios trabajos dedicados por Degas a los caballos en movimiento. En los juicios críticos que hace M. John Rewald, se observa que ha estudiado la afición de M. Degas por las carreras de caballos, y, en ellas, lo mucho que el maestro supo captar en los movimientos y actitudes, en la expresión individual y física de las poses, y en el carácter de raza de los caballos de pura sangre o de tipo mezclado. Sólo con las referidas reproducciones se puede apreciar en el modelado y en el espíritu de la forma el amor que Degas sentía por la belleza y por la precisión de la estructura anatómica de los caballos en movimiento, en donde siempre puso tanta intensidad como concisión. Por haber seguido durante muchos años a la crítica en París sé que algunos escultores reprochan a Degas el emplear una ejecución un poco endeble y de sacrificar el sentido plástico por "la vivacidad de un dibujo impresionista". Mas yo creo, con el gran crítico de arte M. A. Basler, que hay en Degas un aristocratismo verdadero en el balanceo natural, "en la elegancia flexible, en la sensibilidad y en la inteligencia de sus formas, en la gracia de los gestos y en la soltura de proporciones": consideraciones que coinciden con las expuestas en el libro de M. John Rewald. En cuanto al aspecto realista de M. Degas, que sea en sus bailarinas, en sus caballos o en sus cabezas y torsos, no hay más que observar detenidamente las admirables láminas del libro para darse cuenta de la razón de M. John Rewald al defender la importancia de M. Degas como pintor que modela y como creador en la escultura. No es la primera vez que al escribir sobre la escultura moderna he defendido la relación en lo que se refiere a la plástica moderna como elemento que proviene de los pintores realistas o naturalistas.

En fin, para terminar con estas notas sobre la obra escultórica de un artista eminente y que amó los motivos españoles, creo conviene

decir, con M. John Rewald, que si Degas no posee como Rodin la exaltación lírica, ciertos torsos en bronce de M. Degas son entre los más fuertes y las más conmovedoras producciones de la estatuaria contemporánea.—FRANCISCO POMPEY.

CIRO FÉLIX TRIGO: *Las constituciones de Bolivia*. Instituto de Cultura Hispánica e Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1953.

La colección que viene dedicando el Instituto de Cultura Hispánica a la presentación de las diferentes constituciones hispanoamericanas alcanza con este libro, publicado como los anteriores bajo la dirección de Manuel Fraga Iribarne, el número trece de sus volúmenes. El autor, Félix Trigo, es un universitario prestigioso, profesor de la universidad mayor de San Andrés, y su obra constituye un hito más de los que en fecha próxima consolidarán esta obra como una auténtica enciclopedia iberoamericana de derecho constitucional.

Comienza la obra con un estudio sistematizado del medio físico, la evolución histórica y la organización republicana. Seguidamente, manteniendo la sistemática utilizada por algunos profesores del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, analiza en un capítulo especial la teoría y la realidad constitucional, haciendo un análisis detenido de los ciento treinta y tres años de vida republicana con que cuenta Bolivia, en lo que ha venido demostrando hallarse todavía en la adolescencia desde el punto de vista político e institucional, como prueban las 14 constituciones y los 56 presidentes, triunviratos y juntas de gobierno que han desempeñado la suprema magistratura de la nación a lo largo de un siglo y cuarto de restauración republicana.

El balance que arroja este lapso de tiempo muestra la presencia de dos fuerzas inconfundibles y antagónicas que luchaban en el escenario boliviano: el legalismo y la arbitrariedad. Mientras que la nación ha prosperado se ha encontrado a sí misma y ha dado expansión a su grandeza moral durante los regímenes legales; los regímenes de arbitrariedad y tiranía la han traído atraso, desmembraciones territoriales y abyección; por esta causa el autor de la obra declara tarea trascendental la de "proseguir sin desmayos el ejercicio de una amplia pedagogía constitucional hasta generalizar la educación de los ciudadanos para la práctica de las instituciones democráticas".

Con este propósito el profesor Trigo analiza, a partir de un estudio que las coloca en su tiempo concreto, las constituciones bolivianas de los años 1826, 1831, 1834, 1839, 1843, 1851, 1851, 1861, 1868, 1871, 1878, 1880, 1938, 1945 y 1947; en todos estos estudios el autor ha

atendido con gran cuidado la determinación de las circunstancias no sólo políticas, sino también sociológicas y culturales, que concurrieron a la aparición del texto constitucional, realizando a la vez de un estudio jurídico un importante trabajo de aclaración sobre los supuestos que informan las distintas instituciones.

El libro comprende también una copiosa antología política en la que se transcriben todos los documentos, proclamas, actas y mensajes de importancia para el estudio de la historia boliviana, así como una cuidada reproducción de todos los textos constitucionales, incluidos por orden cronológico, un abundante estudio bibliográfico y una lista de todos los presidentes de Bolivia.

“Las constituciones de Bolivia” puede constituir un legítimo orgullo para su autor y editores y un modelo para cuantos intenten reflejar la realidad constitucional de los países hispanoamericanos para el mejor conocimiento de los pueblos hispánicos y a una mayor información de sus grupos dirigentes.—RAÚL CHAVARRI.

CARLOS ZUBIZARRETA: *Capitanes de la aventura*. Ediciones Cultura Hispánica.

El profesor paraguayo Carlos Zubizarreta ha escrito un libro por muchas razones importante: en primer lugar, por ir dedicado a dos de las figuras más meritorias y al mismo tiempo menos estudiadas de cuantas desempeñaron un papel importante en el descubrimiento y conquista de América; en segundo lugar, por el intento que supone abrir perspectivas más amenas a la exposición de nuestra historia, tendiendo a demostrar el contenido humano que se esconde en la relación de los hechos y la trabazón interna de los distintos acontecimientos; en último término, el interés de este libro se cifra en transmitirnos un fragmento de la historia del Paraguay, escrito por uno de los intelectuales más prestigiosos del país.

“Capitanes de la aventura” es en realidad un libro doble, cuya primera mitad recoge la historia y la epopeya de Alvar Núñez Cabeza de Vaca hasta el momento en que sus contemporáneos dejan de transmitirnos el eco de su paso, transcribiendo un documento existente todavía en el Archivo Nacional de Asunción, en el que con fecha 18 de marzo de 1551 se le condena a la cesación perpetua de los oficios de gobernador y adelantado, desterrándole de las Indias y condenándole a servir por cinco años en Orán, bajo las banderas del Emperador. La segunda mitad de la obra narra una historia tan afortunada como desventurada fuera la de Alvar Núñez, la de Domingo

Martínez de Irala, el conquistador vascongado acompañado de la suerte en casi todas sus empresas e igualmente gobernador del Paraguay en circunstancias difíciles, pero resueltas con gran habilidad.

La obra entera constituye un ejemplo de hacer historia quizá un poco a la manera clásica, pues en el paralelismo entre los dos capitanes no está el autor muy alejado de propósitos análogos a los de los historiadores de la antigüedad. El contraste entre el fin oscuro del soñador Alvar Núñez y la muerte edificante del realista Irala nos ofrece algo así como las dos caras de una medalla igualmente meritorias y al mismo tiempo representativas de las distintas mentalidades, anhelos y propósitos que contribuyeron a realizar "la más grande ocasión que conocieron los siglos".—RAÚL CHAVARRI.

C. W. CERAM: *El misterio de los hititas*. Editorial Destino. Barcelona, 283 págs.

En un tiempo como el que nos ha tocado vivir, en que la aventura del espacio ha sido ya iniciada y en el que se habla de la posibilidad de comunicación con mundos estelares habitados, no deja de resultar paradójico el quehacer de la arqueología. Civilizaciones perdidas, como sumergidas en el abismo de milenios, aparecen a la luz de la investigación y comparten las columnas de la prensa diaria con las noticias más radicalmente actuales. Apenas hace unos meses se daba cuenta del descubrimiento de las estaciones prehistóricas del Sahara, misión Henri Lhote. La riqueza pictórica y etnológica de este descubrimiento es incalculable. En todo caso, arqueólogos o investigadores interplanetarios provocan un escalofrío en el hombre. El misterio está ahí: a la espalda y al frente. Al fin y al cabo, uno piensa que de desvelarse el pasado o el futuro llegaríamos al mismo conocimiento.

"El misterio de los hititas", de C. W. Ceram, autor de "Dioses, tumbas y sabios", posee la indiscutible virtud de provocar ese extraño escalofrío en el lector. Resulta hasta cierto punto asombroso que una civilización como la de los hititas —1.800 a. C.— haya podido permanecer ignorada hasta hace relativamente pocos años. Debe tenerse presente, en este sentido, que el Imperio Hitita, por su estructuración política y cultural y económica, pudo competir en fortaleza con el Egipto de los faraones. Algunos puntos de la historia egipcia han tenido que ser revisados. Las crónicas de la batalla de Kades, que cantaban la victoria de Ramsés II, han caído por tierra. A la luz de las tablillas hititas se ha descubierto cómo Ramsés II sufrió un descala-

bro en el que estuvo a punto de perder la vida. La importancia e influencia del pueblo de Hatti en la antigüedad es hoy considerada como decisiva. Los límites geográficos del Imperio Hitita, dentro de Turquía (Anatolia), y zonas de influencia, abarcan una extensión considerable: desde el Mar Negro al Norte de Egipto. El sentido político de los hititas —monarquía feudal electiva, ciudades-estados sometidas a una federación central— asombra por su modernidad. En cuanto a la literatura, el hallazgo de “Las oraciones en tiempo de peste”, debidas al rey Mursil, ha sido definitivo. La crítica literaria ha comparado estas “Oraciones” con el “Libro de Job”, basándose en el común espíritu de rebelión que informa a ambas obras.

C. W. Ceram utiliza en este libro parecida técnica que la que empleó en “Dioses, tumbas y sabios”. Estamos en el tiempo del libro que se ha venido a designar con el nombre de “libro vivo”. Un libro vivo —para entendernos— es aquel que narra directamente una experiencia, dotándola de la precisa claridad y actualidad. Los más recientes estudios ensayísticos, los de Camus son buen ejemplo, parece que no pretenden otra cosa. Viene a ser como una exigencia técnica de nuestro tiempo. “El misterio de los hititas” es, en este sentido, un libro de fácil, apasionante lectura, sin que por ello pierda su carácter científico. A ello une una rica bibliografía y numerosos fotografías. No se trata, dice el propio Ceram, de una novela de la hititología, pero sí puede considerarse como una crónica. En efecto, a lo largo de sus páginas se nos cuentan los trabajos de los hititólogos; excavaciones bajo las interminables lluvias de Anatolia, enfermedades provocadas por un clima maligno, investigaciones fustigadas por la esperanza o el desaliento, complicados desciframientos de las tablillas escritas con signos extraños. De este modo se nos hace partícipes de la gran aventura del descubrimiento y se va perfilando, a medida que se interpretan los objetos desenterrados, la gran realidad de un Imperio perdido. De aquí —de esta técnica narrativa— el escalofrío que nos provoca la lectura.—JOSÉ MARÍA DE QUINTO.

SLAVOMIR RAWICZ: *La increíble caminata*. Ediciones Destino. Barcelona. 295 páginas.

Otra vez el pleito novela o reportaje. ¿Qué es este libro? ¿Novela? ¿Reportaje? De atenernos a la nota de los editores no es más que un reportaje en el que se narra la odisea de ocho fugitivos evadidos de un campo de concentración ruso. Ocho fugitivos que recorrieron siete mil kilómetros a pie, desde Yakutsk a la India. Pero, de con-

siderarse detenidamente su lectura, nos encontramos con que este relato bien pudiera pasar por novela y no novela despreciable. ¿Qué distingue, pues, a la novela del reportaje? ¿Qué distinción podría hacerse, máxime en este tiempo en que la aventura del hombre ha llegado a extremos inverosímiles? En la novela, se dice, participa lo imaginativo; en la novela, se afirma por los preceptistas, existe un estudio de caracteres. ¿No parece más imaginativa que real esta historia que nos cuenta Slavomir Rawicz? ¿No se revelan de tan penosas y extremas situaciones caracteres firmemente definidos? El pleito continúa planteado. En verdad que de este libro no se sabe hasta qué punto es novela o reportaje, o, lo que viene a ser lo mismo, bien poco importa que sea lo uno o lo otro, porque si es lo uno puede pensarse que la novela ha sido excedida por el reportaje, y de ser lo otro siempre cabe pensar que el reportaje ha sido excedido por la novela.

De cualquier modo, el lector de "La increíble caminata" se encuentra ante uno de los libros más impresionantes de esta época. Esa inverosímil andadura, que comienza en Siberia y finaliza en la India, es una de las historias más patéticas de nuestro tiempo, uno de los documentos de la resistencia humana llevada al extremo. Independientemente del valor documental —torturas de la Lubyanka, vida de un campo de concentración— hay que celebrar en este relato de Rawicz la precisión y desapasionamiento con que se nos narran las penosas jornadas del viaje. Los evadidos del campo de concentración número 303 son siete, contando a Rawicz. Cerca del lago Baikal se incorpora al grupo una muchacha polaca, fugitiva de un koljós. Juntos emprenden el camino de nuevo. Atraviesan el ferrocarril transiberiano y penetran en Mongolia. Cruzan el desierto de Gobi atormentados por la sed y el hambre. Entran en el Tíbet, pasan cerca de Lhasa. Trasponen el Himalaya y dan por fin con la India. Cuatro de los ocho evadidos han quedado por el camino —el hambre, el frío, enfermedades extrañas— y los otros cuatro son internados en un sanatorio donde se ven obligados a permanecer varios meses en convalecencia.

De este modo podría resumirse esta increíble caminata de siete mil kilómetros. Pero, independientemente del esfuerzo humano que supone, no debe olvidarse que nos hallamos ante un libro de viajes, y, en este sentido, su riqueza indirectamente alcanzada bien merece subrayarse. El paisaje constituye parte esencial de este libro, viene a ser como una de las resistencias a vencer. Una geografía enemiga del hombre surge a cada paso. Es un paisaje tenso y cambiante, constantemente dispuesto y enfurecido. Junto con el paisaje, formando parte de él, se nos da noticia del hombre. Aunque la andadura hay que

hacerla poco menos que a escondidas, algunos de sus trancos en noche bien cerrada, los fugitivos no pueden evitar el encuentro con los nativos y con perdidas aldeas en donde procuran avituallarse. De estos encuentros, la noticia de ricos mongoles, de caravanas de mercaderes en viaje, de los solitarios pastores tibetanos.

Un estilo claro y directo linealmente desarrollado hace fácil la lectura, en la que se agradece la cuidada versión de Rafael Vázquez Zamora.—JOSÉ MARÍA DE QUINTO.

ANÍBAL ISMODES CAIRO: *Lecciones de introducción a la sociología*. Biblioteca de la Sociedad Peruana de Sociología. Lima, 1958.

Es el rigor, sin duda, la característica más acusada de estas *Lecciones de introducción a la sociología*, de la que es autor el catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, doctor Aníbal Ismodes Cairo. El rigor es, por otra parte, el mínimo que ha de satisfacer toda obra de carácter universitario para dar de fe de su inconfundible estilo y la condición exigida para el pleno cumplimiento de su fin docente. Pero en la obra cuyo comentario nos ocupa hallamos ese rigor presidiendo las líneas fundamentales de su estructura, contenido y finalidad pedagógica. Cosa que no es frecuente entre los manuales de la ciencia sociológica cuyos autores, en ocasiones, no tienen presente, desde el arranque, que tras el punto final de cada capítulo debe quedar expuesta una porción de materia científica, perfectamente ordenada con arreglo a un criterio de método o cronología, según lo exijan las circunstancias, y al mismo tiempo en actitud de articulación con los conocimientos precedentes y los que han de ir llegando sucesivamente, hasta culminar el ciclo propuesto.

Aunque en el índice de la obra no se señala, implícitamente se pueden apreciar cuatro partes fundamentales en ella. Una primera, destinada a exponer una serie de cuestiones preliminares y de método. A continuación, una segunda parte, que nos ofrece una visión histórica arrancando de los llamados "pueblos prealfabetos", y revisando los aspectos más destacados del pensamiento clásico, del cristianismo, del mundo renacentista, el nacimiento de la idea de Estado y las consecuencias de su explicación teórica, hasta llegar al momento del nacimiento de la ciencia sociológica con Comte, en el mundo de las ideas, y la irrupción de las masas en el mundo real de la sociedad y la política, es decir, su ascensión a un plano histórico cuyas consecuencias se alargan a nuestros días. El examen de la revolución industrial y sus lógicas consecuencias teóricas —el marxismo— cierran este

panorama histórico para dejar paso a esta supuesta tercera parte del tratado, que enfoca el estudio de las principales escuelas o sociologías nacionales, siguiendo siempre un estricto criterio histórico. Se examinan a lo largo de esta parte las escuelas francesa, inglesa, norteamericana, alemana, ya tradicionales en este tipo de estudios, y se abre un capítulo para estudiar en visión de conjunto los aspectos más destacados de los estudios sociológicos llevados a cabo en el mundo hispanoamericano, singularmente en Argentina, Brasil, Chile, Méjico y Perú. Estudios que en estos países no han sido movidos solamente por la búsqueda *de convicciones metafísicas, sino que han intentado llegar a las conclusiones en el campo realista de la política.*

En cuanto a su raigambre, señala Aníbal Ismodes: "Ha sido el positivismo filosófico el tipo de pensamiento que más ha influido en la vida cultural sociológica de América latina. El positivismo se ha manifestado incluso en la vida política y religiosa de algunos pueblos. En Argentina, los trabajos sociológicos cuentan con el aliento de las Universidades empeñadas en obtener normas para superarse. En el Brasil, quizás más que en parte alguna de América latina, se ha llegado a logros de estudio sobresalientes; en Chile hay vena para un trabajo posterior; en Méjico, la colaboración de diversos autores ha favorecido el auge de los estudios sociológicos. En el Perú podríamos hablar de antecedentes muy remotos del pensamiento social. No de una sociología. En todo caso, es a partir del drama de la guerra con Chile cuando comenzamos a explorar nuestra realidad social. La obra de Manuel González Prada, de Francisco Calderón, tiene sus méritos respectivos. El sociólogo que más ha destacado es Mariano H. Cornejo, introductor de esta ciencia en la Universidad, en donde tuvo que luchar contra resistencias interesadas y necias. La obra de Cornejo tiene el defecto sustancial de no atender a la realidad peruana ni siquiera ejemplarmente. El auténtico pensamiento sociológico peruano se deriva de la tarea de José Carlos Mariategui, quien en los "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana" esbozó y señaló las grandes rutas de una temática social peruana." Esta es la breve síntesis que cierra el capítulo dedicado al estudio de la sociología americana, y que preferimos transcribir en su integridad por estimar que facilita la idea de conjunto más eficaz sobre este tema, toda vez que el resumen es obra del autor y nos evita la reseña y composición de párrafos aislados capaces de aproximarse a la versión auténtica.

Recoge la última parte del libro una serie de capítulos a través de los cuales se exponen los temas de la sociología, es decir: la posición de los grupos sociales, los factores que provocan su nacimiento

y el análisis de la sistemática y de la dinámica de esos grupos. Desfilan por esta revisión la familia, el Estado, los partidos políticos, clases y estamentos, y los aspectos sociales de la religión. Falta, a nuestro entender, un capítulo, o apartado concreto, que se enfrente con el estudio, aunque sistemático y breve, de los grupos sindicales. Y extraña más su ausencia cuando se constata que la obra en general ha sido redactada con arreglo a un criterio de gran modernidad y sin que falten las más recientes novedades introducidas en los últimos tiempos dentro de este campo de las ciencias sociales. Ausencia que en nada desmerece el gran acierto que supone la totalidad del volumen, pero que no queremos silenciar pensando, sobre todo, en que es posible que no pase mucho tiempo para que sea necesaria una nueva edición, dado el marcado carácter pedagógico de la obra.—ANTONIO AMADO.

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

CARRO, Venancio Diego: <i>El Emperador Carlos V, la verdadera reforma de la Iglesia y el Concilio de Trento</i>	5
DELGADO, Jaime: <i>Lo nuestro</i>	26
TUDELA, Mariano: <i>El aburrimiento</i>	33
RODRÍGUEZ SPITERI, Carlos: <i>Los sollozos</i>	39
GARCÍA HIRSCHFELD, Carlos, S. J.: <i>Valor religioso en la obra de Leopoldo Panero</i>	46

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

XYZ: <i>Notas de lector</i>	65
TIJERAS, Eduardo: <i>Noticia sobre la colección "Leopoldo Alas"</i>	68
GARCÍASOL, Ramón de: <i>Ortega y Gasset</i>	72
SÁNCHEZ CAMARGO, Manuel: <i>Indice de exposiciones</i>	75

Sección bibliográfica:

GARCÍA, Romano: "Teoría del saber histórico"	79
POMPEY, Francisco: "Degás. Esculturas"	86
CHAVARRI, Raúl: "Las constituciones de Bolivia"	90
CHAVARRI, Raúl: "Capitanes de la aventura"	91
QUINTO, José María de: "El misterio de los hiritas"	92
QUINTO, José María de: "La increíble caminata"	93
AMADO, Antonio: "Lecciones de introducción a la sociología"	95

Portada y dibujos del dibujante español Iglesias Marquet. En páginas de color, el trabajo *Documentación de los Angeles Músicos en México*, de Salvador Moreno.

HISPANOAMERICA A LA VISTA

DOCUMENTACION DE LOS ANGELES MUSICOS
EN MEXICO (*)

POR

SALVADOR MORENO

(*) La primera parte de este excelente trabajo de investigación fué publicada en el número 106 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (octubre, 1958, páginas 59-70).

SIGLO XVI

ACOLMÁN, Monasterio de. Iglesia. Portada principal. Esculturas pertenecientes al estilo plateresco, del que esta iglesia es en México el único ejemplar puro. En los nichos centrales, acompañando al Niño Jesús, dos ángeles tocan:

Guitarra y chirimía.

CALPÁN, Monasterio de. Capillas posas. Bajorrelieve que representa el Juicio final, tomado, según Manuel Toussaint, de una gramática latina del siglo xv. Un ángel toca:

Trompeta (corta).

CUAUHTINCHAN, Iglesia principal de. Retablo central. Pinturas de Juan de Arrúe. "Adoración de los Pastores". Un pastor toca:

Gaita (Cornamusa).

EPAZOYUGAN, Convento. Claustro bajo. Pinturas al frêsko, consideradas como "las más notables en su género en Nueva España", según Toussaint, quien las atribuye al pintor flamenco Juan Gerson. "Muerte de la Virgen". Seis ángeles, tres a cada lado de los ángulos superiores, tocan:

Trompeta, órgano portátil, guitarra.

HUAQUECHULA, Iglesia. Portada. Estilo llamado *plateresco mexicano*. Bajorrelieve, copiado seguramente de algún grabado. Representa el Juicio Final. Cuatro ángeles, dos a cada lado de Dios, tocan:

Trompeta recta.

MÉXICO, D. F. Academia de San Carlos. Galería de Pinturas. Cuadro "Santa Cecilia", atribuido al pintor flamenco Simón Pereyus, que llegó a México a mediados del siglo. Siete ángeles tocan instrumentos, otros cantan, y la santa parece meditar musicalmente ante un libro (sobre la mesa, otro libro deja ver notación musical):

Dos órganos portátiles, tres laúdes y una flauta travesera.

MEZTITIAN, Iglesia principal de. Portada. Esculturas. Estilo *plateresco popular*, resultando de la copia del plateresco de Acolmán. En los nichos centrales, acompañando al Niño Jesús, dos ángeles tocan:

Guitarra y chirimía.

MILPA ALTA, D. F. Iglesia franciscana de. Retablo. Bajorrelieve estofado y policromado (lo único que queda del antiguo retablo renacentista-popular). Representa la Asunción de la Virgen. Cuatro ángeles tocan instrumentos y otros dos señalan con un dedo sobre los libros la notación musical:

Viola da gamba, laúd, chirimía y cuerno.

PUEBLA, Casa del Deán. Interior. Muros. Frescos (?). Angeles músicos en los dibujos de ornamentación de las cenefas. Instrumentos caprichosos, o poco definidos.

TECALI, Convento. Claustro. Frescos. Angeles en los dibujos de ornamentación de las cenefas:

Trompeta (con orificios y en forma de cuerno).

TEXCOCO, Iglesia de la Concepción. Puerta exterior. Esculturas. Dos ángeles músicos.

TIZAPÁN, Iglesia (antigua *Capilla Abierta*). Frescos. Esta capilla fue levantada, según la tradición, en el lugar y con las propias piedras del palacio de Xicotécatl. Los soldados españoles o los indios tlaxcaltecas cubrieron los muros y los techos con pinturas —blanco, negro, azul, tierras— que representan al Padre Eterno lleno de gloria y majestad, acompañado por multitud de ángeles. Los del grupo de la derecha del Arco del Triunfo tocan instrumentos de viento, y leen notación musical sobre un libro que se despliega sobre un atril descomunal:

Bombarda, añafil (pifano) y chirimía (?).

YURERIA, Iglesia del Convento. Portada principal. Esculturas. Estilo plateresco popular, resultando también de la copia del plateresco

puro de Acolmán. En los nichos del centro, acompañando al Niño Jesús, dos ángeles tocan:

Guitarra y chirimía.

SIGLO XVII

MÉXICO, D. F. Academia de San Carlos. Galería de pinturas. "Asunción de la Virgen", de Alonso López de Herrera. En los ángulos superiores cuatro ángeles, dos de cada lado, tocan:

Organo portátil, laúd, violín y trompeta de cuerno.

"Ángeles músicos", de Juan Correa. En el centro del cuadro, el Niño Jesús marca el compás con una mano, mientras con la otra sostiene un libro cubierto de notación musical. Seis ángeles niños tañen instrumentos y uno canta leyendo en un libro de música.

Bajo de viola, violín, laúd, cuerno, corneta y dos pequeños timbales.

"Desposorios de la Virgen", de Sebastián López de Arteaga. Detrás de los personajes principales, algunos ángeles músicos.

Biblioteca. "Martirio de San Lorenzo", de José Juárez. En la parte alta del cuadro, un doble coro de ángeles músicos. En el centro de cada coro un ángel dirige; otros, cantan o tocan instrumentos:

Arpas, flautas, laúd, bajo de viola, sacabuche.

Catedral. Fachada principal. Sobre la puerta principal, alto relieve. "Asunción de la Virgen", de Nicolás Jiménez (1687). Tres de los ángeles que rodean a la Virgen tocan:

Arpa, guitarra y trompeta.

Catedral. Fachada principal. Sobre una de las puertas laterales, alto relieve en mármol. "La barca de San Pedro", de ¿Nicolás Jiménez? Los cuatro evangelistas tocan, a los cuatro vientos, largas.

Trompetas.

Catedral. Interior. Segunda capilla lateral derecha. Lienzo en arco de medio punto, que remataba sin duda la Ascensión de la Virgen. Cristo rodeado de ángeles músicos:

Organo portátil, flauta recta, viola da gamba, laúd y arpa.

Catedral. Sacristía. Lienzos. "Asunción de la Virgen" y "Entrada de Jesús en Jerusalén", de Juan Correa. "La Iglesia militante" y "La

Iglesia triunfante”, de Cristóbal de Villalpando. Sorprendente cantidad de ángeles músicos que cantan, leen papeles de música, tocan instrumentos o incluso los afinan:

Organos (portátiles de diferentes tamaños), violas (da gamba, da braccio), bajos de viola, violines, laúdes, vihuelas, arpas, flautas (rectas y traverseras), trompetas (de metal y de cuerno, rectas y curvas).

Escuela Nacional Preparatoria. Altos relieves en madera, de la sillería que perteneció al coro de la iglesia de San Agustín. Escenas principalmente bíblicas, como la cuarta del “Apocalipsis”, en la que aparecen los veinticuatro ancianos con sus instrumentos musicales.

Museo Nacional de Historia. Miniatura. “La Concepción”, de Andrés Lagarto (1622). Cuatro ángeles músicos.

Museo Nacional de Historia. Lienzo. “La Conquista”. Interesante cuadro que representa algunos episodios de la toma de la ciudad de México (la gran Tenostitlán). Un grupo de músicos indígenas, sobre una barca (chalupa), tocan instrumentos autóctonos y danzan. En tierra, un indígena carga sobre la espalda un *teponaztli*, que otro toca. Dos españoles, a caballo, tocan *trompetas (añafiles)* engalanadas, y uno, a pie, un *tambor*:

Huehuettl, teponaztli, sonaja, añafil y atambor.

PUEBLA, Iglesia de San Cristóbal. Relieve de estuco dorado y policromado, en la decoración interior de la cúpula central. El gremio de yeseros, al imitar el estilo “barroco”, creó un tipo de artesanía artística popular conocido como “barroco poblano”, que influyó en la decoración de iglesias en varias poblaciones del país. Siete ángeles tañen instrumentos y un octavo los dirige, con *batuta*, mostrando una *partitura* de tamaño colosal (en la que se ve escritura musical trocada por el albañil y decorador, que firma, al reparar estos relieves: O. D. González. Enero 1948):

Trompeta (recta), trompeta (curva), sacabuche, bajoncillo, arpa, guitarrón y órgano portátil.

Catedral. Altar de los reyes. Lienzo. “Asunción de la Virgen”, del pintor valenciano Pedro García Ferrer. Grupo de ángeles músicos.

Capilla del Espíritu Santo. Cuadro. “La Magdalena”. Un ángel músico.

Cúpula del altar de los reyes (interior). Pinturas murales al óleo (?). Cerca de la ventana del lado izquierdo de la cúpula se lee la firma: José de la Encarnación Sesa (o Sela). No sabemos si esta firma co-

responderá al pintor o sea la de algún restaurador. En la ventana central una fecha: 1688 (ó 69). Diversos grupos de ángeles tocan:

Organo, laúd, arpa, serpenión.

Organo. Esculturas en madera tallada y policromada. Por el lado del coro siete ángeles grandes y dos pequeños. Por el lado de fuera diez ángeles grandes:

Trompetas, sacabuches, flautas, violas.

(Otro órgano, más pequeño, firmado y fechado: Florencio Maldonado (1)766. No sabemos si este nombre y fecha se refiere a algún restaurador.)

Museo "Bello". Miniatura. "La adoración de los pastores", de Luis Lagarto. Un ángel toca:

Laúd.

Museo "Bello". Orfebrería en plata; pequeña orquesta de ángeles músicos.

TEPOZOTLAN, Convento de. Cuadro "La glorificación de San Ignacio", de Villalpando. Algunos ángeles músicos.

TEXMELUCAN, Iglesia del Convento Franciscano de Guadalupe. Cuadro con una inscripción que dice: "Se terminó este lienzo el año 1688. Se renovó por segunda vez el año 1777." Firma Juan Manuel Ibáñez, el autor de la copia del llamado "Lienzo de Tlaxcala". Ángeles tocan:

Laúd, salterio, bajo de viola y trompeta (de cuerno).

TIZATLAN, Iglesia (antigua "Capilla abierta"). Cuadro que representa el bautismo de los senadores traxcaltecas. Un ángel toca:

Laúd.

Queremos consignar aquí, por pertenecer al siglo XVII, el libro "Grandeza Mexicana", de Bernardo de Balbuena. Impreso en México el año 1604. Grabado. Sobre el óvalo que encierra el retrato del autor, el ángel de la fama toca su larga *trompeta*. En la dedicatoria al arzobispo don García de Mendoza y Zúñiga, y al referirse a la entrada de éste en la ciudad de México, dice Bernardo de Balbuena: "la música de las *campanas*..., el ruido de las *trompetas*". Al hacer la descripción de la ciudad caracteriza algunos instrumentos: "el ronco son del *atambor*", "el *clarín* Santo, a cuyo son de guerra tiembla

el infierno". De las monjas de la Concepción dice: "cuyas gargantas suenan a cielos". También nos habla de algunos esparcimientos ciudadanos, como: "justas, saraos, conciertos agradables, músicas, pasatiempos y visitas".

SIGLO XVIII

AMECAMECA, Iglesia de. Retablo de San José. Escultura. En el remate del nicho central, ángel tocando:

Trompeta.

ATLIXCO, Hospital de San Juan de Dios. Claustro bajo. Cuadros que narran la vida del Santo. En uno de ellos se lee la firma Luis Beruero. En el que representa "Las tentaciones de San Juan de Dios", un grupo de atractivas mujeres tocan instrumentos musicales:

Arpa...

CHOLULA, Capilla Real (antigua "Capilla abierta"). Varios cuadros y restos de lienzos, con ángeles músicos:

Laúdes, bajoncillos, violas...

CHURUBUSCO, D. F. Convento (actualmente convertido en museo). Orfebrería. Algunos ángeles músicos en los adornos de un relicario.

IXMIQUILPAN, Iglesia del Carmen. Un ángel músico.

MÉXICO, D. F. Catedral. Organos, ornamentados con esculturas en madera dorada. Estos órganos datan de 1736 y se deben a José Naserre. Los ángeles tocan instrumentos casi reales:

Laúdes, violas, violines, guitarras, cornetas, trompeta marina, gaita (o cornamusa).

Iglesia de Belén. Coro bajo. Lienzos con ángeles músicos.

Casa-palacio (llamada de la marquesa de Uluapa), en la calle de 5 de febrero, núm. 18. Esculturas en piedra. Se encontraban originalmente en la azotea, pero al ser reformada la casa para adaptarla a oficinas, quedaron bajo techo o medio empotradas en los muros. Son raros ejemplos de representación musical civil. Tres hombres con:

Arpa, guitarra y chirimía con tamboriles.

(En los corredores pueden verse algunos azulejos con figuras e instrumentos musicales, como un *laúd*...)

Basilica de Guadalupe. Sacristía. Esculturas en madera. Restos, o parte, de la sillería que perteneció a la iglesia de San Fernando. En

los remates aún pueden verse ángeles músicos, pero ya sin instrumentos (con excepción de la caja armónica de un arpa). Por las actitudes puede deducirse de qué instrumentos se trataba:

Laúd, guitarra, violín, corneta, flauta.

Museo de Arte Religioso. Bordados. El espléndido terno bordado por las religiosas del convento de Santa Rosa de Puebla, que aquí se conserva, está considerado como uno de los más ricos del arte churrigueresco. Tanto la capa pluvial como la casulla y las dalmáticas están cubiertas de ángeles músicos —más de sesenta— (algunas veces la simetría decorativa los obliga a tocar con la mano contraria, impropia a la técnica del instrumento, que unas veces están inclinados hacia la derecha o hacia la izquierda):

Arpas, espinetas, laúdes, violines, flautas, trompetas, trompas, tamboriles.

Museo de Arte Religioso. Miniaturas en libros de coro. En uno de ellos, ocupando toda una página, "El Nacimiento de Cristo". Un coro de ángeles con:

Violín, bajo de viola, laúd y flauta.

Museo Nacional de Historia. Pinturas de Jerónimo de Zendejas (1797); grandes lienzos que, a manera de biombo, decoraban la botica de Alconedo en la ciudad de Puebla. Representación alegórica de las artes. La música por dos hermosas mujeres con:

Lira y órgano portátil.

Museo Nacional de Historia. Cuadro (pintura de tipo popular); "El bautismo de Cristo", firmado por José Antonio de Estrada. Revoloteando en torno a Dios Padre, catorce ángeles músicos cantan y tocan (uno de ellos marca el compás):

Arpa, viola, vihuela (?), laúd, violín, flauta, trompeta, corneta, cuerno y bajoncillo.

Museo Nacional de Historia. Cuadro atribuido al pintor Valde-rrama; "El bautismo de Guauhtemoc". Tres muchachos, dos españoles y uno mexicano, aparecen con los instrumentos musicales apropiados para una ceremonia oficial y correspondientes a las dos culturas:

Trompeta, tambor y teponaztli.

Museo Nacional de Historia. Sala de arte popular. Escenas musicales de la vida popular y cortesana, en biombos, bateas, baulitos, etc.:

Arpas, guitarras...

Museo Nacional de Historia. Cuadro; retrato de monja profesas. En la corona de flores que adorna su cabeza, pequeños ángeles músicos de orfebrería.

Propiedad particular; señor Gonzalo Obregón. Esculturas para "Nacimiento" (juguetería religiosa); dos personajes vestidos a la usanza colonial, tocan:

Guitarra y violín.

(También un cuadro de monja profesas muy parecido al anotado más arriba, con pequeños ángeles músicos en el adorno de la corona.)

Iglesia de la Profesa. Relieve en piedra. Portada principal. Angulo superior izquierdo. Un ángel con:

Laúd.

Iglesia del Convento de San Angel. Cuadro. "La Trinidad", de Antonio Sánchez (1772). Algunos ángeles músicos. Otro cuadro representa al Rey David tocando el *arpa*, acompañado por ángeles músicos. En la capilla de Jesús Nazareno, un cuadro (de 1800) contiene una escena musical.

Iglesia de Santo Domingo. Relieve en piedra. Portada principal. Un ángel músico.

Iglesia de San Fernando. Relieve en piedra. Portada principal (1755). Un ángel con:

Guitarra.

Iglesia de San Fernando. Sacristía. Cuadro atribuido a José Páez. Representa una "Misa de Navidad"; religiosos y civiles cantan y tocan (leyendo particellas):

Violín y viola.

Iglesia de San Fernando, Interior de la. Grandes lienzos atribuidos al pintor José Páez, que representan "El éxtasis de San Francisco", "San Francisco consolado por la música" y "Glorificación de San Francisco". En uno de ellos, que llena el arco de medio punto, una inscripción describe la escena: "Poseído el santo de una profunda melancolía, ruega a uno de sus compañeros busque una *cítara*, para alentar con su melodía el caimiento de su espíritu; excúsase éste por el temor de algún escándalo, y envía Dios un ángel que le consuela con celestial armonía". Los ángeles de estos tres cuadros aparecen con:

Arpa, laúd, violín y bajo de viola.

Palacio de los condes de Santiago Calimalla, en la calle de Pino

Suárez. Patio principal. Escultura en piedra, adornando la fuente (1779). Una sirena con:

Guitarrita.

Fuente pública de la Tlaxpana (1737). Esculturas en piedra. Esta fuente fué completamente destruída. La registramos aquí por haber quedado testimonio de su importancia en litografías del siglo XIX y fotos del XX. El personaje que ocupaba el nicho central tocaba un hermoso ejemplar de *viola da gamba*. Y en los nichos laterales otras figuras también tocaban instrumentos (difíciles de reconocer en el material gráfico mencionado).

Colegio de San Ignacio ("Las Vizcaínas"). Coro de la capilla. Cuadros pintados por Miguel Jerónimo. "La muerte de San Ignacio" y "Entierro de San Ignacio". Pueden verse:

Organo, laúd, viola, arpa y flauta.

Colegio de San Ignacio. Museo. Juguetería religiosa. Gran variedad de ángeles músicos.

MILPA ALTA, Iglesia principal de. Sacristía. Cuadro. "El Apocalipsis". En el margen inferior, al centro, una inscripción en idioma náhuatl: "Y'lhucac Cuicanime. Tepettenchi Capilla 1706". La escena pertenece al capítulo cuarto que se refiere a los veinticuatro ancianos en torno al Cordero. Según el texto sagrado, tocaban cítaras. En este cuadro, como el pintor indígena seguramente no las conocía, han sido sustituidas por *laúdes*. En los dos extremos superiores, grupos de ángeles cantan y tocan:

Organo portátil, viola da gamba, violín, sacabuche, trompeta de cuerno y bajoncillo.

OAXACA. Iglesia de San Agustín. Cúpula (exterior). Esculturas de ángeles músicos. En la sacristía, un cuadro: "San Carlos Borromeo", con un ángel que toca:

Flauta.

En la misma sacristía, otro cuadro, "La ascensión de Jesús", del pintor Luis Juárez, con ángeles que tocan:

Trompeta, violín y guitarra.

Iglesia de Santo Domingo. Capilla del Rosario. Relieves de estuco dorado y policromado. Angeles con:

Arpa, viola, violín, flauta, guitarra y bajoncillo.

PACHUCA. Iglesia de San Francisco. Sacristía. Cuadro. "La muerte de San Francisco". En los ángulos superiores dos pequeños grupos de ángeles con:

Flautas y cítara.

PUEBLA. Iglesia de Santo Domingo. Capilla del Rosario. Relieves de estuco dorado y policromado. Angeles con gran variedad de instrumentos; algunos desconocidos o inexistentes, producto del barroquismo popular. Puede verse, sin embargo, un magnífico ejemplar de:

Orlo.

Iglesia de San Francisco. Capilla. Cuadro. "El éxtasis de San Francisco". Los dos últimos versos, en endecasílabos, que narran la escena dicen: "oyendo dulces trinos celestiales / que suavizen lo amargo de tus males". El ángel toca un:

Laúd.

Iglesia de la Merced. Coro. Lienzo que representa un episodio de la vida de San Pedro Nolasco, quien se olvidó de llamar a coro, librándolo del castigo la intervención de la Virgen María y un grupo de ángeles músicos vestidos de mercedarios. Los tres primeros versos de la décima que narra el milagro dicen "Enmudeció la *campana* / por descuido en noche fría / y bajó al coro María". El grupo de ángeles en torno a un gran facistol, en el que se ven libros de coro, cantan y tocan:

Bajo de viola, trompeta (de cuerno) y bajón.

Iglesia de la Merced. Convento. Claustro alto. Cuadro. "La muerte de San José", y otro, "La Purísima Concepción". En el primero, cinco ángeles tocan instrumentos musicales y uno más canta, marcando con la mano el compás:

Arpa, laúd, bajo de viola, chirimía y bajón.

En el segundo cuadro, ocho ángeles tocan: *violines, laúdes, tambores y trompas* (de estas últimas, a manera de sonido, salen las palabras: "Tú eres-Santa-Santa-Santa", con las cuales se completa una quintilla inscrita que dice "Tú, Concepción, oh María / En Cielo y Tierra se cantan / Diciendo con alegría / Y con suave melodía / Tú eres Santa-Santa-Santa").

PUEBLA, Universidad de. Escalera principal. Cuadro. "La Virgen de Guadalupe" (1788). Al pie de una inscripción en latín: "Plures

parit una corona", sobre un grupo de estudiantes, el Angel de la Fama vuela tocando su: *trompeta recta*.

QUERÉTARO. Iglesia de San Agustín. Coro. Un gran ex-voto, fechado en 1742, en el que una monja toca: *arpa*. Decoran la cúpula de esta iglesia, por fuera, algunas esculturas de ángeles músicos.

Iglesia de la Congregación. Coro. Un órgano firmado por Ignacio Casas. Sobre él, y completando la decoración barroca del mueble, algunos instrumentos casi reales, entre los que puede apreciarse un: *monocordio*.

TEXMELUCAN. Iglesia del convento franciscano. Al lado derecho del altar mayor, un cuadro, "Nacimiento de San Francisco", en cuyos ángulos superiores pueden verse grupos de ángeles músicos. En otro cuadro, de una de las capillas: "La Sagrada Familia servida por los ángeles", también en los ángulos superiores, con:

Viola, vihuela, órgano, trompeta, flauta y sacabuche.

El gran órgano de esta misma iglesia, construido en 1794 y reformado en 1919, está adornado con esculturas de talla dorada y policromada. El barroquismo convierte a los ángeles en sirenas. Bajo la gran repisa o galería que sostiene el órgano, otros ángeles-cariátides. Todos tocan:

Trompetas y trompas.

TLACOCHAHUAYA, Iglesia principal de. Portada. Escultura de San Jerónimo, con su *trompeta* del Juicio. En el coro, pequeño órgano decorado con pinturas; a cada lado un ángel con:

Laúd y violín.

TLACOLULA. Capilla del Rosario. Un grupo de ángeles músicos.

TLAXCALA. Santuario de Ocotlán. Orfebrería; custodia adornada con pequeños ángeles músicos. En una capilla, un cuadro de pintura popular representando a tres ángeles músicos; uno dirige y los otros dos tocan:

Laúd y viola da gamba.

TOLUCA, Museo de. Cuadro; pintura popular, que representa a dos ángeles que tocan *violín* y *cuerno* con orificios. Otro cuadro; "El Apocalipsis". Los instrumentos que exige el texto han sido sustituidos por pequeñas arpas. En los ángulos extremos, cuatro grandes libros, sostenidos por los símbolos de los evangelistas, muestran escritura mu-

sical, en neumas, y en cada uno la división de las voces: "Canus", "Tenor", "Altus" y "Bassus".

En el mismo museo, en una "Pira funeral", se lee: "Dice la muerte discreta, / que ajustes bien la Partida; / pues se acaba la Ampolleta / y a dar cuenta de tu vida / te llaman con la *trompeta*". Ilustra esta quintilla un personaje, junto al cual vuela una *trompeta*. La muerte aparece sentada escribiendo sobre un libro. Una filacteria que surge de ella cita a San Pablo: "In ictu oculi, in novissima *tuba*" (de la Epist. I, a los Corintios).

Iglesia del Carmen. Portería del Convento (actualmente capilla). Cuadro; "La Trinidad". Cabecitas de querubines rodean a las tres Personas. En los ángulos inferiores dos ángeles tocan:

Viola da gamba y bajo de viola.

Iglesia de la Merced. Cuadro; "El nacimiento de San Pedro Nolasco". Firmado por Pedro José de Roxas en 1785. Sobre la cuna, un grupo de ángeles músicos niños. Otro cuadro representa la escena de la intervención de la Virgen, para librar al Santo del castigo por no llamar a coro. Los ángeles mercedarios en torno a un fascitol, leen la música que tocan con: *violín, violón, laúd, trompeta, flauta y bajón*. En otro lienzo, dividido en dos partes, con forma de arco de medio punto, grupos de ángeles cantas y tocan:

Arpa, laúd, violín, bajo y trompeta.

TONANZINTLA, Iglesia de. Cuadro; "Asunción de la Virgen", por Muñoz (1752). Cuatro ángeles músicos. En el Soto-coro otros ángeles.

SIGLO XIX

CELAYA, Iglesia del Carmen. Sacristía. Cuadro, que representa a Santa Cecilia ante un instrumento de teclado.

MÉXICO, D. F. Iglesia del convento de San Angel. Capilla del Corazón de Jesús. Esculturas decorativas de ángeles músicos.

Catedral. Cúpula central. Pintada al temple por Jimeno y Planes en 1810. Grupos de ángeles músicos con:

Laúd, viola da gamba, trompeta y corneta.

Iglesia de San Fernando. Cúpula central. Pintada al óleo (?) por Cordero (retocada recientemente). Angeles que cantan, tocan instrumentos y... juegan con ellos:

Arpa, violín, violoncello, tambor, platillo, pandero, trompeta, bocinas, serpentón.

Iglesia de San Fernando. Coro. Vidriera (emplomado). Instrumentos musicales decorativos.

Conservatorio Nacional de Música. Retrato de la cantante Angela Peralta, por Cordero (firmado en Roma).

Museo Nacional de Historia. Miniatura de José Guerrero (1808). Retrato de su hijo José Manuel, con una *guitarra* (llamada mexicana) de siete órdenes de cuerdas dobles.

Museo Nacional de Historia. Cuadro; "El Jarabe", pintura anónima típica costumbrista. Una pareja baila una danza popular y otra toca:

Arpa y guitarra.

En el mismo museo, retrato de un músico mexicano (?), por Ignacio Guevara. Lleva en las manos un papel con notación musical.

OAXACA. Iglesia de San Juan de Dios. Pinturas populares a manera de grandes ex-votos, que representan escenas históricas, firmadas por Urbano Olivera (1889). Pueden verse instrumentos indígenas mexicanos y una *trompeta* de tipo europeo.

TOLUCA. Iglesia de San José del Ranchito. Coro; esculturas en el órgano (1894). Angeles con:

Trompetas.

XALAPA (?). Cuadro; retrato de una mujer, por justo Montiel, que toca:

Arpa.

Salvador Moreno.
Apartado de Correos 5.475.
BARCELONA

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR

LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR

JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO

ENRIQUE RUIZ-FORNELLS

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 24 87 91

M A D R I D

●
EN EL PROXIMO NUM. 116
(AGOSTO 1959)

ENTRE OTROS ORIGINALES

A. Sánchez Barbudo: *Notas para
una fenomenología de las "im-
presiones de viaje"*.

*Poesía contemporánea salvado-
reña.*

Fernando Díez de Medina: *Nada
es imposible.*

Carlos Eduardo de Soveral: *Cua-
lidad historiográfica de la lite-
ratura portuguesa.*

Carlos Miguel y Alonso: *Las
Audiencias en los reinos y se-
ñoríos de las Indias.*

Y las habituales secciones de
actualidad y bibliografía hispano-
americana y europea.

●
Precio del núm. 115:

VEINTE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO